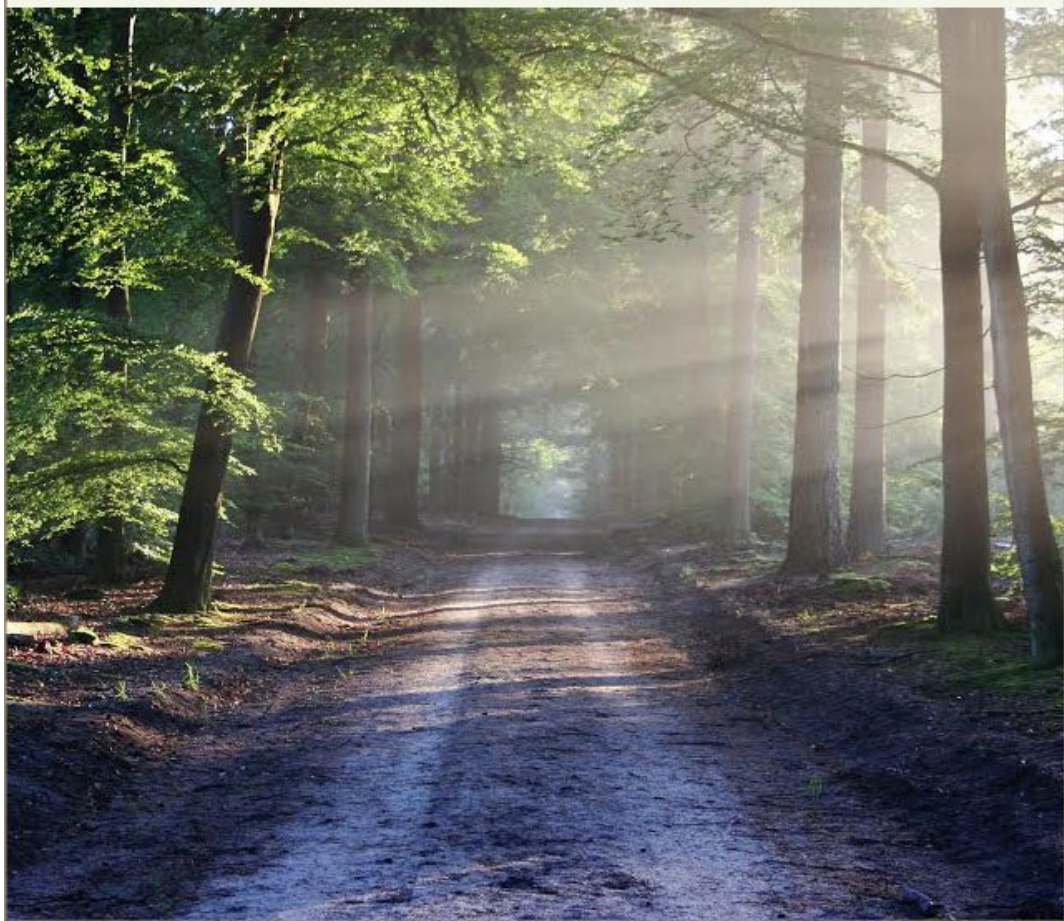


Javier Medina - Michele Dolz

COMPAÑEROS DE CAMINO



ÍNDICE

AL LECTOR

EL AUTOR

BREVÍSIMA HISTORIA DE CAMINO

¿QUÉ TIENE ESTE LIBRO?

MI AMIGO JOSEMARÍA

PARA ACERCARSE MÁS A CRISTO

OBRAS SON AMORES

ALMA DE APÓSTOL

EN LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

PARA TODAS LAS MENTALIDADES

LA SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO ORDINARIO

EN FAMILIA

EDUCAR EN CRISTIANO

AYUDA EN EL MINISTERIO SACERDOTAL

ENTRE LOS DIFERENTES CARISMAS DE LA IGLESIA

A LA HORA DEL DOLOR

DIOS NOS ESPERA SIEMPRE

PARA TERMINAR, UNA SUGERENCIA AL LECTOR

Este que tienes en las manos es un libro imposible. No se pueden contar las cosas invisibles. ¿Cómo describir lo que pasa entre Dios y el alma? Porque de esto se quiere hablar. Y el santuario de la conciencia es inaccesible. Estamos siempre en el ámbito del Dios escondido en los corazones.

Hubiera sido más fácil redactar una historia editorial de Camino. Ediciones, lenguas, fortuna crítica. Seguro que hay mil historias y cien mil anécdotas ocurridas en tan vasto fenómeno. Quizá alguien lo haya escrito ya, porque los estudios y ensayos publicados sobre Camino, el libro más difundido de san Josemaría Escrivá, son abundantísimos, y los hay de todo tipo: de carácter teológico, lingüístico, ascético, histórico. También los autores de esos textos son variados: cardenales, obispos, teólogos, literatos, filósofos, profesores, periodistas. . .

El reto aquí es otro. Se querría contar el bien que Camino ha hecho y sigue haciendo a las almas, a millares de almas. Invisible. La mayor parte de los lectores ni siquiera sabrían formularlo en palabras. Algunos ni se habrán dado cuenta.

Los “autores” de nuestro ensayo no son eminentes personajes de la vida intelectual o social, sino gente corriente; es decir, hombres y mujeres que —superando el natural pudor— han sentido el deber de agradecer el bien recibido a través de la lectura del libro de san Josemaría, y han enviado sus historias a la Oficina de las Causas de los Santos de la Prelatura del Opus Dei en Roma, con la autorización de que se publiquen.

A través de estas narraciones se entrevisté, de algún modo, cómo Camino ayuda

a quien lo lee y medita, y por qué, desde su publicación —hace ya ochenta años—, ha constituido un fenómeno editorial y pastoral de carácter universal. Al fin y al cabo, Dios se sirve de lo que Él quiere. De Camino en este caso.

Los “compañeros de Camino” escriben sus historias y muestran las intimidades del alma con sencillez. Es un terreno en el que siempre hay que moverse con guante blanco, con finura suma. Por eso, aunque hayan otorgado autorización para publicar sus escritos, hemos decidido omitir los apellidos de las personas mencionadas y, en algunos casos más delicados, cambiar los nombres de pila de los autores.

No faltamos de este modo a la verdad, porque la autenticidad de todos los testimonios está debidamente documentada y los originales se encuentran, como ya se ha apuntado, en el Archivo de la Prelatura del Opus Dei.

EL AUTOR

San Josemaría Escrivá de Balaguer es una de las figuras de la Iglesia del siglo XX sobre la que más se ha escrito. Son centenares los libros y artículos que tratan sobre su vida, sus obras, su espiritualidad. Aunque quizá no sea necesario añadir nada a lo ya publicado, sí parece natural ofrecer al menos unas breves líneas de presentación sobre el autor de Camino.

Nació en Barbastro (España), el 9 de enero de 1902, segundo de los seis hijos que tuvieron José Escrivá y María Dolores Albás. Sus padres le llevaron a la pila bautismal el día 13 del mismo mes y año, y le transmitieron —en primer lugar, con su vida ejemplar— los fundamentos de la fe y de las virtudes cristianas: el amor a la Confesión y a la Comunión frecuentes, el recurso confiado a la oración, la devoción a la Virgen, la ayuda a los más necesitados.

Fue un niño alegre, despierto y sencillo, travieso, buen estudiante, inteligente y observador. Tenía mucho cariño a su madre y una confiada amistad con su padre, quien le invitaba a que con libertad le abriese el corazón y le contase sus preocupaciones, estando siempre disponible para responder a sus consultas con afecto y prudencia.

Durante su infancia experimentó la felicidad y el dolor: entre 1910 y 1913, murieron sus tres hermanas más pequeñas, y en 1914 sus padres quedaron en la ruina. En 1915, la familia tuvo que trasladarse a Logroño, donde el padre encontró un empleo que le permitiría sostener modestamente a los suyos.

En esta ciudad, durante las Navidades de 1917-18, tuvo lugar un hecho que influyó decisivamente en su futuro: tras una intensa nevada, Josemaría vio en el pavimento de una de las calles, las huellas de las pisadas dejadas por un religioso camelita que caminaba descalzo.

Ante ese testimonio, se preguntó: «Si otros hacen tantos sacrificios por Dios y por el prójimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo?»¹. A partir de entonces, comenzó a surgir en su alma una inquietud divina: «Comencé a barruntar el

Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor».

Para seguir este impulso, decidió hacerse sacerdote, pensando que así estaría más disponible para cumplir la voluntad divina.

Terminada la enseñanza secundaria, comenzó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Logroño y, en 1920, se incorporó al de Zaragoza, en cuya Universidad Pontificia completó su formación previa al sacerdocio. En la capital aragonesa cursó también —por sugerencia de su padre y con permiso de los superiores eclesiásticos— la carrera universitaria de Derecho.

Durante aquel periodo, además de cumplir con esmero sus deberes de estudiante y de seminarista, transcurrió muchas horas rezando ante el Señor Sacramentado —enraizando hondamente su vida interior en la Eucaristía— y acudía diariamente a la Basílica del Pilar, para pedir a la Virgen que Dios le mostrase qué quería de él.

Muchos años más tarde, recordaría:

«Desde que sentí aquellos barruntos de amor de Dios, dentro de mi poquedad busqué realizar lo que Él esperaba de este pobre instrumento. (...) Y, entre aquellas ansias, rezaba, rezaba, rezaba en oración continua. No cesaba de repetir: Domine, ut sit!, Domine, ut videam!, como el pobrecito del Evangelio, que clama porque Dios lo puede todo. ¡Señor, que vea! ¡Señor, que sea!

Y también repetía, (...) lleno de confianza hacia mi Madre del Cielo: Domina, ut sit!, Domina, ut videam! La Santísima Virgen siempre me ha ayudado a descubrir los deseos de su Hijo».

El 27 de noviembre de 1924 falleció de modo repentino don José Escrivá, víctima de un síncope. A partir de ese momento, Josemaría sintió la responsabilidad de cuidar de los suyos como cabeza de familia; a la vez que se sintió interiormente fortalecido en su vocación al sacerdocio, confiando en la providencia divina.

San Josemaría fue ordenado sacerdote por mons. Miguel de los Santos Díaz Gómara, el 28 de marzo de 1925, en la iglesia del seminario de san Carlos de Zaragoza. Dos días después celebró su primera Misa solemne en la Santa Capilla de la Basílica del Pilar; el 31 de ese mismo mes, se trasladó a Perdiguera, un pequeño pueblo de campesinos, donde había sido nombrado regente auxiliar en la parroquia. El 18 de mayo regresó a Zaragoza.

En abril de 1927, con el beneplácito de su arzobispo, el joven sacerdote se trasladó a Madrid para realizar el doctorado en derecho civil, que entonces sólo podía obtenerse en la Universidad Central de la capital de España.

Su celo apostólico le puso en contacto con gentes de todos los ambientes: estudiantes, artistas, obreros, intelectuales, sacerdotes. En particular, se entregó sin descanso a la labor pastoral con niños, enfermos y pobres de las barriadas periféricas madrileñas.

A la vez, impartía clases de materias jurídicas para sostener económicamente a su madre y hermanos. Fueron tiempos de grandes estrecheces económicas, vividos por toda la familia con dignidad y buen ánimo.

El Señor le bendijo con gracias de carácter extraordinario que, al encontrar en su alma un terreno fértil, produjeron abundantes frutos de servicio a la Iglesia y a las almas.

El 2 de octubre de 1928, mientras realizaba unos días de retiro espiritual, en los que consideraba las mociones interiores que había recibido de Dios en los últimos años, el Señor le hizo “ver” —es el término con que describirá siempre la experiencia fundacional— el Opus Dei, la misión para la que había sido llamado: abrir en la Iglesia un nuevo camino vocacional, dirigido a difundir la búsqueda de la santidad y la realización del apostolado mediante la santificación del trabajo ordinario en medio del mundo, sin cambiar de estado. Pocos meses después, el 14 de febrero de 1930, entendió también que el Opus Dei debía extender su apostolado entre las mujeres.

Desde este momento, san Josemaría se entregará en cuerpo y alma a suscitar entre hombres y mujeres de todos los ámbitos de la sociedad un compromiso personal de seguimiento de Cristo, de amor al prójimo, de búsqueda de la santidad en la vida cotidiana. Puso los cimientos para esta labor en la oración, en la penitencia, en la conciencia gozosa de la filiación divina, en el trabajo infatigable, en el recurso confiado a la Virgen Santísima.

Muy pronto comenzaron a seguirle personas de todas las condiciones sociales y, en particular, universitarios, en quienes despertaba un afán sincero de servir a sus hermanos los hombres, encendiéndolos en el deseo de «poner a Cristo en la entraña de todas las actividades humanas mediante un trabajo santificado, santificante y santificador».

Aún estaba dando sus primeros pasos el Opus Dei, cuando estallaron en España la persecución religiosa contra la Iglesia y la guerra civil de 1936-1939. Fue una época de grandes padecimientos, pero también de crecimiento espiritual y apostólico, de fortalecimiento de la esperanza.

A partir de 1939, una vez terminado el conflicto, san Josemaría pudo dar nuevo impulso a la labor apostólica del Opus Dei por la geografía peninsular. Al mismo tiempo, se extendía su fama de buen sacerdote y de pastor: muchos obispos le invitaban a predicar cursos de retiro al clero y a los laicos de diferentes organizaciones católicas. También los superiores de diversas órdenes religiosas, acudieron con peticiones semejantes. Precisamente mientras se encontraba predicando un curso de retiro a sacerdotes, en 1941, falleció su madre, que tanto le había ayudado en los apostolados.

Aquellos años de abundantes frutos apostólicos, estuvieron marcados también por una campaña de ataques y calumnias contra su persona y contra el Opus

Dei, que san Josemaría sobrellevó con oración y buen humor, consciente de que «todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús serán perseguidos» (2 Tm 3,12). El obispo de Madrid, mons. Eijo y Garay, le apoyó siempre y concedió la primera aprobación canónica a la Obra.

En 1943, por una nueva gracia fundacional recibida durante la celebración de la Misa, nació —dentro del Opus Dei— la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, en la que se podrían incardinar sacerdotes procedentes de los fieles laicos del Opus Dei.

Como consecuencia, el 25 de junio de 1944, tres ingenieros —entre ellos el beato Álvaro del Portillo, futuro sucesor del fundador en la dirección del Opus Dei— recibieron la ordenación sacerdotal. En vida de san Josemaría, fueron casi un millar los laicos del Opus Dei que recibieron el orden sagrado. Estos sacerdotes, siguiendo el ejemplo de su fundador, desarrollaron su misión pastoral en beneficio de todos los fieles, también de otros sacerdotes diocesanos y de seminaristas, en plena sintonía con los pastores de las Iglesias locales,

En 1946, san Josemaría se trasladó a Roma, con el fin de preparar el reconocimiento pontificio del Opus Dei. La sede central quedó establecida en la Urbe, porque, como le gustaba repetir, «quiere Jesús su Obra desde el primer momento con entraña universal, católica», y para que resulte aún más tangible la aspiración que informaba todo su trabajo: «servir a la Iglesia como la Iglesia quiere ser servida», en estrecha adhesión a la cátedra de Pedro y a la jerarquía eclesiástica.

Durante sus años romanos, en repetidas ocasiones, Pío XII y Juan XXIII le hicieron llegar manifestaciones de afecto y de estima; Pablo VI le escribirá en 1964 definiendo el Opus Dei como «expresión viva de la perenne juventud de la Iglesia»².

El 24 de febrero de 1947, Pío XII concedió el *Decretum laudis* al Opus Dei; y el 16 de junio de 1950, la aprobación definitiva. A partir de entonces, también pudieron formar parte de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz sacerdotes seculares incardinados en diócesis de todo el mundo, sin menoscabo alguno de su dependencia del propio ordinario; y comenzaron a ser admitidos como Cooperadores del Opus Dei hombres y mujeres no católicos y aun no cristianos, que ayudan con su trabajo, su limosna y su oración a las labores apostólicas.

A lo largo de su vida, san Josemaría se vio bendecido copiosamente por la cruz de Cristo: padeció una grave forma de diabetes durante más de diez años —de la que se curó milagrosamente, en 1954—, sufrió estrecheces económicas, dificultades relacionadas con la expansión de los apostolados por el mundo entero, maleficencias por parte de algunos... Sin embargo, su semblante rebosaba alegría, porque —como escribió en el n. 657 de Camino— «la verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre». Su buen humor es un continuo testimonio de amor a la voluntad de Dios.

El deseo de inundar la tierra con la luz de Cristo, le llevó a extender la labor apostólica del Opus Dei por los cinco continentes, acogiendo las llamadas de numerosos obispos. Surgieron proyectos apostólicos de todo tipo: escuelas de formación profesional, centros de capacitación para campesinos, universidades, colegios, hospitales y dispensarios médicos, bibliotecas, etc. Eran iniciativas promovidas por cristianos corrientes, deseosos de atender, con mentalidad laical y sentido profesional, las concretas necesidades de cada lugar. Tenían como común denominador una clara identidad cristiana, la apertura a personas de todas las razas, religiones y condiciones sociales, el respeto a la libertad de las conciencias.

En cuanto Juan XXIII anunció la convocatoria de un Concilio Ecuménico, san Josemaría comenzó a rezar y a hacer rezar «por el feliz éxito de esa gran iniciativa que es el Concilio Ecuménico Vaticano II», como escribía en una carta de 1962. En aquellas sesiones, el Magisterio solemne de la Iglesia confirmó aspectos fundamentales que él venía predicando desde los años 30: la llamada universal a la santidad; la Santa Misa como “centro y raíz” de la vida interior; el trabajo profesional como medio de santidad y apostolado; el valor y los límites legítimos de la libertad del cristiano en las cuestiones temporales, etc.

En los últimos años de su vida, entre 1972 y 1975, el Fundador del Opus Dei realizó viajes de catequesis por numerosos países de Europa y de América Latina: en todas partes, mantuvo reuniones de formación de carácter familiar —aun cuando con frecuencia asistían miles de personas para escucharlo—, en las que hablaba de Dios, de los sacramentos, de las devociones cristianas, de la santificación del trabajo, de fidelidad a la Iglesia y al Papa, de las bellezas de la familia cristiana.

El 28 de marzo de 1975 celebró su jubileo sacerdotal. La víspera, confió a sus hijos lo que había repetido al Señor en su oración: «A la vuelta de cincuenta años, estoy como un niño que balbucea: estoy comenzando, recomenzando, en mi lucha interior de cada jornada. Y así, hasta el final de los días que me queden: siempre recomenzando».

Era como una síntesis de toda su vida. Efectivamente, en el n. 860 de Camino, escrito cuando tenía 31 años, leemos:

«Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años. Y, además de niño, eres hijo de Dios. —No lo olvides».

Y en el n. 292, que data del final de la guerra:

«Precisamente tu vida interior debe ser eso: comenzar... y recomenzar».

San Josemaría falleció a consecuencia de un paro cardíaco, el 26 de junio de 1975, a mediodía, en su habitación de trabajo, a los pies de un cuadro de la Santísima Virgen a la que dirigió su última mirada. En ese momento, el Opus Dei estaba extendido en los cinco continentes, con más de 60.000 fieles de 80 nacionalidades.

Un gran número de personas pidió al Papa que se abriera su causa de canonización. El 17 de mayo de 1992, en Roma, san Juan Pablo II elevó a Josemaría Escrivá a los altares, en una multitudinaria ceremonia de beatificación. El 6 de octubre de 2002, el mismo Papa canonizó al Fundador del Opus Dei en la plaza de san Pedro, ante más de 300.000 personas llegadas de todo el mundo.

BREVÍSIMA HISTORIA DE CAMINO

«No he hecho nunca un diario, porque no me gusta, pero he ido tomando apuntes, siempre por mandato de mi confesor. Ahí salen personas, relatos de sucesos concretos, apuntes de ejercicios de cuando yo era joven... Hay mucha historia de la Obra en esos apuntes.

Pensaba que habían desaparecido (...). Y un buen día aparecieron esos apuntes. De modo que hay mucho material, mucho, mucho. Algunos papeles los rompí»³.

Con esta concisión, durante una charla de carácter familiar, en Caracas, resumía san Josemaría la historia de lo que posteriormente se han denominado sus Apuntes íntimos.

Con su mentalidad ordenada y, sobre todo, con la conciencia de que Dios lo estaba utilizando como instrumento para promover una gran renovación espiritual en la Iglesia y en el mundo, el Fundador del Opus Dei tomaba notas de las inspiraciones recibidas en su diálogo con el Señor, y de las experiencias de propia vida interior y de su labor apostólica. No quería que se le escaparan, por descuido, las mociones del Espíritu Santo, ni podía perder la experiencia pastoral que iba adquiriendo. Porque era muy joven.

Rellenaba cuadernos y papeles sueltos con frases de la Escritura o de algunos santos y —sobre todo— con intuiciones personales, recuerdos fulminantes de conversaciones o sucesos que habían arrojado luz sobre su alma o sobre las de otras personas. Eran apuntes para su vida interior, reflexiones sobre su trato con Dios, fruto del examen de conciencia y de la meditación constante:

«Son notas ingenuas —catalinas las llamaba, por devoción a la Santa de Siena—, que escribí durante mucho tiempo de rodillas y que me servían de recuerdo y de despertador. Creo que, ordinariamente, mientras escribía con sencillez pueril, hacía oración»⁴.

Desde que llegó a Madrid, fue muy elevado el número de personas que se dirigían espiritualmente con el Fundador del Opus Dei, y a san Josemaría no le era posible dedicar siempre a cada uno, personalmente, todo el tiempo que le hubiera gustado, para transmitirles el alimento espiritual que Dios había puesto en su alma.

Por ese motivo, decidió publicar algunos de aquellos apuntes que iba escribiendo para su meditación personal, con la esperanza de que sirvieran también para

la vida interior de los demás. Publicarlos, se entiende, de modo “casero”, con un velógrafo que produjera algunos puñados de copias.

Así fue. Con el título de Consideraciones espirituales, en diciembre de 1932 se imprimió un folleto —eran 17 cuartillas apaisadas— con 246 pensamientos numerados, entresacados de sus Apuntes íntimos.

Poco después, un segundo bloque de consideraciones fue dado al velógrafo en el verano de 1933; esta vez, constaba de 333 puntos. El número no era casual: constituía una manifestación de amor a la Santísima Trinidad, como sucederá después en el caso de los 999 de Camino.

Uno de los testimonios más antiguos que se conservan sobre el impacto que provocaron aquellas Consideraciones espirituales en los lectores, es el de María Ignacia García Escobar, una de las primeras mujeres del Opus Dei, enferma sin remedio en un hospital de tuberculosos en Madrid, donde murió en 1933:

«Ayer -escribe esta mujer, dirigiéndose al Señor-, último día de Pascua de los Santos Reyes, me trajo una hermanita mía en la Obra de Dios unos escritos que hace tiempo esperaba con santa impaciencia, por tratarse de Ti.

En varios de sus puntos habla de la niñez espiritual. Al terminar de leerlos, con gran convicción de lo que decía y esperanza ilimitada en tu poder y misericordia, he exclamado: ¡Señor, yo soy una niña, sí; pero... una niña incorregible y con unos instintos de fiera, que si Tú, mi cariñosísimo Padre, no me coges en tus brazos y, a pesar de mis gritos de protesta, me apartas del peligro llevándome a tu aposento, mi nueva caída sería segura! ¡¡Jesús del alma mía, apiádate de mí!!»5.

También se conoce la reacción de Isidoro Zorzano, joven ingeniero, el primero que siguió a san Josemaría en el camino del Opus Dei, que se encuentra actualmente en proceso de canonización. En 1933, escribía desde Málaga al autor: «Estoy rumiando las hojitas o consejos espirituales»6.

En una carta posterior, Isidoro mencionaba algunos de los efectos que producía en su alma la lectura de las Consideraciones espirituales:

«Esa tranquilidad de espíritu, resultado de la paz espiritual, no solo hace ver con más transparencia y claridad los problemas del espíritu, sino que se traduce también en una mejor asimilación y resolución de las cuestiones cotidianas: qué razón tienes al considerar en tus consejos espirituales que el poseer la gracia de Él es tener o estar dotado de una tercera dimensión»7.

La intención de san Josemaría era exclusivamente apostólica, formativa. Aquello no era una “obra literaria” —aunque el estilo literario de Camino será después estudiado por expertos—, sino más bien una recopilación de consejos que podían ser útiles a las personas que trataba como sacerdote. Y así lo hace notar en sus cartas:

«Ramón: que leas, con frecuencia, los Consejos, que tengas presencia de Dios; ¡que seas fiel! Un abrazo y mi bendición. José María. Madrid, 14-enero-1934»8.

Y a otro:

«No me dejes la meditación: lee los Consejos, que son palabras que te digo al oído, como si estuviera a tu lado»9.

* * *

El fruto espiritual de aquel folleto en las almas fue evidente. Por ese motivo, san Josemaría, ya en 1934, decidió encargar una edición a imprenta de las Consideraciones, un verdadero libro. En carta al vicario general de Madrid, le anunciaba:

«Por razones de economía, con la aprobación del Sr. Obispo de Cuenca, se está tirando un folletico —luego se tirarán otros— en la “Imprenta Moderna”, antes “Imprenta del Seminario”, de esa capital (de Cuenca). Son notas que empleo, para ayudarme en la dirección y formación de los jóvenes, y que hasta ahora iban a velógrafo. Enseguida que me manden la edición, me apresuraré a enviar a V. S. Ilma. un ejemplar. Le anticipo que no tienen ni pretensiones, ni importancia, y que se imprimen anónimamente: desde luego, solo son útiles para determinadas almas, que quieren de veras 1) tener vida interior 2) y sobresalir en su profesión, porque esto es obligación grave»10.

El 3 de julio de 1934, llegaron a Madrid los quinientos ejemplares de Consideraciones espirituales que se habían encargado.

En 1936 estalló la guerra civil española, que tuvo mucho de persecución religiosa, sobre todo al inicio. San Josemaría y los primeros fieles del Opus Dei, como tantos otros católicos, corrían el riesgo real de perder la vida.

Esta historia ha sido ya relatada en numerosos tratados y es también conocido que el Fundador y algunos otros encontraron refugio durante varios meses en la llamada “Legación de Honduras”, en Madrid. Entre otras actividades, y tratando de tener el tiempo ocupado, san Josemaría dedicó horas a escribir. Redactó muchas notas que, en su proyecto de entonces, debían componer un nuevo fascículo de Consideraciones.

De vez en cuando, leía aquellos pensamientos espirituales a algunos de los refugiados en la Legación. El sacerdote Recaredo Ventosa, con quien san Josemaría se confesó durante aquel periodo, se admiraba de aquellas ideas, que consideraba consecuencia del espíritu de filiación divina.

El 31 de agosto san Josemaría abandonó Madrid y emprendió un arriesgado y agotador periplo, a través de la frontera pirenaica con Francia, para alcanzar la zona de España donde no se perseguía a la Iglesia. Llegó a Burgos el 8 de enero de 1938, tras una parada de varios días en Pamplona, en la que se repuso físicamente, gracias al afecto y a los cuidados del obispo de la capital navarra, mons. Olaechea.

En Burgos, se alojó en el Hotel Sabadell, con algunos de sus hijos espirituales del Opus Dei. En aquel hospedaje realizó una intensa labor pastoral, y también recommenzó a rellenar fichas —que, desde años antes, llamaba “gaiticas”11— con

ideas sacadas de sus cartas y cuadernos, o de su trato con muchas personas. José Luis Múzquiz, entonces joven ingeniero, fue a visitarle en una ocasión y presencié la siguiente escena:

«Al salir del mirador y pasar por el dormitorio, vi que las camas estaban cubiertas con montoncitos de fichas (...). El Padre, con su espíritu de laboriosidad, a pesar de tratarse de los años de incertidumbre e inquietud de la guerra, trabajaba intensamente y hacía trabajar a los demás. Pienso que esas fichas eran puntos de Camino»12.

Lo eran, en efecto, aunque el título del futuro libro seguía siendo Consideraciones espirituales. Pedro Casciaro, que acompañó a san Josemaría durante aquel periodo, recuerda que un día:

«Encontramos que el Padre había ordenado por materias todas sus “gaiticas”. [...] La mesa—escritorio que teníamos en la habitación era pequeñísima. Por eso, mientras recogía sus papeles de nuestras camas, le oí comentar: “tengo ganas de poder disponer de una mesa tan grande como tres camas”. Alguna noche después, con ganas de bromear, dije que yo tenía ganas de tener una cama tan grande como tres mesas»13.

Se propuso, a priori, la meta de recoger 999 puntos de meditación. Este objetivo numérico, a veces, ha suscitado curiosidad. ¿Por qué 999 y no 1000? La edición crítica de Camino, realizada por Pedro Rodríguez y publicada en 2002, da respuesta exhaustiva a esta pregunta: san Josemaría estableció esa cifra desde el principio por devoción a la Santísima Trinidad:

«999 era una devoción un poco ingenua a la Trinidad. Por jugar, me gusta el 1, el 7... Algunos han querido buscar una razón esotérica, pero no existió»14.

El Fundador del Opus Dei puso el punto final al texto, el día 22 de enero de 1939. A continuación, pidió a mons. Xavier de Lauro, con el que le unía una buena amistad desde antes de la guerra civil, que escribiera una Presentación. El señor obispo entrevistó al alcance que tendría el libro, y redactó lo siguiente:

«En estas páginas aletea el espíritu de Dios. Detrás de cada una de sus sentencias hay un santo que ve tu intención y aguarda tus decisiones. Las frases quedan entrecortadas para que tú las completes con tu conducta. [...] Si estas máximas las conviertes en vida propia, serás un imitador perfecto de Jesucristo y un caballero sin tacha».

* * *

Otros capítulos —menores, pero interesantes— referentes a la elaboración del libro fueron la elección del título y el diseño de la portada. ¿Por qué llamarlo, precisamente, Camino? Razón escrita no nos ha quedado, pero no es difícil de imaginar: «Yo soy el camino»15, nos ha dicho Jesús. Y en el libro se lee:

«Cruz, trabajos, tribulaciones: los tendrás mientras vivas. —Por ese camino fue Cristo, y no es el discípulo más que el Maestro» (n. 699).

Otros muchos puntos hacen referencia al “camino”, como el 941, el 323 y otros. En fin, “tu camino” es una expresión muy frecuente en el libro. El camino para unimos con Cristo. El camino para la santidad. El camino de la vocación cristiana. Y, en última instancia, el camino es Cristo mismo.

En una ocasión, san Josemaría escribió:

«Soy muy amigo de la palabra camino, porque todos somos caminantes de cara a Dios; somos viatores, estamos andando hacia el Creador desde que hemos venido a la tierra. Una persona que emprende un camino, tiene claro un fin, un objetivo: quiere ir de un sitio a otro; y, en consecuencia, pone todos los medios para llegar incólume a ese fin; con la prisa suficiente, procurando no descaminarse por veredas laterales, desconocidas, que presentan peligros de barrancos y de fieras» 16.

En la elección influyó también una exigencia de orden práctico, estético. El título “Consideraciones espirituales” resultaba demasiado largo para la composición de la portada. También lo era su abreviación en “Consideraciones”. El autor buscó otro, hasta dar con “Camino”.

San Josemaría dejó la confección de la portada en manos de algunos estudiantes de arquitectura. Solo les señaló que tuviera un aspecto laical, distinto de los libros de rezos que se estilaban entonces, que solían presentarse con tapas negras y cantos rojos o dorados.

Eligieron un formato grande, un papel de calidad y una cubierta cuidada, que hacían agradable e invitante aquella edición. Se resolvió la portada con una greca vertical compuesta de una serie de números 9, y el título escrito en horizontal encima.

El libro se imprimió en una tipografía de Valencia. El Fundador del Opus Dei, que también en esto pedía consejo a sus jóvenes hijos espirituales, accedió a que la tirada fuera de diez mil ejemplares, cantidad enorme para aquel entonces, que se pagaría con un precario equilibrio financiero.

Pero, como la España recién salida de la guerra carecía de todo, solo se pudo encontrar papel para dos mil quinientos ejemplares, que fueron los que vieron la luz en aquella primera edición de Camino.

Muy pronto se agotaron las existencias en las librerías, y hubo que preparar una segunda y una tercera edición. Y comenzaron las traducciones a otras lenguas.

Desde entonces, las reimpresiones se han sucedido ininterrumpidamente, al igual que las ediciones en distintos idiomas y países. En 1966, un periodista de Le Figaro, de París, hizo una pregunta sobre Camino a san Josemaría. La respuesta fue la siguiente: «Escribí en 1934 una buena parte de ese libro, resumiendo para todas las almas que trataba —del Opus Dei o no— mi experiencia sacerdotal. No sospeché que treinta años después alcanzaría una difusión tan amplia —millones de ejemplares— en tantos idiomas» 17.

Actualmente se han publicado más de 4 millones y medio de ejemplares de Camino, en 43 lenguas.

¿QUÉ TIENE ESTE LIBRO?

¿Qué tiene este libro? ¿Por qué, desde que se publicó en los años 30 del siglo XX, ha sido y sigue siendo de tanta ayuda para las almas?

Para conocer la índole de Camino, casi sería mejor —e incluso oportuno— comenzar diciendo primero lo que NO es. No es una recopilación de preceptos morales, ni un vademécum del perfecto cristiano. No es un libro de máximas; tampoco una antología de pensamientos brillantes. Por supuesto, no es el manual del Opus Dei, ni un recetario del buen vivir.

Si queremos penetrar en la esencia de Camino, lo más acertado es meditar con detenimiento el Prólogo del autor:

«Lee despacio estos consejos.

Medita pausadamente estas consideraciones.

Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre.

Y estas confidencias las escucha Dios.

No te contaré nada nuevo.

Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera:

y así mejores tu vida

y te metas por caminos de oración

y de Amor.

Y acabes por ser alma de criterio» 18.

San Josemaría Escrivá tenía buena pluma, pero en su libro hay mucho más que el arte del buen escritor. Hay una capacidad de interpelar directamente al lector, independientemente de su lugar de procedencia, de su edad o de su condición cultural o social, porque la realidad es que «millones de personas de toda raza y lengua, jóvenes y mayores, mujeres y hombres, han aprendido a tratar a Cristo y a su Madre, a preocuparse de los demás, a amar a la Iglesia y al Papa, a descubrir el valor divino de las realidades humanas, gracias a la lectura y meditación de este libro» 19.

Camino ha sido descrito como un “clásico de espiritualidad”, la obra de un “Maestro de vida espiritual” 20. El periódico oficial de la Santa Sede, L’Osservatore Romano, en un artículo del 24 de marzo de 1950, afirmaba que: «Mons. Escrivá de Balaguer ha escrito algo más que una obra maestra; ha escrito inspirándose directamente en su corazón, y al corazón llegan directamente, uno a uno, los párrafos que forman Camino».

Mons. Romolo Carboni, que fue nuncio de la Santa Sede en Italia, escribía en

una carta al Papa: «Como libro de lectura y de meditación, de retiro y de ejercicio espiritual llevo siempre conmigo el Nuevo Testamento, el Concilio Ecuménico Vaticano II y Camino de Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer, don preciosísimo. Mons. Josemaría Escrivá me ilumina, me guía, me inspira, me edifica, me hace un bien inmenso para el tiempo y la eternidad»²¹.

En los testimonios que reproduciremos a continuación, se podrá ver cómo las frases de Camino no dejan a nadie indiferente; al contrario, provocan en el alma de los lectores reacciones de búsqueda de Dios, de amor, de servicio al prójimo.

* * *

Irina eside en Almaty, Kazajstán. Es filóloga y, como se verá a continuación, se trata de una mujer de carácter vehemente y de inteligencia analítica. Conoció Camino en su lengua natal, el ruso:

«Uno de los primeros libros de san Josemaría que leí fue Camino. Y mi primera reacción fue sentir miedo. Para mí, como filóloga, era extraño ver tantos imperativos directos: ¡Piensa! ¡Trata! ¡Actúa! ¡Sufre! ¡Ten paciencia! ¡Trabaja! ¡Hazlo! ¡Dilo! ¡Lucha! ¡Pruébalo! ¡No te olvides!

Además, el autor se dirige al lector tuteándolo. Esto me parecía demasiado directo y categórico. Y no me gustaba el modo en el que se decían las cosas como echándolas en cara, de modo fuerte: “eres cobarde”; “ya es hora de que rechaces esa extraña compasión que sientes de ti mismo”, “la humillación y la vergüenza”, “no olvides que eres... el depósito de la basura”, “tu mayor enemigo eres tú mismo”.

Me educaron en los ideales soviéticos y, según esa filosofía, un hombre inspirado lo puede todo, puede mover montañas, el hombre es todopoderoso. Y, de pronto, lees en Camino que no eres nada, que sin Dios eres débil y solitario.

Comencé a pensar y a releer el libro una y otra vez; y empecé a sentir cómo una mano firme me guiaba en el camino, con firmeza, con decisión y confianza.

El estilo literario de la obra ya no me parecía tan categórico y duro, sino que comencé a pensar que hacía falta hablar así a las personas que quieren tomarse en serio la vida, que han elegido su camino y quieren avanzar decididamente hasta la meta.

Me di cuenta de dónde está la fuerza de este libro: no hay nada que sobre o que esté escrito porque sí».

* * *

Chika vive en Nagasaki (Japón), y tiene una personalidad igualmente profunda a la de Irina, pero con rasgos distintos. Leamos su historia:

«Cuando era estudiante de secundaria, leí Michi²² por primera vez. En aquellos momentos no sentí nada especial. Años después, cuando estudiaba en Tokio, viví un período de alejamiento de la Iglesia. En aquellas circunstancias, mis pensamientos volvían muchas veces a Michi. Sin saber por qué, deseaba tenerlo en

mis manos y leerlo una y otra vez.

El punto que más recordaba en aquellos tiempos era siempre el n. 4:

“No digas: ‘Es mi genio así... son cosas de mi carácter’. Son cosas de tu falta de carácter: Sé varón —‘esto vir’”.

Después de graduarme en la universidad, fui a vivir fuera de Japón. Contra todos mis deseos, pronto tuve que volver a Nagasaki, mi ciudad natal, y abandonar los planes de futuro que soñaba.

En Nagasaki, a través de muchas “casualidades”, encontré el Opus Dei. Yo había estudiado en el colegio Nagasaki Seido, donde trabajan personas de la Obra, pero no había entendido nada de lo que me explicaron. Quien de verdad me formó fue san Josemaría. A través de los pensamientos de Michi, se me reveló que la verdadera felicidad está en llevar una vida cristiana.

La primera vez que entendí la palabra “apostolado”, fue cuando una íntima amiga decidió bautizarse. Eligió como nombre de pila el mismo que yo: María. Para felicitarla, le mandé el punto 513 de Michi:

“Antes, solo, no podías... —Ahora, has acudido a la Señora, y, con Ella, ¡qué fácil!”

Hace poco mi hija recibió la confirmación. Como regalo elegí otra vez un punto de Michi, que me dirigí también a mí misma:

“¡Qué hermosa es nuestra Fe Católica! —Da solución a todas nuestras ansiedades, y aquieta el entendimiento y llena de esperanza el corazón” (n. 582).

Me conmuevo cada vez que leo este número».

* * *

Para el holandés Antoon, las llamadas de Camino a su alma, desde que lo leyó por primera vez hasta la actualidad, le suponen un reclamo paterno, una invitación amable, y fuerte a la vez, a exigirse cada día en su respuesta a Dios y a los demás:

«Jamás, desde la más tierna juventud, me había sentido tan aludido, tan claramente sacudido, tan amorosamente alentado.

Era como si mi padre alternativamente me acariciase y me tirase de las orejas. Después de buscar ansiosamente consejo navegando en los capítulos, me puse a leerlo con orden, desde el principio.

Aun habiéndolo leído muchas veces, emana siempre de sus consejos una fuerza cada vez más arrolladora. Los fundamentos —el amor a Dios, nuestra filiación divina, el perdón, la mortificación, el apostolado, la santificación de la vida ordinaria— se imponen de una manera irresistible, con un lenguaje siempre robusto y sincero, como si san Josemaría me conociese y se dirigiese personalmente a mí.

Mi capítulo preferido —nada de extraño en un hombre como yo, de edad avanzada— es “Vida de infancia”: da prueba de una gran sabiduría y de un profundo conocimiento del espíritu humano».

* * *

Podemos encontrar decenas de testimonios similares, de todas partes, de todas las edades. Gente que, por los más diversos motivos, ha experimentado un cambio en su vida al compás de los 999 puntos de meditación, de Camino. Algunos, en su brevedad, son particularmente impactantes. Como el sacerdote polaco Iósif quien afirma, sin medias tintas, que:

«Si no fuera por ese librito, muy probablemente ahora yo no sería sacerdote».

¿El motivo? Cuando ingresó en el seminario, en Polonia, había mucho recelo para evitar que, bajo capa de religiosidad, se introdujeran espías en aquella institución, con el fin oculto de colaborar con el gobierno comunista.

Quién sabe por qué, algunos de los seminaristas empezaron a sospechar del pobre Iósif. El bulo fue creciendo hasta convertirse en abierto rechazo por parte de compañeros y formadores.

En la soledad y la incompreensión, llegó a sus manos un ejemplar de la edición polaca de Camino (Droga). Y en las frases de Josemaría Escrivá el candidato al sacerdocio encontró consuelo y apoyo.

Lo abrió al azar, escogiendo un número según la fecha o la hora, o cualquier otra circunstancia. Siempre encontró una ayuda para afrontar con espíritu sobrenatural y ánimo alto aquel momento, y para seguir adelante en el camino de su vocación.

* * *

Los puntos de Camino no están formulados con expedientes retóricos, ni miran a una persuasión sentimental. Son frases sencillas y ardientes, como las que se usan en una conversación personal «al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre».

Tienen el atractivo de lo directo, de lo sincero y claro. Ponen al lector ante una inevitable reflexión... o decisión. Invitan a la conversión, a la mejora espiritual de la mano de Jesús y de la Virgen.

Adolfo, de Barcelona, cuenta su experiencia personal:

«Habían transcurrido pocos días desde mi primer contacto con el Opus Dei, cuando un buen amigo puso en mis manos un librito de reducido formato llamado Camino. Le agradecí el obsequio, lo metí en el bolsillo y no le di más importancia: me olvidé completamente.

Pasados unos días, metí la mano en el bolsillo de la chaqueta y topé con el olvidado Camino. Lo abrí, y leí el primer punto: “Que tu vida no sea una vida estéril...”.

Ahí me detuve. Tenía más de cincuenta años y me pregunté qué poso había dejado yo hasta entonces; qué había sembrado de útil y de bueno en tantos años de vida. Nada, absolutamente nada, me dije. Nunca me había preocupado de la obligación que tengo, como hijo de Dios que soy, de mejorar espiritualmente yo

mismo y de ayudar a mejorar a los demás, empezando por mis familiares.

Fue el principio de un cambio radical en mi vida. Empecé a asistir a medios de formación cristiana con interés creciente, hasta que percibí la llamada de Dios y pedí la admisión en el Opus Dei.

Desde que lo abrí por primera vez, Camino ha sido mi compañero de viaje. Sus 999 puntos fueron verdaderos aldabonazos para mi conciencia adormecida».

* * *

Hélène, desde Camerún, narra otra experiencia de conversión y de “carambolas espirituales”:

«Mi marido asistía a una reunión en un ministerio estatal. Ese día había llevado consigo siete ejemplares de la primera edición camerunesa de Chemin23, para entregarlos a la Biblioteca Nacional como está previsto.

Llegado a la reunión, al abrir el maletín aparecieron el ordenador y... los libros. Una señora que asistía al encuentro tomó un ejemplar y después de haberlo hojeado le preguntó:

—¿Son para la venta?

—Bueno, iba a llevarlos para el depósito legal...

Pero, ante su mirada de súplica, terminó por venderle el ejemplar.

—Verá, yo he vivido mucho tiempo de una manera desordenada y Dios me ha sacado de aquella situación.

Al escuchar a aquella persona, los demás participantes en la reunión se interesaron por Chemin. Todos insistieron en adquirir su ejemplar y, como no había para todo el mundo, los que no pudieron comprarlo, para asegurarse de que les llevaría el libro al día siguiente, se lo pagaron por adelantado.

Mi marido ha tenido que volver dos días seguidos, pues los que habían estado ausentes en la primera reunión, habiendo oído hablar del libro, tenían gran deseo de leerlo».

* * *

Mary, de Hawthorn Woods, Illinois, narra también una vivencia de conversión a una mayor intimidad con Dios:

«Hace veintitrés años yo era un alma en pena, buscaba cómo reordenar mi vida, cómo confiar de nuevo. Ann H., una señora que tiene un hijo sacerdote, me dio el libro The Way, y me advirtió que debía leerlo poco a poco.

En cambio, yo lo devoré, mi hambre de Dios era tal que lo releí una y otra vez. Algo muy profundo cambió dentro de mí».

* * *

“Devorar”. Es una palabra que aparece con cierta frecuencia en los relatos sobre Camino: comenzar a leerlo y no dejarlo hasta llegar al punto 999, de una sola tacada, en una continua serie de carambolas espirituales.

Ramón, ingeniero catalán, explica su impresión al ojearlo por primera vez, y có-

mo aprendió de memoria los puntos del libro, en tres lenguas distintas, a lo largo de su vida:

«Barcelona, principios de los años cuarenta. Pasé los dos últimos años de la guerra civil española en el campo; sin escuela, sin sacramentos, sin otra manifestación externa de piedad que el rosario en familia: madre, hermano pequeño y cuatro hermanas, una todavía en brazos; mi padre y mi hermano mayor ausentes: para sacar económicamente adelante a la familia el primero; el segundo, en un batallón de castigo por haberse incorporado a destiempo a filas.

De vuelta a la ciudad, a los dieciséis años, tuve que aplicarme en la recuperación de los tres años de bachillerato perdidos, lo que me hacía estar de muy mal humor.

Para colmo, tenía que hacer “de carabina” a mi hermana mayor, cuando salía al cine con algún pretendiente. Llevaba esto muy a disgusto.

Ella me decía: —¡Prepárate!, saldremos a tal hora. Y yo invariablemente le respondía increpándola con denuesos incalificables.

Pero Dios, que escribe derecho con renglones torcidos, se valió de aquello para darme una buena lección. En una de mis exuberancias, la denostada me puso ante los ojos un pasaje evangélico, que decía más o menos así: “Aquél que llame loco a su hermano (yo lo traduje mentalmente por idiota o imbécil, mis insultos acostumbrados), será reo de la gehena del infierno”.

Me afectó. Tardé varios días en reaccionar. Junto con el perdón, que me fue otorgado inmediatamente, ella me puso en las manos un libro titulado Camino, diciéndome: —¡Léelo, te vendrá bien!

Me sonaba vagamente el nombre del libro... hasta que me acordé de que, no mucho antes, algunos fanáticos lo habían arrojado públicamente a la hoguera en una céntrica plaza de Barcelona, acusándolo de ser un texto pernicioso. Es una historia bien conocida y, gracias a Dios, pasada.

¡Te hará bien! Y tanto. Lo leí de un tirón, lo releí, me lo aprendí de memoria, punto por punto. Nunca en mi vida me he “separado” de Camino. Es más, cuando años después me trasladé a Portugal, me lo aprendí en portugués, convencido de que la transmisión de la doctrina contenida en sus puntos podía significar un revulsivo para muchos, como lo había sido para mí.

Cuando más tarde me disponía a partir para Norteamérica (donde pasé veintitantos años), me lo aprendí en inglés.

Cuando me planteé la posibilidad de marchar a China continental (cosa que no pudo ser, por imposibilidad de conseguir permiso de residencia estable), empecé a aprender a leer y escribir en cantonés».

* * *

Se mencionaban antes las numerosas traducciones de Camino, que son índice de su difusión universal. Quizá llame la atención que este libro se haya editado en

lenguas locales, dialectos y, en general, idiomas poco hablados. No hubo campaña alguna para batir records de ediciones. La decisión de promover esas versiones surge del deseo de numerosas personas a las que gusta oír hablar de Dios en su propia lengua.

Un ejemplo lo ofrece este testimonio de Filipinas.

«Mi primer encuentro con The Way tuvo lugar en 2001, pero entonces no entendí casi nada. Al año siguiente, cuando ya me había trasladado a Manila, pedí un ejemplar como regalo de Navidad. El punto que más me afectó fue el n. 285:

“La conversión es cosa de un instante. —La santificación es obra de toda la vida”.

Empecé a hacer oración con aquel libro e iba asimilando su contenido poco a poco.

Recientemente supe de una traducción en hiligainón²⁴, mi lengua madre, titulada Ang Dalan. Exclamé: —¡Guau, cómo me gustaría conseguir un ejemplar! ¡Es el idioma de mi provincia!

Tengo un primo que es sacerdote diocesano. Yo ya le había enviado varios textos de san Josemaría. Esta vez quise mandarle Ang Dalan, desde luego. Pero, antes, probé a leerlo yo mismo.

Fue como una profunda conversación con el autor, sentí el peso de cada palabra, especialmente en los pasajes sobre la piedad. Nunca había ido tan a fondo cuando leía la versión inglesa. En mi propia lengua entendía la fuerza espiritual de san Josemaría, su vibrante celo apostólico. Mientras lo leía, tenía un diálogo verdadero con Dios».

MI AMIGO JOSEMARÍA

«Un sacerdote greco-católico que trabaja en una población de la estepa del Kazajistán, a unos cuatrocientos kilómetros de la parroquia más cercana, me decía:

—San Josemaría es mi amigo, porque siempre me dice algo.

Se refería a que cada vez que abría Camino, incluso al azar, siempre encontraba lo que necesitaba en aquel momento. Solo lamentaba haber prestado su ejemplar a un pastor baptista, que le había pedido algún buen libro de espiritualidad.

—¡No me lo quiere devolver! Dice que es indispensable para él.

Total, le regalé un ejemplar que llevaba yo. Y me emocioné hasta las lágrimas viéndole cogerlo con veneración y besarlo, como quien abraza a un amigo querido después de tiempo sin verlo».

* * *

Muchos encuentros con Camino terminan por crear una fuerte relación con san Josemaría. Los santos no son personajes del pasado que se recuerdan con más o menos estima. Los santos viven con la Santísima Trinidad en el cielo y la Iglesia

acude a ellos como intercesores ante el trono de Dios. Y así ocurre también con san Josemaría.

El porqué de esa facilidad de relación con el Fundador del Opus Dei se debe, sin duda, al contenido del libro y al tono con que está escrito. Meditando sus consejos, uno termina haciéndose amigo del autor.

Como ocurre con los buenos libros, da pena terminar y uno piensa: cómo me gustaría charlar con este autor, tendría tantas cosas que preguntarle. Pues en este caso el escritor no es un personaje inaccesible, que vive quizá en el otro lado del mundo. Es un santo: con él se puede hablar, se le puede pedir ayuda o consejo para entender bien sus mismos escritos.

Además, san Josemaría tenía un hondo sentido de la amistad y de la hospitalidad, que había aprendido directamente en la Sagrada Escritura. Así, en Camino escribirá: «Un amigo es un tesoro. —Pues... ¡un Amigo!..., que donde está tu tesoro allí está tu corazón» (n. 421), mostrando claramente la íntima correlación que establece entre las amistades terrenas y las celestiales: las dos son un tesoro, aunque ciertamente la de Cristo lo es mucho más, y eleva e ilumina las amistades humanas. Para el autor de Camino la prueba máxima de la amistad es conseguir que sus amigos sean también amigos de Jesús.

* * *

El licenciado mexicano Augusto Manuel relata el principio de su relación con san Josemaría, que ya se ha transformado en amistad:

«Poco antes de la Navidad de 2012 paseaba por las calles centrales de Ciudad de México con la intención de comprar libros usados. Volví a casa con Camino, en una edición de los años 50, y cinco libros más de diversos escritores y temas.

Yo desconocía por completo quién era Josemaría Escrivá de Balaguer, pero comencé enseguida a leer su libro. Desde el primer momento me pareció que tenía algo indescriptible, completamente nuevo.

Al cabo de algunos días fui con mi esposa a comprar una película cerca de mi domicilio. Escogí una que me llamó la atención porque en la portada aparecían dos hombres y una mujer y llevaba por título Secretos de Pasión.

Nos sentamos mi esposa y yo a disfrutar de la película y cuál fue mi sorpresa al ver que se refería a una parte de la vida de Josemaría Escrivá, el autor del libro que había comprado.

Esa misma tarde, dado que no tenía trabajo, me puse a buscar en internet la novena del trabajo, esperando bajar la de san Judas, y me encontré en cambio con la novena a san Josemaría Escrivá...

Conté a mi esposa estos episodios y ella a su vez me explicó que estaba bajando de internet un libro de Josemaría Escrivá y me leyó unos párrafos. Sin dudarlo, le aseguré que se trataba del mismo libro que había comprado yo en una tienda de viejo. Increíblemente, los cotejamos y eran los mismos textos.

Llegado a este punto tuve “necesariamente” que investigar sobre Josemaría y encontré que existe una iglesia dedicada al santo en la zona de Santa Fe.

A la par continué con la novena y, para mi sorpresa, se liberó una posición en la institución donde treinta y tres años antes había iniciado mi vocación al servicio del estado.

Cuando me presenté en la iglesia el domingo 10 de febrero, a pesar de que la había visto en internet, fui tocado en forma especial, sentí paz, tranquilidad, como si se me descubriera la verdad de mi vida.

Curiosamente, mi esposa sintió lo mismo y una persona de la iglesia le hizo saber información sobre san Josemaría Escrivá. Y aquí estoy escribiendo mi experiencia».

* * *

En Jerez de la Frontera (España) también tenemos una historia de devoción a san Josemaría nacida sin saber cómo, pero intensa y constante en el tiempo:

«Tengo en Jerez de la Frontera un comercio de compraventa de oro. Hace tiempo tenía una socia en otro establecimiento, pero ahora no nos vemos tanto porque nos independizamos, aunque sigamos manteniendo la amistad.

Un día se pasó por mi tienda y me contó su apuro porque su marido estaba en paro y no veía salida a aquella situación. A mí me salió espontáneo:

—Te voy a dar la estampa de un santo que te va a ayudar con seguridad.

Cuando le di la estampa de san Josemaría, comenzó a exclamar:

—¡Mi santito! ¡Mi santito!

Ante mi perplejidad me enseñó, sacándola de la cartera, una estampa, prácticamente desvaída, de san Josemaría, en la que no se leían ya algunas líneas de la oración. Era un ejemplar de la primera edición de estampas que salieron después del 26 de junio del 1975. Nunca más había encontrado otra y le tenía tanta devoción que no la perdía por nada del mundo.

Por la aversión de su marido a todo tema religioso, ella no podía manifestar abiertamente sus creencias. Le conté todo lo que sabía del Fundador del Opus Dei y le prometí llevarle material informativo.

Entre todo lo que le aporté, le regalé un ejemplar de Camino. Ha sido muy impresionante encontrarla a las pocas semanas y que, sacando Camino del bolso, me dijera:

—Lo llevo siempre aquí, lo he leído entero, ¡y cada día escojo un tema para profundizar en ese aspecto o virtud!».

* * *

Fabiano, brasileño, encontró a san Josemaría de un modo fortuito: a través de internet. Pasaba por un periodo crucial, en el que se planteaba qué rumbo tomar para su vida: según sus palabras, había llegado el momento de enfrentar su existencia con la madurez de un hombre. Pero necesitaba un “guía y maestro” para

emprender la ruta:

«Dios tiene sus caminos misteriosos para conducirnos a la felicidad, y se cumpla el sueño divino para cada uno de nosotros. Entre finales de 2014 y principios de 2015, comencé a sentir en mi corazón que había llegado el momento de abandonar las maneras y preocupaciones de niño, y asumir de una vez la llamada a ser un hombre. Ya era hora, porque me acercaba a los 28 años y estaba cerrando algunos ciclos de mi vida: unos por elección, otros por los empujones que nos da la misma vida.

En el horizonte de mi existencia, se presentaban dos futuras realidades ineludibles: emprender un trabajo profesional, y formar una familia. Sí, hay momentos en que la verdad aparece ante nosotros de una manera tan clara que, para negarla, se requiere una verdadera violencia existencial.

Yo me sentía como un joven que necesita una dirección para poder dar esos pasos siguientes y para tomar las riendas de la propia vida; un niño, con ideales y sueños, que para llegar a ser hombre debía caminar sobre el duro suelo de la realidad; un joven que quería tocar el suelo sin dejar de buscar las cosas de arriba.

Hasta entonces, a pesar de nutrir un gran amor por los Santos y por sus vidas, san Josemaría Escrivá era un desconocido para mí. Había oído una o dos anécdotas sobre su vida y sabía que era el fundador del Opus Dei, pero no conocía el carisma de la Obra ni sus enseñanzas.

Un día, estaba siguiendo una clase por internet y el profesor afirmó que, para empezar a recorrer el camino de la virtud y para crecer en sabiduría, él proponía siempre el libro Camino, de san Josemaría Escrivá. En cuanto terminó la lección, realicé una búsqueda en internet. Bajé Camino y comencé a leerlo inmediatamente.

El niño que quería llegar a ser hombre, se detuvo frente a un capítulo emblemático: “Carácter”. El primer punto era fuerte y me sonó como una llamada que el Autor me dirigía a mí personalmente:

“Que tu vida no sea una vida estéril. Sé útil. Deja poso. Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor.

Borra, con tu vida de apóstol, la señal viscosa y sucia que dejaron los sembradores impuros del odio. Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”.

Fui leyendo punto por punto, con la calma y meditación sugeridas por el propio santo, y, dentro de mis limitaciones, adquirí el brío y la fuerza para recorrer el camino que sentía que Dios me marcaba: ser hombre y ser santo, ser santo y ser hombre. San Josemaría fue para mí lo que una vez confió a su confesor que debía ser: “es necesario que yo sea santo y padre, maestro y guía de santos”.

Como Dios no nos deja sin respuesta cuando hacemos buenos propósitos, la

divina Providencia me hizo conocer a un numerario del Opus Dei; y después descubrí que, a pocos pasos de mi lugar de trabajo, se encontraba un centro de la Obra. Comencé a frecuentarlo, y aprendí a hacer oración; asistí a retiros, meditaciones, la santa Misa, visitas al Santísimo Sacramento, dirección espiritual, amistades, cursos de retiro y el estudio. La Obra se convirtió en un refugio seguro, lugar de abastecimiento, donde me acercaba débil y recibía el alimento necesario para recuperar las fuerzas.

Cuanto más conocía a San Josemaría, mi vida interior me permitía ver el mundo con formas más vivas: “La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones. Cuando vivas vida sobrenatural obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve, el peso y el volumen” (Camino, n. 279).

Además, descubrí que el trabajo puede ser lugar de encuentro con Dios. Si quería configurarme con Cristo, necesitaba tener como modelo “la adolescencia y la juventud de Jesús, lo mismo cuando argumentaba con los doctores del Templo, que cuando trabajaba en el taller de José” (Surco, n. 484). Todavía habitaba en mí el orgullo juvenil de pensar que, para cambiar el mundo, era necesario ser importante y realizar grandes gestas. Ante tantos problemas de la humanidad, yo debería ser “el hombre” que arreglara todo. En definitiva, ponía sobre mí el peso que Dios no requiere de ningún hombre, porque entregó a su propio Hijo para llevarlo. En lugar de grandes hechos, nuestro Padre me ha enseñado que “estas crisis mundiales son crisis de santos” (Camino, n. 301) y, por tanto, el heroísmo que yo buscaba no consistía en ser un superhombre, sino en terminar bien cada tarea. (...)

Aprender que, con mi trabajo y estudio, podía extender los brazos de Cristo en medio del mundo fue una gran novedad y como la pieza del rompecabezas que hace que encaje todo lo demás: mis sueños se han conectado a la voz que resonaba dentro de mí. He aprendido que la belleza de la vida no se encuentra en ideales desencarnados y que puedo “transformar la prosa de cada día en poesía heroica”.

Resumiendo brevemente lo que San Josemaría me enseñó, llegué a una conclusión, aparentemente simple, pero muy profunda. San Josemaría me enseñó a ser ¡YO! Sí, a ser verdaderamente YO y, si realizo bien mis actividades en medio del mundo, a entregar mi vida como sacrificio agradable al Señor. Seré hombre y seré santo. Estoy muy lejos de conseguirlo aún, pero estoy feliz porque cuento con tan buen guía y maestro.

* * *

El primer relato que hemos recogido sobre la amistad de los lectores de Camino con el Autor, ya ha mostrado que no se limita a los círculos católicos. San Josemaría tenía los brazos abiertos en cruz —a imitación del Maestro— para acoger a todas las almas, de cualquier confesión religiosa que fueran. He aquí otro ejemplo:

«Me llamo Sirje, soy médico anestesista. Fui bautizada en la iglesia evangélica luterana y recibí incluso la confirmación, pero no puedo decir que fuera una buena cristiana.

No sabía nada acerca del Opus Dei ni de su Fundador. La primera vez que oí hablar fue en un medio de difusión calumnioso. No me convenció y, curiosa como soy, comencé a investigar hasta que di con san Josemaría y su libro Camino.

Fue un amor a primera vista. Pensé que era justo lo que necesitaba: sabiduría, espíritu directo y concreto. Era exactamente lo que había echado en falta toda mi vida. Aunque siempre se me haya considerado una mujer fuerte, también yo necesitaba protección y buen consejo.

En mi vida ha habido momentos en los que he deseado llorar y san Josemaría dice en Camino —n. 216— que llorar puede ser muy bueno:

“¿Lloras? —No te dé vergüenza. Llorar: que sí, que los hombres también lloran, como tú, en la soledad y ante Dios. —Por la noche, dice el Rey David, regaré con mis lágrimas mi lecho.

Con esas lágrimas, ardientes y viriles, puedes purificar tu pasado y sobrenaturalizar tu vida actual”.

Busqué y encontré el centro del Opus Dei en Estonia, y me hice cooperadora. De esta manera fui poco a poco llegando a Dios. Comencé a ir a los cursos de catequesis para conocer mejor la fe católica. Aprendí a rezar como enseña san Josemaría. Pronto comprendí que en la vida espiritual no se puede avanzar sin la guía de un maestro. He recibido mucha ayuda de la dirección espiritual.

Como médico debo solucionar con frecuencia situaciones críticas y realizar rápidamente intervenciones complejas, que pueden llegar a ocasionar complicaciones. Pero ahora tengo un ayudante a mi lado. Me dirijo a san Josemaría, rezo un avemaría y le digo una sencilla palabra en español: “¡Vamos!” Funciona de maravilla. Me siento así mucho más segura y sobre todo más tranquila.

He tenido la alegría de visitar la Clínica de la Universidad de Navarra. La medicina de Estonia es de buen nivel técnico y sanitario, pero sufre carencias en el aspecto ético, especialmente en lo que concierne a los últimos días de la vida del paciente. Estoy muy agradecida a estos médicos: con su ayuda he comenzado a entender de otra manera el valor de la vida humana desde su concepción hasta el momento de su muerte.

En mayo de 2013 fui a Roma en una peregrinación de católicos de Estonia. El domingo, festividad de Pentecostés, se celebró la santa Misa en la iglesia prelatia de Santa María de la Paz, donde reposan los restos mortales de san Josemaría. Sentí claramente que “formaba parte” del Opus Dei. Experimenté la sensación de haber llegado a casa. Al terminar la Misa me dirigí a mi confesor y le hablé de mi decisión de unir mi vida al Opus Dei. Ya había considerado esto en Estonia, pero estoy feliz de haberme decidido ante los restos mortales de san Josemaría.

Al día siguiente, 20 de mayo, se celebró la Misa en la basílica de San Pedro. Muchos estonios, yo entre ellos, recibimos el sacramento de la Confirmación. Y después, asistí a un encuentro con el Prelado del Opus Dei».

* * *

Carlos es un uruguayo de pura cepa, que llegó a la vida en un hogar en el que —son sus palabras— «a Dios le habían cerrado la puerta». Vio la luz el día en que la selección de fútbol de Uruguay se proclamó campeona del mundo ante Brasil en Maracaná. Gracias a su abuela, recibió el bautismo al poco de nacer. La vida lo hizo encuadernador y, en un cierto momento, pasó por sus manos el libro Camino. Para ese hombre ya nada sería igual:

«Criado en un hogar ateo, donde se escribía y se pensaba a Dios con minúscula y María era simplemente el nombre de varias integrantes de la familia, crecí, estudié y comencé mi vida laboral. Mi únicos contactos con la Iglesia y la religión habían sido mi bautismo, las Primeras Comuniones de dos primas y algún casamiento religioso.

Como encuadernador-restaurador de libros, por mis manos han pasado cientos y miles de volúmenes. Joyas de la literatura, biblias, catecismos, etc. Por el año 1976 un pequeño librito llamado Camino me llamó la atención. Mientras arreglaba sus deterioradas páginas, iba leyendo superficialmente sus puntos.

Fanático del trabajo como soy, vi la importancia que se le daba en el texto a este tema y sobre todo a la necesidad de trabajar con tanta responsabilidad como alegría. No quiero mentir, pero me sentí identificado y le encontré razón a muchas sinrazones, y ya ese libro pasó a ser parte de mi biblioteca particular. Lo estudié profundamente.

En 1986, mi hijo menor contrajo una enfermedad tan rara como gravemente mortal: polimiositis. Los esfuerzos del neurólogo y del oncólogo-pediatra no eran suficientes. Mi única esperanza para él y la familia fue la oración. Mi súplica a mons. Escrivá fue oída. Hoy mi hijo lleva una vida normal con 27 años. Desde ese momento mi respeto se convirtió en devoción y ya lo consideraré un Santo.

Soy fiel devoto san Josemaría, de su palabra, de su obra, de su filosofía y de su intercesión en mi vida. Cada día abrimos los ojos y enfrentamos al mundo y sus desafíos... Si lo hacemos responsablemente y con alegría, con “buena onda”, podemos llegar al fin de cada uno de esos días con una pequeña meta cumplida. Eso no es poco para cualquier ser humano en su corto paso por la vida terrenal. Si logramos contagiar ese espíritu que da la fe, habremos cumplido una tarea».

PARA ACERCARSE MÁS A CRISTO

En una de sus homilías, recogida en el volumen Es Cristo que pasa, san Josemaría señala:

«En la vida nuestra, en la vida de los cristianos, la conversión primera —ese mo-

mento único, que cada uno recuerda, en el que se advierte claramente todo lo que el Señor nos pide— es importante; pero más importantes aún, y más difíciles, son las sucesivas conversiones. Y para facilitar la labor de la gracia divina con estas conversiones sucesivas, hace falta mantener el alma joven, invocar al Señor, saber oír, haber descubierto lo que va mal, pedir perdón»25.

Camino ha ayudado a muchas personas en estas conversiones: tanto en la “primera”, como en las “sucesivas” que han de producirse a lo largo de la vida, si se quiere amar con obras y de verdad a Dios Nuestro Señor. Veamos algunos ejemplos de estos “segundos” inicios de vida espiritual.

* * *

En Japón, se habían agotado los ejemplares de Michi y se estaba preparando una nueva edición. Una señora buscaba un ejemplar del libro para regalarlo a una amiga, pero no lo encontraba: hubo de esperar casi un año.

Cuando tuvo por fin en sus manos el nuevo volumen, no pudo contener la alegría al ver que llevaba un marca-páginas con una foto de san Josemaría y el punto 382:

«Quería recomendar a mi amiga un punto concreto, pero no recordaba el número. ¡Y es el que estaba escrito en el señalador!: “Que busques a Cristo: Que encuentres a Cristo: Que ames a Cristo”».

Son palabras que san Josemaría repitió muchas veces. Ya en los primeros tiempos de su labor apostólica en Madrid, regaló algún libro con esa dedicatoria. ¿Y qué otra podría ser? La vida de los santos es “siempre” y “solo” un constante afán por estar unidos a Jesús.

Y aquel sacerdote, que había comprendido que su misión era predicar la santificación de los fieles corrientes en medio del mundo, a través del trabajo y de los demás deberes ordinarios del cristiano, tenía que invitar a todos sus oyentes y lectores a acercarse más a Cristo, hasta identificarse con Él; que en eso consiste la santidad.

* * *

Antonio habla de su primer encuentro con Camino. Tuvo lugar en una época de su vida en que, desde el punto de vista religioso, asegura que su «única dedicación en verano era oír Misa los domingos y fiestas de guardar. No hacía nada malo, pero tampoco tenía ninguna inquietud por vivir más intensamente la fe».

Sucedió que un amigo le mostró el libro, y le invitó a “hacer oración”. Antonio le respondió que no sabía “hacer oración”. Su amigo le aseguró que era muy sencillo: él leería en voz alta algunos puntos de Camino, y después cada uno, en silencio, meditaría sobre su contenido.

Comenzó por el primer párrafo: «Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso (...)».

Y Antonio continúa:

«Desde entonces he hecho oración con Camino muchas veces. Podría decirse que san Josemaría me ha ido sugiriendo muchas cosas que decirle al Señor, o que el Señor me dice a mí. Todavía hoy, una tarde cualquiera, tomo un ejemplar de Camino, me pongo delante de Jesús en el Sagrario, abro el libro por cualquier página y leo con ánimo de entender qué es lo que me sugiere el Señor. Siempre me propone algo y siempre me veo movido a decirle algo».

* * *

El sacerdote Anselmo F. relata un suceso acaecido en Logroño (España), en 1990, que muestra cómo Camino ha ayudado a crecer en santidad también a personas ajenas al Opus Dei a las que la Iglesia ha abierto oficialmente un proceso de canonización.

Don Anselmo se encontraba una tarde atendiendo un confesonario de la iglesia de La Inmaculada, en la capital riojana. Aprovechando un momento libre en su tarea pastoral, comenzó a leer una hoja informativa del proceso de beatificación y canonización del venerable siervo de Dios Alberto Capellán. De pronto,

«en el apartado de “Pensamientos del siervo de Dios”, encontré una frase que me resultó muy conocida: “Despégate de los bienes del mundo. Ama y practica la pobreza de espíritu: conténtate con lo que basta para pasar la vida sobria y templadamente. Si no, nunca serás apóstol”.

Al volver a casa comprobé que, efectivamente, se trataba de un punto de Camino: el n. 631.

Pocos días después, fui a hablar con el postulador de la causa que residía en mi misma ciudad. Le dije: —Me parece que no debería publicarse como propio del siervo de Dios, pues está tomado literalmente de Camino.

Y me contestó: —No me extraña que haya sucedido, porque Capellán meditó mucho ese libro y había interiorizado tanto algunos de sus pensamientos que los escribía en sus cuadernos y notas de vida interior como si fueran propios.

Por otra parte, me aclaró, que no se trataba de mala fe, sino de que aún no se había hecho un trabajo crítico sobre los escritos de ese siervo de Dios. Y tardaría en hacerse, porque quienes preparaban aquellas hojas informativas no tenían capacidad para un trabajo semejante.

En fin, lo que al principio me había parecido una cuestión de “derechos de autor” (si es que los santos los tienen) ahora se me antojaba una maravillosa siembra de santidad que Camino ha hecho y sigue haciendo. En aquel caso era evidente»²⁶.

* * *

Hablar de acercarse a Cristo, de establecer una relación personal con Jesús, es hablar de vida de oración. En 1935, san Josemaría redactó un documento para sus hijos del Opus Dei, en el que señalaba las principales características que debería reunir el apostolado con gente joven. En ese texto se lee de modo categóri-

co: «Si no hacéis de los chicos hombres de oración, habéis perdido el tiempo»²⁷.

Esta es la finalidad de Camino, ayudar a los lectores a ser personas que hacen oración. El libro es, sí, un instrumento que mueve a la reflexión, a la “confrontación” con unos ideales de conducta. Pero su autor no pretende mover a la “introspección” psicológica. Lo que busca es provocar un diálogo personal con Cristo: que eso es la oración.

Hoy en día, por desgracia, para bastantes personas, las palabras “oración mental” o “meditación” han perdido significado, o se ven como un ejercicio difícil de practicar. Y, en cambio, toda la vida cristiana debe fundarse en la oración, ha de empezar por el conocimiento y el amor a Cristo y terminar en la unión con Él, que será plena en el cielo.

Joseph Pearce es profesor de la Ave Maria University, de Florida (Estados Unidos), y bien conocido por sus biografías sobre G. K. Chesterton, H. Belloc, J.R.R. Tolkien, O. Wilde, A. Solzhenitsyn, W. Shakespeare, etc.; así como por una voluminosa monografía titulada *Escritores conversos: la inspiración espiritual en una época de incredulidad*.

El 17 de mayo de 2012, Pearce participó en un coloquio sobre Literatura y conversión: El poder de la Belleza, organizado por el Colegio Mayor Mondoa, de Madrid. Fue una tertulia en el sentido literal del término: hubo preguntas de los asistentes y respuestas del escritor. Entre otros temas, afirmó:

«El mejor modo de transformar el mundo es ser santo: hacer llegar a todos la experiencia del amor de Dios. Pero es necesario insistir siempre en la racionalidad de la fe.

Para mí como para muchos conversos, el camino hacia Dios ha venido precedido de un proceso intelectual, siempre acompañado de la sanación del corazón por la gracia.

Pero en un mundo post-racional, donde la cultura está impregnada de relativismo, probablemente el modo más eficaz para hacer llegar el mensaje cristiano sea la fuerza de la belleza.

La contemplación de la belleza lleva al agradecimiento, y eso plantea la pregunta ¿a quién debo estar agradecido?, que es un primer paso que orienta hacia un modo correcto de pensar».

Alguien le preguntó sobre su conocimiento de las obras de san Josemaría Escrivá de Balaguer. Respondió que *The Way* fue su primera lectura de carácter específicamente espiritual. Le impresionó profundamente que se tratase de un libro dirigido de modo directísimo a la lucha por la santidad.

La radicalidad con que el Fundador del Opus Dei plantea el seguimiento de Cristo era lo que estaba buscando, y en particular sus acentos «profundos, directos y prácticos»:

«Hace años cayó en mis manos un ejemplar de Camino. No pude saber si fue

casual o providencial —que son palabras antónimas, aunque se utilicen erróneamente como sinónimas—, pero hoy sí lo sé.

El libro empezó a interesarme por la importancia que el autor prestaba a la libertad en la difícil década de los años treinta. (...) Hacía falta valor para publicar lo que se pensaba y defender la libertad, principalmente religiosa, en tiempos de persecución de la Iglesia, cuando fueron torturados y asesinados miles de sacerdotes, religiosos y laicos por el hecho de ser católicos. Y más, para continuar defendiendo la libertad después de terminar la guerra civil española.

El canto a la libertad que subyace a lo largo de Camino no puede extrañar en un libro religioso, porque el valor de la libertad es el primer valor de la creación, según recoge el libro del Génesis en el relato de la creación del mundo y del hombre (...). El hombre fue creado libre, y el primer ejercicio de su libertad fue comer la fruta del árbol de la ciencia, porque pudo y porque quiso, y ahí tenemos las consecuencias de haber desobedecido a Dios.

Uno de los principales méritos de Camino consiste en haber liberado la fe y la religión del obscurantismo de aquellos años, y haber devuelto a la fe y a la religión la alegría. Y lo logró cuando dijo que “la verdadera virtud no es triste y antipática, sino amablemente alegre” (n. 657). O cuando pregunta: “¿No hay alegría? — Piensa: hay un obstáculo entre Dios y yo. —Casi siempre acertarás” (n. 662). Estos dos puntos encierran en sí mismos un tratado de sabiduría teológica que exigen una reflexión silenciosa si se busca sinceramente el camino de la felicidad.

(...) Porque la gracia es el camino de la libertad de los hijos de Dios, que sólo puede existir y contagiarse con alegría, lo que ha repetido constantemente Escrivá, porque ambas conducen al estado de infancia espiritual que es la manera más adecuada y fácil de alcanzar la santidad y para combatir las seducciones de la soberbia, que es la raíz maestra del mal».

* * *

También en el caso de Elina, Camino fue uno de los primeros libros que le acercaron a la fe católica. Es enfermera en Tallin, Estonia, y nos cuenta que:

«Descubrí el libro Camino cuando empecé a ir a Misa. No era todavía católica, y asistía a la Misa simplemente porque me interesaba. Al mismo tiempo, empecé a participar en el curso de catequesis para entrar en la Iglesia católica.

Como soy enfermera de profesión y formadora de enfermeras, me fascinó Camino, por sus consejos tan concretos para la vida diaria. Naturalmente, al principio dejé de lado algunos puntos que no entendía.

Con el tiempo creció mi fe y se ampliaron mis conocimientos teológicos; los temas de Camino se volvieron más y más comprensibles.

La primera vez, leí Camino en estonio; como mi idioma materno es el ruso, empecé a leerlo también en ruso. La traducción rusa me ayudó todavía más profundamente.

Ahora, Camino se ha transformado en mi compañero diario. Muchos puntos están grabados en mi memoria y sostienen mi quehacer diario. Me ha ayudado mucho a mejorar mi carácter, a desarrollar virtudes y a servir a los demás.

Mi trabajo cotidiano está relacionado con el cuidado de los enfermos, con la enseñanza y con la dirección, y Camino me ha enseñado a comportarme con las personas que me rodean —pacientes, colegas, amigos— y a procurar que se sientan bien.

Además, es un libro que me ha ayudado a ver mis defectos y errores personales, y ha crecido en mí un deseo sobre todo de mejorar yo misma».

* * *

Patricia es brasileña. Ingresó en la universidad llena de preocupación social, de ideales de justicia, de deseos de ayudar al prójimo.

Quedó frustrada al darse cuenta de que el ambiente reinante en aquel campus era muy distinto de lo que ella pensaba. Le parecía que cada uno iba a lo suyo y que las clases se concentraban en cuestiones meramente “técnicas”: a nadie le importaba el bienestar de los demás ni el rescate de los menos favorecidos.

En esa situación se encontraba, cuando abrió Caminho en busca de alguna inspiración, y se encontró con el punto 301:

«Un secreto. —Un secreto, a voces: estas crisis mundiales son crisis de santos.

—Dios quiere un puñado de hombres ‘ suyos ’ en cada actividad humana. — Después... ‘ pax Christi in regno Christi ’ —la paz de Cristo en el reino de Cristo».

Se dio cuenta de que, sin olvidar la preocupación social, la respuesta que buscaba era mucho más profunda: santidad en la vida cotidiana, aquello sí que era una solución radical.

* * *

A veces, el encuentro con Camino es completamente fortuito, porque las vías de la providencia divina son infinitas; pero siempre produce frutos espirituales. Como sucedió en el caso que cuenta una señora ecuatoriana:

«Fui a visitar a mi mamá que no se encontraba bien, pero no tuve la precaución de comprobar si llevaba suficiente dinero en el bolso. Y, efectivamente, al regresar a mi casa me di cuenta de que no me alcanzaba para el billete del bus.

Entonces, se me ocurrió una idea que ahora me resulta absurda, pero que entonces me pareció “normal”: vender a alguien el ejemplar de Camino que llevaba conmigo, para obtener el dinero que necesitaba.

Al pasar delante de una tienda vi a un chico de unos 18 años que trabajaba allí y simplemente le pregunté:

—¿Quieres comprar este libro?

El muchacho aceptó, y con el dinero pude pagar el pasaje y llegar a casa.

Al día siguiente volví a aquel establecimiento, esta vez con la plata. Cuando me vio el muchacho a quien había vendido mi ejemplar de Camino, se me acercó y

me dijo:

—He leído todo el libro hasta las cinco de la madrugada. ¿Sabe usted cómo podría hacer para confesarme?»

* * *

Francisco, de Estados Unidos, también se tropezó de modo accidental con Camino. No se lo ofreció una señora que necesitaba unas monedas para tomar un autobús, sino... un sacerdote en una barbacoa. Así lo recuerda:

«Algunos se refieren a mi generación como la “generación perdida”, y supongo que yo podría haber sido llamado un “alma perdida” cuando recibí por primera vez el libro *The Way*, de san Josemaría, hace más de cuatro años.

Al igual que otros de mis compañeros, yo me llamaba católico, pero lo era solo de palabra, no en la práctica. Trataba de justificar mi actitud achacándola a lo que yo calificaba de rigidez doctrinal y de complejidad en la Iglesia.

Todo cambió con la lectura de *The Way*. Así como el libro es profundamente simple, la historia de mi conversión fue igual de sencilla. Conocí a un sacerdote en una barbacoa de fin de semana organizada por jóvenes profesionales, y me sugirió leer el libro.

Al hojearlo, pensé que se trataba de una colección de máximas, casi demasiado destilada. Decir que mi actitud era de escepticismo sería un eufemismo.

Pero cuando comencé a leerlo, rápidamente me di cuenta de la belleza de la Iglesia y, en última instancia, de la belleza de una vida cristiana.

Comencé a leer uno o dos puntos de *The Way*, y antes de que me diera cuenta aquello se había convertido en una costumbre diaria: la meditación, la oración. Como diría san Josemaría, pasé de ser un alma tibia a una que al menos quería estar hirviendo de amor cristiano.

El resto de la historia aún se está escribiendo, pero cuatro años más tarde todavía no he terminado *The Way*, por la sencilla razón de que mi camino aún no ha terminado.

Así es como imagino que el autor escribió esta colección de 999 pensamientos: más que leerlos de principio a fin, se supone que el lector contemple los puntos al ritmo de lo que le pida su vida cristiana ordinaria».

* * *

Miguel vive en Ponferrada (León). Está casado y tiene tres hijos. Es arqueólogo, y su primera lectura de Camino es aún muy reciente, de finales de 2012:

Empecé a tratar con más asiduidad a un compañero de trabajo que supe, con el tiempo, que era del Opus Dei. Era una persona abierta, alegre, transparente, absolutamente profesional y con una paciencia que creo aún, a día de hoy, que es inagotable...: está siempre sereno y con una sonrisa limpia y dedicada.

Un día, al comentar en casa estas virtudes de mi colega, un pariente —que no tiene ningún vínculo con la Obra—, me dijo: “¿Pero no conoces Camino? ¿Nunca

lo has leído? Está muy bien; lo tengo en mi mesilla y de vez en cuando lo leo...; ya te lo dejaré". Sin saber muy bien por qué, como guiado por un impulso, antes de que esa persona me lo prestara, compré un ejemplar en versión electrónica.

Antes de terminar el primer capítulo, que me resultó especialmente punzante, tuve la sensación de haber encontrado lo que creo que anduve buscando toda la vida, cuando todavía no sabía bien el qué y por qué. En Camino encontré un medio llano, sencillo, incluso metódico, poco dado a ñoñerías, para vivir la vida cristiana. Por fin —lo digo con todo el cariño y respeto...—, ir a Misa a diario y ser piadoso no era una cosa sólo para señoras mayores muy, muy rezadoras, y con mucho, mucho tiempo libre. Es evidente que el que estaba equivocado era yo...

Por otro lado, se da la casualidad de que por entonces no me encontraba en mi mejor estado anímico. Consumía rápidamente mi poca paciencia en un ensimismamiento triste; me autocompadecía ante mis dificultades; y, en definitiva, andaba bastante "descolocado". La lectura de Camino se convirtió para mí, desde el primer momento, en auténtico manual de felicidad. De felicidad cristiana.

Camino..., y cómo escuecen muchos de sus puntos... Nos despiertan del sopor de no saber quiénes somos y qué tenemos que hacer si queremos ser realmente felices. Son puntos de luz, porque reflejan a Jesús y son fundamento de camino de santidad.

No tengo punto o capítulo favorito; me gustan todos... Sin embargo, recuerdo el n. 8, porque se grabó inmediatamente en mi memoria, al hacer mella en mi estado de ánimo de entonces:

"Serenidad. —¿Por qué has de enfadarte si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin?"

Como todos los demás puntos, es llano y directo porque dice la verdad. Recordando las palabras de su autor en el prólogo puedo decir que esta obra removió mis recuerdos, mejoró —sigue mejorando— mi vida y me metió por caminos de oración y de Amor».

* * *

En el camino hacia Jesús, siempre se encuentra a la Virgen. Y, para seguir a Jesús, necesitamos siempre la ayuda de nuestra Madre del Cielo, porque experimentamos continuamente lo que escribe San Josemaría en Camino: «Confía. —Vuelve. —Invoca a la Señora y serás fiel»²⁸. «¡Madre! —Llámala fuerte, fuerte. —Te escucha, te ve en peligro quizá, y te brinda, tu Madre Santa María, con la gracia de su Hijo, el consuelo de su regazo, la ternura de sus caricias: y te encontrarás reconfortado para la nueva lucha»²⁹.

Juan Ignacio, abogado de Almería (España), comienza su relato señalando su edad. «Yo tenía quince años».

«Unos amigos, me habían invitado a estudiar un fin de semana en una casa de campo, donde llegué un poco tarde y sin conocer a nadie. Se trataba de un plan

para estudiantes, organizado por un club juvenil, obra corporativa del Opus Dei. No pedí más explicaciones y me apunté.

Llegué a la casa a última hora de la tarde. Al acercarme, vi que era un grupo de muchachos de mi edad. Estaban en el jardín, sentados en el suelo, alrededor de una gran hoguera. El “típico fuego de campamento”, pensé.

Pero estaban todos en silencio, como meditando algo. Me senté entre ellos y el que estaba a mi lado me comentó: —Estamos haciendo oración. De pronto, uno de ellos leyó en voz alta un párrafo de un librito que tenía en las manos:

“El amor a nuestra Madre será soplo que encienda en lumbre viva las brasas de virtudes que están ocultas en el rescoldo de tu tibieza”³⁰.

Me quedé helado. No entendía qué “madre común” podían tener aquellos muchachos, ni de qué fuego, ni brasas ni virtudes se trataba. Al cabo de poco, de nuevo la voz: “Sé de María y serás nuestro”³¹.

Tengo que reconocer que yo no estaba muy ducho en la vida cristiana, y no entendía el significado de aquellas frases. Por fin, un nuevo pensamiento que sí comprendí: “A Jesús siempre se va y se ‘vuelve’ por María”³².

Caí en la cuenta de que se hablaba de la Virgen. Inmediatamente, me fueron cogiendo aquellas palabras, que ahora entendía con claridad. ¡Aquella gente quería vivir su fe en serio! Entendí lo de “hacer oración” y cuando, al acabar, nos levantamos, pensé que me hubiera gustado seguir un rato más.

El fin de semana cambió entonces completamente. Intuí que había mucho fondo en aquellos chicos tan sonrientes y aparentemente despreocupados. La misma alegría que sigo viendo hoy, cuarenta años después».

OBRAS SON AMORES

Camino es comprometedor: pide coherencia entre lo que se cree y lo que se obra, una profunda unidad de vida entre la fe y la conducta personal. En el punto 342, se lee:

«No olvides que antes de enseñar hay que hacer. “Coepit facere et docere”, dice de Jesucristo la Escritura Santa: comenzó a hacer y a enseñar.

Primero, hacer. Para que tú y yo aprendamos».

Y en el 353:

«Aconfesionalismo. Neutralidad. Viejos mitos que intentan siempre remozarse.

¿Te has molestado en meditar lo absurdo que es dejar de ser católico, al entrar en la Universidad o en la Asociación profesional o en la Asamblea sabia o en el Parlamento, como quien deja el sombrero en la puerta?».

Este libro podrá suscitar el rechazo —es un libro de fe— o la admiración, pero no la indiferencia. Y con frecuencia, Dios se sirve de sus páginas para remover a las almas en lo más íntimo. Cada encuentro, cada lectura, marca habitualmente una historia.

Amal, de Cambridge, tuvo ocasión de comprobarlo durante su asistencia a un congreso sobre el cristianismo árabe, celebrado en Malta. Hablando con otro participante —un sacerdote iraquí—, trató de explicarle el espíritu del Opus Dei, pero él le interrumpió: «Cuando tenía 14 años empecé a leer Camino, en árabe Al Tariq, y me cambió la vida; tanto, que decidí hacerme sacerdote».

* * *

José ha expresado el efecto que produjo en su alma la lectura de este libro, con el título: “De cómo Camino me hizo ver que Dios no sólo estaba los domingos en la iglesia, sino en cada uno de los segundos de mi vida”. Leamos lo que escribe:

«A lo largo de muchos años había pensado que vivía como un buen cristiano: iba a Misa los domingos e intentaba portarme lo mejor posible en mi trabajo y con mi familia. Un buen día llegó a mis manos un ejemplar de Camino.

He de confesar que la idea que tenía del Opus Dei no era muy buena, por lo que el libro quedó olvidado. Hasta que una tarde, sin saber por qué, empecé a leerlo. Me di cuenta de que no era un libro que hablara de Dios, como yo me esperaba, sino de cómo el hombre de la calle podía acercarse más a Dios y hacerse santo en su trabajo. Jamás había pensado en aquello.

“Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso”. Estas frases me sacudieron poderosamente. ¿Cómo podía yo dejar poso? No era famoso, no tenía dinero, no había descubierto o inventado nada, ¿qué rastro iba a dejar con mi vida? A los pocos días comprendí que el “poso” solo se podía dejar si aprovechaba cada hora del día.

En otros puntos de Camino leía que el matrimonio es un sacramento santo, que yo era templo de Dios, que si no tenía un plan de vida nunca tendría orden, etc.

Algunos de esos puntos empezaron a incomodarme, me parecía que estaban escritos para mí. Sabía que tenía que cambiar muchas cosas si de verdad quería ser un buen cristiano. No sé en qué momento, ni cuándo, ni cómo, decidí dar el paso de intentar vivir las enseñanzas del libro.

Lo que sí sé, es que mi vida iba cambiando, mi trabajo, mi familia, mis problemas, mis amigos. Por primera vez fui consciente de que estaba junto a Dios, que no me tenía que “acercar” más a Dios, sino solo abrir los ojos del corazón para descubrir que Dios había estado siempre junto a mí».

* * *

Enric ha tenido que viajar a Egipto en los últimos años, por motivos profesionales. Hace unos meses, meses, al salir de una Misa en el Cairo, conoció a Karim, un joven libanés, que trabajaba en una ciudad cercana. Intercambiaron algunas frases y las direcciones de correo electrónico. «En el último viaje a El Cairo», cuenta Enric:

«quedamos para cenar. Mi idea era hablarle del espíritu del Opus Dei, ya que salta a la vista que Karim es piadoso y buen trabajador. Pensé que iba a descubrir-

le un nuevo mediterráneo, pero no fue así. En cuanto mencioné la Obra, él empezó a hablarme con entusiasmo de san Josemaría y de Camino.

Ante mi sorpresa, me contó que hace unos años, en Estados Unidos, comprendió que debía tomarse más en serio su vida cristiana, y que Camino le había ayudado mucho en esos momentos. Tuvo que comprar el libro varias veces, porque enseguida se lo regalaba a algún amigo o pariente que parecía necesitarlo tanto o más que él.

Desde el primer momento se concretó un plan de vida exigente y una dirección espiritual que ha mantenido con diligencia, hasta percibir que el Señor le llama al sacerdocio. Ahora que ha sabido que la Obra se encuentra presente en Líbano, me ha pedido que le ponga en contacto con la gente de allí».

* * *

A los 17 años, en 2009, un muchacho de las cercanías de Gera, en Turingia, fue recibido en la Iglesia católica, proveniente de una confesión evangélica.

Poco después, a través de internet conoció los escritos de san Josemaría. Quedó especialmente fascinado con Der Weg33, que le mostraba modos concretos para santificarse en la vida ordinaria. Desde entonces, san Josemaría se convirtió en su “acompañante” espiritual.

Comparte frecuentemente su entusiasmo con las personas que encuentra, y muchas veces les presta su ejemplar de Der Weg para que les sirva de lectura. Los lectores le cuentan cómo el libro les ha ayudado a descubrir a Cristo en las cosas de cada día.

Hace poco, hablando con una señora de su antigua comunidad evangélica, terminó por darle Der Weg y un rosario. La señora leyó el libro y lo dejó, con el rosario, en la cocina de su casa. Algún tiempo después, volvió su hija, también evangélica, de un viaje a Estados Unidos y descubrió Der Weg en la cocina. Lo abrió con curiosidad y... no pudo dejarlo.

«Este libro —dijo— me ha abierto un horizonte nuevo. Quiero tener “la religión del autor”».

Y, para empezar, se hizo con el rosario.

* * *

Un estudiante de Filosofía comentaba con un colega de estudios lo complicado y dificultoso que debía de ser meterse por sendas de oración. Aseguraba que,

«allá en la Edad Media, un autor señalaba cinco pasos imprescindibles para hacer bien la meditación; otro, seis; y otro siete, amén de no sé qué aplicación de las potencias del alma.

«Para mí —añadía a continuación—, fue un descubrimiento encontrarme con el punto 90 de Camino: “¿Que no sabes orar? —Ponte en la presencia de Dios, y en cuanto comiences a decir: ‘Señor, ¡que no sé hacer oración!...’, está seguro de que has empezado a hacerla”».

La conversación se desarrollaba en voz alta. En esas, otro aprendiz de filósofo, bastante descarado, intervino sin pedir permiso:

«A mí me impresionó —¡y no podéis figuraros cómo!— el n. 267. Me lo sé de memoria:

“Es preciso convencerse de que Dios está junto a nosotros de continuo. — Vivimos como si el Señor estuviera allá lejos, donde brillan las estrellas, y no consideramos que también está siempre a nuestro lado.

Y está como un Padre amoroso —a cada uno de nosotros nos quiere más que todas las madres del mundo pueden querer a sus hijos—, ayudándonos, inspirándonos, bendiciendo... y perdonando.

¡Cuántas veces hemos hecho desarrugar el ceño de nuestros padres diciéndoles, después de una travesura: ¡ya no lo haré más! —Quizá aquel mismo día volvimos a caer de nuevo... Y nuestro padre, con fingida dureza en la voz, la cara seria, nos reprende..., a la par que se enternece su corazón, conocedor de nuestra flaqueza, pensando: pobre chico, ¡qué esfuerzos hace para portarse bien!

Preciso es que nos empapemos, que nos saturemos de que Padre y muy Padre nuestro es el Señor que está junto a nosotros y en los Cielos”.

Yo, como la mayoría —por no decir todos—, me acordaba de Dios como de Santa Bárbara, cuando tronaba. Tenía una idea de Dios como la de un ser muy lejano, con quien se debía pactar porque era Juez que vendrá a pedimos cuentas; a quien se le debía aplacar, no se enfureciera y nos enviara muchos males.

De pronto —rebus sic stantibus—, en aquellas circunstancias, Camino me rompió todos esos esquemas y me gritó: ¡Eh, que Dios es amigo!, ¡que Cristo vive!, ¡que Dios es Padre!, ¡que el Señor está junto a nosotros!».

* * *

Andrea narra un caso que muestra cómo esta “presencia de Dios”, la conciencia de que somos sus hijos y de que Él es un Padre infinitamente amoroso, es la ayuda más importante para superar las circunstancias dolorosas de la vida:

«Mi mamá se encontró en Quito con un conocido suyo al que no veía desde hacía mucho tiempo. Le vio triste.

—¿Pero qué le pasó?

—Ha muerto mi esposa; estoy desconsolado...

Aquello lo había alejado de la fe y planeaba formar parte de otra religión. Mi mamá le regaló enseguida Camino:

—Léalo, le va a ayudar.

Hace poco aquel señor comentó a mi mamá que el libro le había fortalecido y se daba cuenta de que Dios siempre había estado con él, mientras antes pensaba que podía lograr todas las cosas con sus propios medios».

* * *

Una historia, de algún modo parecida, es la que vivió Tanny A., de Guayaquil.

Una amiga suya comenzó a hacer oración, en momentos dramáticos, de gran dolor, por la pérdida de una hija:

«Hace años solíamos viajar mi familia y yo con la familia de una amiga. Ella se sorprendía cuando les invitaba a rezar el rosario o a ir a Misa: no comprendía mi fe.

Tiempo más tarde su hija de 12 años murió de repente a causa de un aneurisma cerebral.

—¡Paula, hija, regresa! Paula, ¿por qué te fuiste?, gritaba mi amiga mientras miraba a la niña en el ataúd.

Fue tremendo. Cuando llegamos a su casa después del entierro, seguía gritando, se golpeaba la cabeza contra la pared, se encerró en su cuarto y no quería ver a nadie.

Yo pedí a su esposo que le entregara un ejemplar de Camino, que siempre llevaba en mi cartera, y volví a mi casa muy preocupada.

Una hora después, me llamó el marido de esa señora para rogarme que regresara porque su mujer quería hablar conmigo. Pero antes de ir llamé al padre L., que vivía muy cerca.

Vino enseguida, le habló con tanta ternura, explicándole que Dios escoge las mejores flores para llevarse al cielo, y fue contestando a las preguntas que ella le hacía.

Desde aquel día, mi amiga comenzó a ir a Misa todos los días y a rezar el Rosario. Sentía que por medio de la Eucaristía se acercaba a su hija. Compró algunos libros espirituales y regalaba Camino a todas las personas sin fe que veía».

* * *

Anna Cecilia era estudiante universitaria cuando “halló” —es el término exacto en este caso— Camino. Un día de verano se encontraba sin nada que hacer, porque no tenía clases, ni exámenes en el horizonte. Para evitar el hastío, y con el noble deseo de no matar el tiempo, se puso a ordenar la buhardilla de su casa.

Pero escuchemos lo que ella nos cuenta:

«Me estaba aburriendo, porque había terminado todo lo que pensaba hacer en aquel tiempo libre, así que me decidí a poner orden en nuestro desván. Encontré allí toda clase de cosas, generalmente inútiles.

Y encima de una pila de libros había uno llamado The Way que tenía en la portada un hombre vestido ricamente que cabalgaba un burro. La portada me invitó a leerlo. Me gustó la distribución en puntos numerados, que para mí era totalmente nueva. En fin, fue una lectura fácil y muy interesante.

Pero no tardé en darme cuenta de que lo que me atraía no era la forma gráfica del libro sino el contenido ardiente de aquellas frases.

Pasé la noche leyéndolo; no pude dejarlo hasta llegar al final. Estaba hambrienta de doctrina y de alimento espiritual y aquel libro me daba lo que necesitaba.

Se convirtió en mi amigo aquel verano. Me confortó mucho y me hizo descubrir

que Dios verdaderamente me amaba.

Desde luego, encontrar *The Way* entre los mil trastos del desván es curioso. Pero más extraño es que cuando pregunté a mi familia de quién era el libro o si sabían algo de él, todos contestaron que nunca lo habían visto antes».

* * *

La historia siguiente la transmitió el protagonista a su hija Teresa, y ella a nosotros. Comenzó en los años 40 y, tras un periodo de unos cinco años, concluyó felizmente:

«Mi padre, Rodrigo, estudió Ciencias Químicas en Madrid. En aquellos años cuarenta la juventud estudiantil tenía fuertes ideales religiosos. (...)

En aquella etapa de su vida, recibió algunas noticias del Opus Dei, sin que pusiera demasiado interés. Un compañero de la facultad le ofreció Camino, pero él se lo devolvió pronto, con cierto disgusto, diciéndole:

—¿Por qué me has prestado este libro? ¡Si no tiene argumento!

Su segundo encuentro con Camino se produjo un día de vacaciones, en Canals, Valencia. Mi padre fue a buscar a América, su novia y después mi madre, a casa de su profesor de canto. Y, para su asombro, el profesor pretendió darle un ejemplar de Camino, regalo que mi padre no quiso aceptar, añadiendo:

—No sé qué le veis a este libro. A mí no me dice nada.

Llegó así el año 1950. En enero, mi padre decidió participar en un curso de retiro espiritual, que predicaba un sacerdote del Opus Dei. La primera meditación le cautivó: nunca había oído hablar de la vida cristiana con ese sentido positivo y con esa perspectiva de santidad en medio del mundo.

Ante su sorpresa, otro de los asistentes le ofreció Camino, asegurándole:

—Mira, te va a ayudar mucho a hacer bien el curso de retiro.

Después de cenar, tocado ya por la gracia, se dispuso a leer Camino. Lo leyó entero —él me decía que se lo “tragó”— durante aquella misma noche.

Al día siguiente fue a ver al sacerdote que predicaba el curso de retiro y le pidió ardientemente ser del Opus Dei. El sacerdote le respondió que tenía que esperar, para conocer mejor la Obra. Y entonces, mi padre contestó:

—Tenemos toda la noche por delante, explíqueme todo.

Efectivamente, el 15 de agosto de 1950, fiesta de la Asunción de la Virgen, mi padre pidió la admisión en el Opus Dei».

* * *

La irlandesa Frances recuerda:

«Cuando tenía 18 años empecé a estudiar medicina en la universidad.

Por Navidad, un compañero de clase me regaló *The Way*. Yo quería pasar aquella semana en Dublín, con mi padre, mi hermana mayor y un amigo suyo americano que estudiaba en Bolonia e iba a pasar las Navidades con nosotros, pero una neumonía me obligó a guardar cama toda una semana.

Contrariada, empecé a echar un vistazo a aquel libro. Aquello fue una verdadera iluminación, vi cómo podría ser mi vida, encontré lo que andaba buscando. Sí, porque dos años atrás había pedido consejo a un pariente mío sobre cómo tener más presente a Dios en mi vida de estudiante. Y ahora tenía en mis manos la respuesta.

* * *

Graciela pensaba que Dios la llamaba al matrimonio. Y muchas de sus amigas querían hacerle esperar, alegando que era muy joven, que sería más prudente esperar para casarse a que tuvieran más medios económicos, ... En definitiva debió luchar contra viento y marea para realizar lo que consideraba su vocación: el matrimonio. Gracias a Dios, su novio le regaló Camino. Oigámosla:

«Me puse de novia a los 16 años (quizá demasiado pronto) con el que hoy es mi marido. Estábamos muy enamorados y hablábamos de casarnos y formar una gran familia.

Yo estaba cada día más entusiasmada, pero cuando le contaba a mis amigas de nuestros sueños me decían:

—¡Estás loca! Eres demasiado joven para casarte. Cuando uno se casa tan joven se arruina la vida y termina mal.

También les parecía insensato —a algunas conocidas, no a todas— nuestro deseo de tener muchos hijos. Todo esto me hacía sufrir mucho, porque mi corazón me decía una cosa y la sociedad otra distinta. Mi novio me había regalado Camino y me estaba enseñando a rezar.

Recuerdo que una noche, sola en mi cuarto, me puse a llorar desconsoladamente, pensando si realmente mis sueños serían una locura y si sería mejor hacer caso a mis amigas y cortar con el noviazgo.

Estaba perdida en esos oscuros pensamientos, cuando abrí Camino, y justo mi vista dio con las palabras de aliento que necesitaba. Era el punto 320:

“Fomenta esos pensamientos nobles, esos santos deseos incipientes... —Un chispazo puede dar lugar a una hoguera”.

A continuación, pasé unas hojas más y leí con los ojos llenos de lágrimas:

“Sientes una fe gigante... —El que te da esa fe, te dará los medios” (n. 577).

En aquella época no había teléfonos celulares y recuerdo la impaciencia con que esperé el momento de contarle a mi novio, y a los demás, lo que para mí había sido un mensaje directo de Dios.

Nos casamos muy jóvenes, contra todos los pronósticos apocalípticos, y somos muy felices.

Desde entonces, Camino se me hizo inseparable. Lo suelo leer y releer y lo doy a leer.

Recuerdo el primer curso de retiro. Como siempre, llevaba conmigo mi ejemplar de Camino. Era otoño y cuando leí el punto 736 quedé impactada:

“¿Has visto, en una tarde triste de otoño, caer las hojas muertas? Así caen cada día las almas en la eternidad: un día, la hoja caída serás tú”.

Fue la primera vez en mi vida que consideré la muerte. Nunca antes había ido a un velatorio o funeral, el fallecimiento de mis abuelos no lo había vivido y en mi familia no se hablaba de eso a los chicos. Es más, creo que nunca antes había pensado en que me podía morir yo o alguien querido.

Las palabras de san Josemaría me hicieron comprender la realidad de la muerte. Desde aquel día hasta hoy, cada vez que veo volar y caer las hojas de los árboles, recuerdo en silencio esa frase».

ALMA DE APÓSTOL

«Eres, entre los tuyos alma de apóstol³⁴, la piedra caída en el lago. Produce, con tu ejemplo y tu palabra un primer círculo... y éste, otro... y otro, y otro... Cada vez más ancho» (Camino, n. 831).

Lo hemos apuntado al principio de estas páginas: el Señor pidió a san Josemaría que difundiera en la Iglesia la llamada universal a la santidad y al apostolado.

Todos los cristianos, sin ninguna excepción, por el hecho de haber recibido el bautismo tienen la misión de ayudar a las almas a acercarse a Dios. Y han de cumplirla allí donde están, sin salirse de su sitio, a través de su propia profesión u oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos.

Camino, por su facilidad de lectura y su estilo directo, se presta muy bien a facilitar el cumplimiento de este deber cristiano. Lo que yo no sabría decirte de manera eficaz, lo que quisiera que meditaras con calma y no en esta conversación veloz, toma, aquí lo tienes escrito.

Por eso, muchas personas utilizan el libro como resorte eficiente en su apostolado de amistad y confidencia, porque sus frases ardientes ayudan a disponerse para escuchar la voz de Dios en el alma.

Así lo experimentó Isabel, de Lisboa, que nos confía que «a los 15 años, Caminho empezó a tener verdadera importancia en mi vida», gracias a que una amiga le pidió, un día, que le ayudase a hacer un rato de oración con ese libro:

«Había estado una semana haciendo voluntariado en un pueblo de Minho (Vila Cova) con un grupo de chicas de mi edad. El regreso estaba previsto en autobús, pero una de las monitoras iba a volver sola en coche, así que me ofrecí a acompañarla.

Durante el viaje, me dijo que quería hacer la oración:

—¿Podrías leer, por favor, algunos puntos de Caminho? Puedes abrir al azar, basta que dejes tiempo para meditarlos.

Sin proponérmelo, salió el capítulo Corazón, que me sacudió profundamente. Puedo decir que en aquel momento me planteé la donación a Dios. No lo había pensado nunca, y empecé a “temer” que Dios me pidiera una entrega en el celiba-

to, porque pensaba que mi felicidad pasaba por el matrimonio.

Confieso que tuve dificultad en aguantar aquella media hora de oración, estaba realmente afectada.

No volví a leer aquel capítulo en mucho tiempo, quizás un año. Solo gané coraje para abrirlo cuando ya me había decidido a confiar totalmente en Dios y a entregarle toda mi vida, también el corazón».

* * *

A la suiza Anna-Marie le sucedió algo análogo, bastantes años antes. Es ingeniera, y programó una estancia en Inglaterra para mejorar su conocimiento de la lengua inglesa:

«Para perfeccionar mi inglés, la empresa en la que estaba empleada, me ofreció la oportunidad de ir a Londres a trabajar en una filial. Llegué el 3 de enero de 1956 y me alojé en una pensión para mujeres profesionales llevada por las Servants of our Lady.

Primero, me matriculé en un curso de inglés del London County Council, que no terminó de gustarme. Hablando de este tema en el comedor de la pensión, una de las chicas sugirió que una maestra irlandesa, que vivía también allí y estaba a la mesa con nosotras, podría darme clases particulares de inglés.

Maire —así se llamaba— aceptó y, para empezar, me dio como lectura *The Way*. Ella era del Opus Dei, y me comentó que ese libro le había ayudado mucho.

Poco a poco, con ayuda del diccionario, fui metiéndome en el contenido del libro. Hasta entonces, debido a mi profesión, mi conocimientos de inglés estaban centrados en motores diesel y en centrales termoeléctricas. Mi vocabulario diario, y más aún el de la vida espiritual, era bastante escueto.

No me acuerdo de haber hablado con Maire sobre el contenido de *The Way*, porque para mí se trataba simplemente del estudio de la lengua.

Y, sin embargo, el libro me gustó. Entonces yo tenía una cierta vida interior: además del domingo, acudía a Misa dos veces por semana en la capilla de la pensión y hacía un rato de oración. La jornada laboral empezaba a las 9, así que no tenía problema en llegar a la capilla media hora antes de la Misa. Allí encontraba a Maire.

Seguí tranquila con mi lectura hasta llegar al capítulo *Calling* (“Llamamiento”). Me sentí interpelada... Fui una de las primeras mujeres de la Obra en Suiza, mucho antes de que se estableciera un centro en Zúrich».

* * *

Carlos tiene que conducir un largo trecho para ir a trabajar cada mañana. Lleva siempre Camino en la guantera pero, como no puede leer mientras conduce, suele invitar a algún colega a acompañarle y, luego, le pide que —si no tiene inconveniente— le lea en voz alta algunos puntos durante el trayecto.

Si nota que el amigo está interesado en lo que lee, suele decirle algo así como:

«Mira, yo no soy del Opus Dei, pero si quieres te acompaño a un breve retiro donde encontrarás a alguien que te lo explique bien».

* * *

«Como los trayectos en autobús para ir a trabajar eran largos», escribe Jacqueline, «llevaba siempre en el bolso un ejemplar de Chemin; así podía abrirlo y meditar uno u otro punto sin impacientarme cuando había que esperar.

Un día, en una visita médica, el doctor se mostró muy pesimista, ante algunos fenómenos de la sociedad. Para animarlo, le hablé del Opus Dei y le presté mi ejemplar de Chemin. Como ocurre con frecuencia, prestar un libro es como perderlo o, si uno quiere ser positivo, regalarlo.

Pasaron muchos años. El médico se había jubilado y yo no lo había vuelto a ver. Hasta que un día su hija me llamó por teléfono: al ordenar una habitación de su padre, encontró el libro con mi nombre en la primera página y me proponía que fuera a recuperarlo a su casa.

Acudí a la cita y charlamos con gran facilidad. Es una señora muy simpática, que congenia muy bien con el espíritu de la Obra; me dijo que estaba segura que san Josemaría había querido que yo encontrara mi Chemin al cabo de 30 años para que ella conociera mejor el Opus Dei. Y yo estoy de acuerdo».

* * *

Hiroki es investigador de la universidad de educación Nara, en Japón. Y es protestante. Su profesor le propuso meditar sobre algunos puntos de Michi en la pausa de mediodía. Hirochi aceptó y, ahora, anda la mar de contento asegurando que está aprendiendo muchas cosas sobre su relación con Dios, sobre virtudes cristianas como la pureza y sobre cómo plantear su trabajo de investigación de cara a Dios.

* * *

Un señor de Singapur fallecido recientemente tenía la costumbre de llevar cada domingo al popular santuario de Novena Church veinte ejemplares de The Way para la venta. Así, una semana tras otra, llegó a distribuir una enorme cantidad.

* * *

Godfrey, ingeniero keniano, trabajó con un grupo de colegas etíopes, excelentes profesionales y de religión ortodoxa. Viendo que todas las veces que hablaban entre ellos dejaban el inglés y usaban su lengua semítica, el amharaic, pensó ofrecerles Camino en su propio idioma. Uno de ellos, Asrat, quedó muy impresionado con aquella forma, nueva para él, de vivir la fe.

«¡Es muy exigente!, comentaba.

Siendo tan buen ingeniero y tan buena persona, pensaba Godfrey, lleva ya mucho terreno ganado».

* * *

Si la disponibilidad del texto en tan diversas lenguas ofrece oportunidades de

apostolado como esta, para muchos ha sido útil simplemente llevar el libro consigo.

Como para aquel mexicano que, durante un viaje de negocios al sur del país, coincidió en el avión con otro profesional del petróleo, como él. Empezaron a platicar y, de una cosa a otra, llegaron a hablar de Camino.

Aquel hombre se entusiasmó con la explicación y se le iban los ojos al ejemplar, muy usado, que su vecino tenía en las manos.

«—Mire, para mí este libro significa muchísimo, pero si le gusta se lo regalo.

—No, no lo haga, por favor, se ve que es una cosa muy personal suya...

—No, no, tenga usted. De verdad.

Pensaba que si no se lo regalaba iba a tardar en comprarlo o quizá no lo adquiriría nunca.

—Pues le prometo que voy a hacer con él un poco de meditación todos los días».

* * *

Leandro es profesor de enseñanza secundaria.

«En 1991, unos cuantos de mis alumnos iban a hacer la confirmación, después de prepararse por largo tiempo. Varios me invitaron a la ceremonia. Acepté ir y les ofrecí un pequeño regalo: nada mejor, pensé, que un libro de san Josemaría. A unos les di Santo Rosario; a otros, Camino, y en todos puse una dedicatoria.

Sabía que a Alejandro no le gustaba leer y que, de hecho, no leía nada. Pero, de todos modos, le envié un ejemplar de Camino.

Pasaron diez años, o quizás más, y un día, hablando con él y su mujer —que también había sido alumna mía— me preguntaron sin venir a cuento:

—¿Pero qué tiene ese libro?

Se referían a Camino. Lleno de esperanza exclamé:

—¡Ah! ¿Lo habéis leído?

—No —respondieron con un poco de vergüenza—, porque nos lo pidió un compañero nuestro, José María, no sé si se acuerda de él... Lo vio en la estantería y tuvo curiosidad.

El tal José María no había sido alumno mío y allí me enteré de que hasta entonces no practicaba la fe y hablaba mal de la Iglesia.

—Lo interesante es que, desde que se llevó Camino, vimos cómo iba cambiando. Dejó de atacar a la Iglesia, es más, la defendía; y empezó a ir a Misa los domingos. Por eso le preguntaba qué tiene ese libro.

—Me gustaría conocer a ese amigo vuestro. ¿Cómo me lo podríais presentar?

—Se ve que no se ha enterado usted de la noticia.

—¿Qué noticia?

—José María falleció en un accidente de tráfico. La guardia civil entregó a su padre lo único que llevaba en el asiento del copiloto: Camino. Y su padre, al abrir el

libro, encontró la dedicatoria que usted había escrito muchos años antes y me lo devolvió. Sabía que éramos muy amigos.

Yo sigo intentando que todos mis alumnos lean Camino, porque estoy seguro de que les dejaré una profunda huella».

* * *

«En la librería de Girona, donde yo trabajaba, entró un joven de aspecto educado y decidido, que empezó a dar vueltas por las estanterías buscando algo con mucho interés.

Como lo vi recorrer varias veces el recinto en vano, le pregunté:

—¿Puedo ayudarle?

—Vengo con pocos datos. Solo me acuerdo de que el autor es de Balaguer.

—A lo mejor se refiere a Camino, de Josemaría Escrivá de Balaguer...

—¡Ahí va! ¡A la primera!, exclamó con asombro. Y muy contento me preguntó sobre el autor.

Hablamos y, cuando cogió un poco de confianza, me contó:

—El motivo de mi interés por este libro se debe a que he conocido a una chica y... me he enamorado. Es de San Sebastián, y al despedirme ahora al terminar el curso en la universidad, me ha dicho... Bueno, sabe que estoy chiflado por ella, y total me ha dicho: si quieres algo de mí, empieza por leer Camino. Y después hablaremos.

—¡Ah! Muy decidida.

—Ya ve, con la emoción se me olvidó dónde tenía anotado título y autor. Me ha recomendado que lo lea y lo medite despacio.

Se fue feliz y vi que en la misma puerta de la librería empezaba ya a hojearlo. Yo pensé en lo mucho que puede una chica que quiere fundamentar bien el noviazgo. Y recuerdo siempre con cariño al joven enamorado».

* * *

Pamela cuenta que conoció Camino cuando estudiaba secretariado ejecutivo bilingüe en Guayalar, un instituto y residencia dirigido por personas del Opus Dei en Guayaquil. Había salido de compras con su coche, acompañada de una amiga suya que era de la Obra. Mientras conducía, la amiga, sin más explicaciones, le dijo:

«Di un número del 1 al 999».

Dijo un número al azar y la otra leyó una reflexión. Pamela no recuerda ni el número ni el contenido, pero sí que quedó tan impactada que allí mismo decidió comprar el libro.

A partir de entonces, abría el libro al azar y encontraba siempre puntos de reflexión que le proponían una responsabilidad, una meta.

«No sé qué era, pero a aquella edad y con mi poca formación espiritual, me movía a querer saber más, sobre todo respecto a la posibilidad de que todo el mundo

podía ser santo en medio del mundo.

Nunca dejé de tener el libro en mi bolso o en mi carro y terminaba por la noche en el velador de mi dormitorio».

Si había funcionado con ella, ¿por qué no iba a funcionar con otros? Y así empezó, con parientes y amigos:

«Dime un número del 1 al 999».

* * *

Corría el año 1958 y Gregory trabajaba como ingeniero en una compañía llamada Melpar, en Alexandria, Virginia (USA). Como parte de sus responsabilidades, tenía que viajar con algunos colegas para visitar varias instalaciones en el país y recoger información sobre el ruido generado por misiles y motores de reacción.

«En aquellos desplazamientos —recuerda— trabajábamos en equipo; al terminar la jornada laboral íbamos a cenar a un restaurante y luego regresábamos al motel. Cuando me encontraba ya en mi habitación, hacía un rato de meditación con The Way. Normalmente sacaba el libro y lo dejaba sobre la mesa.

Un día entró Ed, el project manager, mi jefe. Cogió The Way y empezó a hojearlo.

—¿Qué libro es este?, preguntó, asombrado, viendo la distribución en puntos. ¿Para qué sirve?

Se lo expliqué brevemente. Él no era católico, pero sabía que yo trataba de vivir seriamente mi fe. Y sin despegar los ojos del libro me dijo, casi disimulando su visible interés:

—¿Dónde podría comprar un ejemplar?

—No te preocupes, te lo traigo yo cuando volvamos a casa.

Al día siguiente de recibir el ejemplar, Ed vino enseguida a verme.

—Lo estuve leyendo ayer por la tarde y lo encuentro muy interesante y exigente.

—¿Algún punto en particular?

—Sí, el n. 5, que dice: “Acostúmbrate a decir que no”.

Lo había marcado con un círculo rojo».

* * *

Karina escribe desde Brasil:

«Recibí Caminho de una amiga en una fase decisiva de mi vida, el último año de universidad. Estaba viviendo lejos de mis padres y echaba en falta a los míos; además, tenía tentaciones, perplejidades, sentimientos encontrados y otras dificultades de la vida. Y entonces llegó el libro.

Vivía en un piso con otras estudiantes a las que fui presentando Caminho, con algunas lecturas al final del día. Aquellos puntos me transmitían calma, tranquilidad, alivio. Una mezcla de sabiduría y de la divina ciencia aplicada a mi vida diaria.

Recuerdo un martes por la mañana en que yo, muy cansada y enfadada con la vida, abrí el libro antes de empezar un trabajo que era de los que más me angus-

tiaban. Di con el punto 702:

“Estás intranquilo. Mira: pase lo que pase en tu vida interior o en el mundo que te rodea nunca olvides que la importancia de los sucesos o de las personas es muy relativa. Calma: deja que corra el tiempo; y, después, viendo de lejos y sin pasión los acontecimientos y las gentes adquirirás la perspectiva, pondrás cada cosa en su lugar y con su verdadero tamaño.

Si obras de este modo serás más justo y te ahorrarás muchas preocupaciones”.

¿Si me quedé tranquila? No lo sé. Solamente siento que la Providencia divina preparó todo en su debido tiempo. Dios se iba mostrando cada día más presente en mi vida.

El libro era una señal de advertencia para la palabra clave que ha guiado mi camino desde entonces: ¡confianza!».

* * *

«Parece que Camino me ha perseguido hasta que ha logrado que le prestara atención», cuenta Regina, desde Viña del Mar, en Chile.

«Cuando tenía alrededor de 15 años fui por primera vez a un centro del Opus Dei, aunque por un motivo singular: la casa estaba en venta y mis padres tenían mucho interés en comprarla. Allí nos atendieron muy bien, nos hablaron del Fundador y de su libro Camino, al que le di una ojeada y nada más.

Al año siguiente, en el último curso de secundaria, asistí en el colegio a una charla sobre el Opus Dei, dada por un sacerdote, a quien naturalmente no conocía. Nos habló de la santificación del trabajo... y nos mostró Camino, diciéndonos que podría ayudarnos a ser buenas cristianas.

Tengo el recuerdo de haberme entusiasmado con todo aquello y que incluso compré el libro. Pero me lo pidieron prestado y ya lo perdí de vista.

Comencé los estudios de enfermería y de secretaría, y comencé a trabajar en una oficina en la que mi jefa directa era del Opus Dei (esto también lo supe después).

Nos hicimos amigas, hablábamos de todo y todos los días coincidíamos en Misa antes de entrar al trabajo. Le comenté que me gustaban mucho los libros y especialmente los que tenían buena encuadernación.

Trabajábamos en escritorios que estaban separados por un kárdex. Un día vi en la esquina de su mesa un libro muy bonito: chico, con buenos empastes. Me llamó la atención y se lo pedí para mirarlo: era Camino. Lo tomé, leí un poco y le hice algún comentario. Me lo dejó. Por supuesto que lo había comprado para mí, con la delicadeza que tenía, lo había elegido especialmente para llamar mi atención.

Esta vez sí que lo leí, comencé a comentarle lo que iba leyendo hasta que un día me dijo si quería ir a confesarme. Así comenzó mi andadura en el Opus Dei. Pedí la admisión en 1963 y desde entonces he tenido Camino como libro de cabecera».

EN LOS CUATRO PUNTOS CARDINALES

San Josemaría escribió Camino con miras universales. La idea inicial, como ya se ha referido, era imprimir lo que parecía una enorme tirada: diez mil ejemplares. Un número desproporcionado en comparación con las personas a las que en aquellos tiempos llegaba el apostolado del Opus Dei. Nacía, por tanto, no como un libro “para los del Opus Dei”, sino para todos.

La rapidez con que se publicaron ediciones en otras lenguas habla por sí misma del espíritu universal. Y análogamente a la “desproporcionada” primera edición, también en las traducciones se fue más allá de lo que requería la real expansión de la Obra. Por ejemplo, En 1962 salió Put, la versión en croata. En 1971 Pootb, en ruso. En 1972 Ha Darek, en hebreo. En 1973 Pot, en esloveno, Vejen, en danés y Tie, en finés. En 1974 Chlaj, la traducción ucraniana. En 1975 Kelias, en lituano. En 1979, Lu, en chino.

Camino era para todos, en todas partes.

Los relatos que siguen son un muestrario del fenómeno. Es como si el libro tuviera vida propia y llegase a las almas por vías que solo Dios conoce.

Y si estos son testimonios llegados a la sede central de la Prelatura del Opus Dei, es legítimo pensar que la mayor parte de los beneficios del libro quedan y quedarán siempre en el anonimato. Como tantas veces la acción de Dios en las almas.

* * *

La Iglesia en Cuba encuentra muchos obstáculos para desarrollar libremente su misión. No obstante, los católicos siguen practicando la fe con un comportamiento que muchas veces ha de calificarse de heroico.

En algún lugar de la isla, al final de un encuentro de catequesis, rifaron tres ejemplares de Camino. Una cooperadora del Opus Dei participaba en la reunión con una amiga suya de 81 años. Ambas estaban muy ilusionadas ante la posibilidad de ser uno de los afortunados que recibiera el premio. Pero no tuvieron suerte. Y la anciana señora exclamó:

«Me da igual, yo ya tengo el libro».

Su amiga quedó sorprendida, pues conocía de sobra la dificultad para conseguir textos de carácter religioso.

“Cuando tú me prestaste tu ejemplar hace años, yo lo copié en un cuaderno, porque no quería quedarme sin ese libro».

* * *

Sigamos en Cuba. En una población pequeña cercana a La Habana, un feligrés propuso al párroco proyectar un vídeo titulado Inspirados para amar, que habla de san Josemaría. Se reunió un grupo de unas treinta personas en el salón parroquial y gustó tanto que, al finalizar, el sacerdote pronunció unas breves palabras, muy conmovido por lo que habían visto.

Una señora mayor comentó que «ella ya conocía a ese Padre»; y relató lo si-

guiente, mientras sacaba de su bolso un papel muy arrugado, en el que estaba escrita una lista de números:

«Estos son los números de Camino que más me ayudaron, hace muchos años, cuando una persona me prestó el libro. Lo leí entero, pero tuve que devolverlo. Por eso anoté los puntos que me movieron para convertirme a la fe católica. He pedido al Señor que no me deje morir sin antes volver a tener ese libro en mis manos».

A los pocos días recibió en regalo un ejemplar de Camino.

* * *

María Teresa cuenta:

«Hace muchos años regalé Camino a una colega cubana, de quien me hice muy amiga durante una estancia de investigación en Tenerife. En aquel entonces no había correo electrónico así que no supe de ella por varios años hasta que en 2002, a raíz del impulso que nos dio la canonización de san Josemaría, me propuse reencontrarla vía internet. Un par de alumnas viajarían a Cuba y se me ocurrió que podrían parar en su casa. Busqué sus coordenadas, pues sabía en qué universidad trabajaba, y la encontré.

Fue grande nuestra alegría. A raíz de algunos recuerdos le pregunté si todavía conservaba el “librito” Camino que le había regalado cuando nos despedimos.

Su respuesta inmediata fue: “Sí que conservo Camino, y es uno de los de mi cacería. Siempre pensé que me lo habías regalado, ahora me apenaría si fue prestado.

Es más, lo presté un tiempito a un compañero de trabajo que estuvo con muchas dificultades y se lo apropió. Luego iba a salir de viaje por un tiempo y yo temblaba de pensar que se lo llevaría consigo porque me resistía a perderlo y él no me hablaba de devolvérmelo.

Al final, cuando se aproximaba su partida, me moría de pena y le dije que por favor me lo devolviera. Y tal cual me lo imaginaba, me dijo que le dolía hacerlo, que ya Camino significaba mucho para él, pero que sabía que debía entregármelo.

¿Qué te parece, cuánto de bueno ha significado el librito? También mi hijo mayor lo ha leído mucho».

* * *

En 2010, con ocasión de una crisis política en Cuba, el gobierno español, por razones humanitarias y políticas, abrió las puertas de España a casi doscientos disidentes cubanos, perseguidos por el régimen comunista. Durante un tiempo estos hechos fueron noticia frecuente en los medios de comunicación.

En el colegio mayor Mondcloa, de Madrid, invitaron a tres de ellos a un coloquio con estudiantes universitarios, donde contaron sus duras experiencias.

Al acabar la reunión, firmaron en el libro de visitas del Colegio Mayor, con fecha 18 de noviembre de 2010. José Miguel escribió:

«Un abrazo cristiano para los hermanos españoles que estudian en este centro.

Cuando cada día leía en la prisión tres o cuatro puntos del libro Camino de don Josemaría Escrivá, no podía imaginar que Dios me concedería la gracia de poder encontrarme entre ustedes como ahora ha sucedido. Que Dios los bendiga y colme de prosperidad».

* * *

Para terminar las historias de Cuba, he aquí una carta enviada desde La Habana, el 27 de junio de 2013. Se refiere a la Misa que se había celebrado en la fiesta de san Josemaría, el día anterior:

«Les mando alguna información de la Misa de ayer en la que hemos podido estar bastantes.

Las flores se pudieron conseguir a buen precio. Las compraron M. y H. con el dinero que se recaudó y alcanzaron para ponerle a la imagen de san Josemaría dos adornos y para el Sagrario y otros lugares de la iglesia.

El P. Luis Alberto celebró usando los paños que la abuela le regaló y todo lucía mejor que en una catedral. Cantamos el famoso coro de siempre: M., Y., T., D. (que pudo venir desde Cienfuegos, que está a 400 kms.) y yo.

Las lecturas las repartimos de la siguiente manera: la primera T., que es una señora de la comunidad de Jesús del Monte; M. cantó la antífona del salmo y A., la segunda. M. leyó las preces de la Misa. El sacerdote en la homilía habló de lo mucho que san Josemaría trabajó por rescatar la familia y la importancia que esto reviste para la sociedad. Y que, por contagio, sus hijos hacen en muchas partes del mundo un trabajo parecido. Destacó su ejemplaridad en el servicio a la Iglesia y su fidelidad en tiempos “como estos que estamos viviendo” y nos invitó a todos a seguir ese ejemplo. Hoy, nos decía, hemos de continuar intentando tirar las redes sobre la Palabra de Jesús.

Le pedí permiso para leer unas palabras de san Josemaría antes de que terminara la celebración, que me han removido durante los días de la novena que hicimos desde el día 17 y que le escuché en uno de los videos que tenemos. Te las pongo a ti también para que las mandes a todos.

Mientras leía, tenía que aguantar la respiración para no llorar. A. echaba lágrimas a río abajo. Y al final lo comentamos: “es que me puse muy emotivo porque es como si san Josemaría nos las estuviera diciendo hoy a nosotros, los cubanitos”. (...)

Estas son las palabras que leí:

“Cuando pasen los años no creeréis lo que habéis vivido. Os parecerá que habéis soñado. ¡Cuántas cosas grandes, buenas y preciosas vais a ver!

Os aseguro que seréis felices, aunque a veces tengáis que sufrir.

Cuando el Señor me haya llamado a su presencia, casi todos vosotros, es ley de vida, seguiréis en la tierra. Acordaos entonces de lo que os decía el Padre: Os quiero mucho, mucho, con locura, pero os quiero fieles.

No lo olvidéis, sed fieles.

Os querré también después, cuando haya dejado este mundo para ir, por la misericordia infinita del Señor a gozar de Dios.

Tened la seguridad de que entonces os querré más aún.

Yo os veo y me queda la Esperanza. ¡Estoy Feliz!

Estas tierras saldrán adelante maravillosamente, tendrán sentido cristiano de la vida, tendrán la felicidad posible en la tierra y la felicidad eterna, si vosotros sabéis vencer”.

Cuánto quisiera que estas palabras y las verdades que encierran me las grabara en la cabeza. Han sido el fruto de la novena para mí. Domina ut sit!».

* * *

Acabamos de leer testimonios procedentes de un país que —no cabe duda— tiene una idiosincrasia muy marcada. Pasemos a narraciones procedentes de otras latitudes, con personalidades muy distintas a las del Caribe, como son las naciones del extremo Oriente.

El siguiente relato viene de Corea. El lector comprenderá que se silencie el nombre del protagonista.

«Tuve que abandonar mis planes de estudiar en los Estados Unidos y dejar de lado mis sueños. A causa de la crisis del 2008, no me era posible cubrir los gastos de los estudios, que ascendían a varias decenas de miles de dólares.

Fueron momentos difíciles porque había renunciado a mi trabajo, y tampoco era fácil recuperar el empleo anterior o conseguir uno nuevo. Solo el trabajo de mi esposa mantenía a flote las finanzas familiares.

La situación era para mí humillante y fui perdiendo el sentido de la vida. Los días pasaban sin razón. Los consuelos de mi mujer no me animaban mucho y me escondí en el alcohol, hasta que enfermé gravemente.

Pienso que me destruía desoyendo la voz interior de que tenía que recomenzar.

En aquellos días encontré el libro de san Josemaría, Gil. No recuerdo exactamente cuál fue el motivo por el que me encontré con ese libro, pero decidí leerlo pausadamente y el efecto fue grandioso.

Desde la primera frase (“Que tu vida no sea una vida estéril...”.) sentí que el santo me entendía perfectamente. Cada página que pasaba san Josemaría me golpeaba el corazón: unas veces me embobaba; otras, me gritaba. Me di cuenta de que dialogaba conmigo.

Devoré el libro y luego lo volví a leer, una segunda y una tercera vez. Solo me apenaba no haberlo conocido antes.

Antes de meditar Gil creía que la santidad era un privilegio de los sacerdotes y los religiosos. Pero san Josemaría me enseñó que yo tenía que santificarme en medio del mundo. Y Gil me abrió los ojos a una nueva realidad de mi familia, de la sociedad y de mi entera vida de fe. Cambié mi actitud hacia los demás. Pude rehacer mi vida, herida y cansada. Y prometí a Dios que siempre estaría con Jesucristo por

más cruces y sufrimientos que vinieran.

También cambió mi vida matrimonial. A veces pensaba que el éxito profesional era más importante que la vida familiar. Pero san Josemaría me enseñó que lo importante es armonizar la vida de fe, la vida profesional y la vida familiar. Me arrepentí de mi actitud hacia mi mujer. Quise compartir con ella también las tareas del hogar, hablar más con ella y hacer crecer nuestro amor.

Ahora me esfuerzo por hacer lo que Dios quiere. Seguramente volveré a tener problemas y tentaciones. También el peso de la profesión y el estrés me harán sufrir. Pero sé que soy un niño delante de Dios. Hice el propósito de rezar diariamente el Santo Rosario y leer todos los días la Sagrada Escritura.

Tenemos ahora una costumbre familiar muy divertida. Antes de acostarnos, yo le digo a mi mujer que elija un número del 1 al 999, y cuando ella decide cuál, leemos juntos el punto de Camino que corresponde. Ella no es católica y no estaba muy abierta a mis consejos espirituales, pero sí oye los puntos de Camino con mucho gusto».

* * *

A continuación, dos testimonios de Japón. El primero, de Keiko, que vive en Nagasaki:

«Conocía Camino desde que estudié primaria, pero entonces pensaba que era un libro un poco difícil, inalcanzable y algo misterioso. Pero éste libro “misterioso” me acompañó durante mis años de estudios de secundaria, high school y universidad, y aun en el trabajo. Al irme a vivir por mi cuenta, no quise dejarlo en la casa de mis padres y lo llevé conmigo.

A la vez, era un libro “discreto”, del que a veces no me daba cuenta de que estaba en la estantería: pero siempre me acompañaba.

Ahora tengo 40 años, es decir ya pasaron de 30 años desde que conocí Camino. Y puedo decir que Camino es “mi camino”.

Al abrirlo, encuentro puntos fáciles de comprender y otros que no lo son tanto para mí. Sinceramente dicho, aún hay muchas consideraciones que no entiendo del todo bien. Espero que algún día las comprenderé. No pregunto a nadie sobre esos puntos que no entiendo, sino solo me pregunto a mí misma, pidiéndole ayuda al Señor. Haciéndolo así, no sabría explicar por qué, noto que mi corazón se endereza, se encauza.

En estos 30 años han ocurrido muchas cosas en mis días aparentemente normales. En esas ocasiones, Camino siempre me ha aportado algo innovador y original. Me reprende, me anima, me consuela y me enseña el camino por el que debo andar.

No hay otro libro que me dé tanta fuerza, durante tantos años. Desde la primaria hasta ahora, y desde ahora para siempre, fue, es y será el guía seguro en los hitos de mi “camino”, que quiero caminar con Jesús».

Este segundo relato japonés procede de Ashiya, y está firmado por un periodista llamado Masayuki:

«Recibí el Bautismo cuando estudiaba la enseñanza secundaria, pero al graduarme en la universidad y empezar a trabajar como periodista, me alejé bastante y por un largo tiempo de la Iglesia.

Unos años después de jubilarme, alguien —ahora no recuerdo exactamente quién— me propuso que fuera a Seido —un centro del Opus Dei— y pidiera que me ayudaran a practicar de nuevo lo que había aprendido cuando me bauticé.

Seguí el consejo y decidí comenzar a recibir dirección espiritual de don Toshihiro, sacerdote del Opus Dei. Asistí a un retiro y el sacerdote citó unas palabras de Camino. Fue una gran sorpresa comprobar que yo ¡había leído hacía mucho tiempo ese libro!

Al volver a mi casa, busqué en la estantería... y ¡lo encontré! La nueva versión, que compré hace poco, es de tamaño de bolsillo; el que yo encontré era un poco más grande y había sido impreso en junio de 1963. Ese ejemplar que yo tenía dice que la primera edición era de marzo de 1961, por lo que tal vez la mía era la segunda edición. Sólo dos años después de la primera tirada, por tanto tiene un valor histórico. (...)

Pero no recuerdo por qué tenía ese libro ni cómo llegó a mis manos. En 1963, yo era alumno de tercer año de la universidad Sophya en Tokio. Quizá me lo aconsejó el P. Isidoro Ribas, un jesuita, con el que de vez en cuando hablaba de mi vida espiritual, en aquellos tiempos. Ahora ya tendrá más de 80 años.

Yo tenía la manía, en mis tiempos de estudiante, de marcar los libros con lápiz. Había señalado con un círculo algunos títulos del índice. Son tres: Mortificación, Tibieza y Obediencia. Al abrir las páginas de “Mortificación”, encontré otro círculo en el número 173: “Esa palabra acertada, el chiste que no salió de tu boca...”

Vivía entonces en una habitación doble en una residencia... Al lado de las palabras del punto 331, de “Tibieza”, hay una línea gruesa y fuerte que subrayaba Eres tibio. Me sorprendí de mí mismo, porque sigo siendo “tibio” con mis más de 70 años.

Cuando salgo de viaje siempre llevo conmigo la nueva edición de Camino de bolsillo. Lo uso con frecuencia, con la certeza de que es mi “coraza” para enfrentarme con la muerte que está acercándose».

Naturalmente, también hay muchas historias de África, como las siguientes.

Jean-Paul, que reside en Kinshasa, narra cómo Chemin es conocido en poblaciones rurales, fuera de la capital del Congo:

«Rodríguez, que vivía en un pueblo a pocos kilómetros de Kinshasa, se disponía a trasladarse a la capital, para seguir sus estudios. Su padre, tras haberle dado algu-

nos consejos, le puso en las manos un viejo libro sin tapas y le dijo:

—Léelo con frecuencia.

Una vez llegado, Rodrigue comenzó, poco a poco, a familiarizarse con el contenido de aquel libro, del que no conocía ni el autor ni el título. Al cabo de algunos meses, un compañero de curso le habló de una biblioteca cercana al campus donde podría estudiar y consultar textos: el Centre Culturel Loango.

Un sábado pasó por el centro y nos conocimos. Cuando me dijo que acababa de empezar la universidad, le hablé de la belleza de ofrecer al Señor las horas de estudio por intenciones concretas.

—¿De dónde sacas esas ideas?, me interrumpió.

—De un libro que se llama Chemin, escrito por san Josemaría Escrivá.

Fui a buscarlo en la biblioteca y entonces Rodrigue se dio cuenta de que era el libro que le había entregado su padre. Estaba feliz al comprobar que su padre le había dado un verdadero tesoro».

* * *

Un médico nigeriano nunca se ha separado de Camino, desde que se lo regalaron en 1970. Siempre le ha ayudado en su oración:

«En 1970 mi hermano Andrew me regaló un ejemplar de The Way, que había comprado en Nigeria. En aquella época, yo había empezado las prácticas en el University College Hospital de Ibadán. Tras dos años en aquel hospital me trasladé a Inglaterra, luego a Estados Unidos y de nuevo a Inglaterra hasta terminar mi programa MRCOG.

Cuando volví a Benin City, mi ciudad, en septiembre de 1975, empecé a trabajar en Ulboa Hospital. He de decir que dondequiera que fui llevé siempre conmigo mi inseparable The Way, que leía siempre con gusto.

Pasó el tiempo y, en 1985, tuve ocasión de asistir a una conferencia pronunciada por Josias O. sobre el espíritu del Opus Dei. Al terminar, fui a saludarle, y le dije que había tenido mi primer contacto con la Obra en Ibadán quince años antes y que nunca me había separado de The Way.

Fue providencial, porque en aquella época mi mujer y yo estábamos buscando el modo de profundizar en la fe. Y justo entonces vinimos a dar con los comienzos del Opus Dei en Benin City».

* * *

Una muestra muy interesante de cómo reaccionan los jóvenes africanos ante el contenido de Camino, nos la ofrece la “encuesta” que hizo un profesor de high school en Nairobi que se llama Andrew.

Como parte de su didáctica, recomienda a los alumnos libros que les hagan pensar, y después les pide su opinión sobre cada uno. Estas fueron las reacciones de los estudiantes ante The Way:

«M. notaba que los puntos trataban de cosas tan normales y sencillas pero tan

olvidadas. Fue uno de los libros que lo llevaron a las puertas de la Iglesia católica.

P., anglicano, afirma que no encontró nada particularmente impresionante en el libro, “pero —añadió— me da estímulos para mejorar”. Y en efecto sus profesores aseguran que ha mejorado mucho en su comportamiento.

D., protestante, lo encontró “directo y sincero”.

G., también protestante, dice que, aunque muchos puntos traten de actitudes humanas, “todos tienen una gravedad que tocan inmediatamente la fibra sensible”. Llegaba todas las semanas con puntos de The Way subrayados, para preguntar sobre su significado y cómo aplicárselos. También él está pensando en convertirse al catolicismo.

E., protestante, usaba The Way para hacer oración mientras iba al colegio en el matatu³⁵. Solía preguntar sobre los puntos “difíciles”.

B., católico, se sentía atraído por las frases en latín que san Josemaría escribe y las encontraba útiles para animar a sus amigos a seguir luchando. Por ejemplo, en el campo de baloncesto, durante los ejercicios de preparación, les gritaba: Esto vir!

M., protestante, encontró muy iluminante el capítulo sobre la santa pureza».

* * *

En los países dominados por el comunismo de corte marxista-leninista, durante gran parte del siglo XX, encontró Camino una cierta difusión —siempre de modo clandestino—, y sirvió de apoyo para que muchos de aquellos cristianos se mantuvieran firmes en su fe, en medio de las persecuciones que padecieron.

El sacerdote ortodoxo Aleksandr M. fue un infatigable apóstol en la Moscú comunista. Enamorado profundamente de Jesucristo, predicaba con todos sus medios el Evangelio, arriesgando la vida. Publicó muchos libros bajo seudónimo, como samizdats³⁶. Murió mártir en 1990, cuando su voz llegaba a toda la Unión Soviética. Se calcula que sus escritos espirituales alcanzaron una tirada total de seis millones de ejemplares en Rusia.

A principios de 1980, se reunían a su sombra un grupo de intelectuales y de seguidores, más o menos clandestinos. Sus intervenciones se registraban en cintas magnetofónicas para hacerlas circular. Y en una de esas grabaciones se escucha:

«Desde hace unos años existe en occidente el Opus Dei, la Obra de Dios. Fue fundado por Josemaría Escrivá. Su obra está bastante extendida por el mundo. Escrivá ha escrito un libro pequeño, Camino, que es una recopilación de aforismos. Espero que los podamos traducir algún día, para que ustedes lo puedan leer.

Escrivá dice que ser cristiano no significa llevar una vida burguesa como un pagano, para luego el domingo dedicar quizás dos horas a la elevación espiritual. Ser cristiano significa serlo siempre, todos los días, en las cosas y situaciones ordinarias».

El poeta y autor moscovita Aleksandr Z. contaba que el padre Aleksandr le llevó a convertirse al cristianismo ortodoxo y lo bautizó en 1975. Recuerda que le habla-

ba repetidamente de san Josemaría y de la espiritualidad laical del Opus Dei. Él mismo se hizo con un samizdat de Camino en ruso: Pootb. Se trataba de una quinta copia mecanografiada sobre papel, que era casi ilegible. Así consigna la impresión que le produjo:

«Para mí Pootb es más que literatura. Invita a actuar, es un proyecto para encarnar el Evangelio en la propia vida, en el que el tiempo no tiene relevancia.

Yo he convertido el libro en una parte de mí, lo he hecho mi punto de partida. Me fascina su estilo taquigráfico, una taquigrafía del espíritu, que quisiera incluir en mis composiciones poéticas».

Durante veinte años, aseguro, fue haciendo un descubrimiento tras otro. El libro cambió su visión del mundo y revolucionó su actitud hacia su propia poesía. Un poeta necesita un lector, un público que lo legitime. Cuando en Rusia se introdujo la economía de mercado, la lírica se volvió casi invendible y, por lo tanto, casi no se imprimía.

Aleksandr Z. comprendió poco a poco que no necesitaba del público para legitimar su trabajo, y que Dios debía ser su primer público y su jurado. Se acordaba de algo que san Josemaría recoge en una de sus homilías. En el periodo que residió en Burgos durante la guerra civil española, a veces llevaba a los jóvenes que se dirigían espiritualmente con él a las torres de la catedral de Burgos, manifestación excelsa del arte gótico español, y les hacía notar los trabajos de filigrana que las adoman: verdaderas maravillas.

El Fundador del Opus Dei solía comentarles que los artesanos que habían labrado esas piedras, que desde abajo no se ven, trabajaban para Dios.

* * *

La traducción de Camino al rumano lleva el título de Drum. Mons. Ioan R., arzobispo metropolitano de Bucarest, el 26 de junio de 2013, durante la homilía de la Misa de san Josemaría se refirió a la ayuda espiritual que Drum le ha proporcionado:

«Nos reunimos hoy para celebrar la fiesta de san Josemaría Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei. Al finalizar la Santa Eucaristía bendeciré, junto con otras estatuas de esta iglesia, una estatua suya que ha sido colocada en el jardín de la parroquia.

Recuerdo que cuando estaba en el seminario de Iasi, encontré entre los libros Drum, de mons. Escrivá de Balaguer. A pesar de que no sabía entonces nada sobre este autor, la lectura del libro ha dejado huella en mi alma así como lo ha hecho en las vidas de tantas otras personas. Después, con el paso del tiempo, he tenido ocasión de conocer más detalles sobre Josemaría Escrivá de Balaguer.

En Drum san Josemaría presentaba el mensaje que Dios le había mostrado: la llamada universal a la santidad: recordaba que todos estamos llamados a santificarnos en medio del mundo.

Ahora, san Josemaría es un santo universal, conocido y querido en todo el mundo, también en Rumanía. Todos podemos beneficiarnos de este espíritu, pues todos estamos llamados a ser santos en medio del mundo, en medio de las circunstancias propias de nuestra vida.

San Josemaría es además un modelo de hombre de fe. Antes de conocer la voluntad de Dios para él, pedía insistentemente al Señor que se la mostrara, repitiendo: Domine, ut videam! (¡Señor, que yo vea!). Su ejemplo de fe, así como las enseñanzas que nos ha dejado en Drum, se insertan bien en lo que la Iglesia denomina la llamada universal a la santidad.

Todos estamos llamados a la santidad, todos podemos llegar a esa santidad con la ayuda de la gracia de Dios».

* * *

La siguiente noticia proviene de Panamá, aunque el protagonista es un sacerdote búlgaro, al que invitaron a almorzar en un centro del Opus Dei. Al llegar le mostraron el oratorio —que le gustó mucho— y el resto de la casa, que también le agradó, especialmente la sala de estudio.

«Luego del almuerzo tuvimos un rato de tertulia. Nos contó algo sobre la situación de la Iglesia en Bulgaria, donde los católicos son menos del 1% de la población, y también sobre cómo fue a parar a su actual destino eclesialístico, sin buscarlo ni quererlo, sino por obediencia a sus superiores.

Le informamos de que el Opus Dei había comenzado la labor en Rumanía recientemente y que se espera comenzar pronto en Bulgaria, a lo que respondió:

—¡Ojalá!

Antes de despedimos, le entregué un ejemplar de Camino y una estampa de san Josemaría. Noté de inmediato que algo le había conmovido y se había puesto como más recogido, nostálgico, casi serio mirando el libro y la estampa.

Me dio una palmada en el hombro y me dijo:

—Déjame contarte una cosa. Durante años en Bulgaria ha reinado el comunismo, no se podía leer nada sobre Dios, no se podía ni siquiera ir a la iglesia, era terrible.

El único libro que pudo entrar en búlgaro, creo que traducido en Austria, y que tuve fue Camino. Todos los días rezaba con Camino y con mis amigos nos reuníamos a hacer oración con él. Debo mucho a san Josemaría. Gracias».

* * *

Santiago vive en Vitoria (España), y en el verano de 1993 acudió un con grupo de universitarios a un lugar cercano a Bacau, en la frontera rumana con la actual Moldavia, para colaborar en una iniciativa de carácter social y asistencial. Nos transmite lo que les sucedió durante su viaje de regreso a España, en un pequeño pueblo de la Transilvania.

«Viajábamos un grupo de universitarios en dos furgonetas, con un sacerdote,

camino de vuelta a España. Según el plan de viaje, queríamos tener Misa en la zona rumana de Transilvania, donde parte de la población habla húngaro.

Como ninguno de nosotros sabía rumano o húngaro, pedimos al sacerdote del lugar en el que habíamos estado colaborando, que nos escribiera una carta dirigida genéricamente a los párrocos católicos que encontrásemos en el camino de vuelta, con el objeto de mostrársela y que nos dejaran celebrar la Misa.

Llegamos a un pequeño pueblo en una zona de habla húngara de Transilvania, cuyo nombre no recuerdo, donde había una iglesia católica. Entregamos la carta al cura, que al principio nos miró con desconfianza, sin terminar de fiarse.

Casi por señas, nos preguntó de qué diócesis éramos. Al decirle que era una actividad del Opus Dei, se levantó de inmediato como un resorte y salió de la habitación, dejándonos desconcertados. A los pocos segundos, volvió con la cara radiante de felicidad y un ejemplar de *Út* (Camino, en húngaro) en la mano.

Lo había conseguido en la etapa comunista, editado en Irlanda en 1966, y lo guardaba como un tesoro. Se puso muy contento, pues era la primera vez que veía a gente del Opus Dei, aunque él ya conocía bien su espíritu a través de *Út*».

* * *

Don Armando, sacerdote italiano, recoge una experiencia similar:

«En el verano del 2004 participé con un buen grupo de estudiantes italianos en un campo de trabajo en Ilva Mica, un pueblo de algunos centenares de personas en el corazón de Transilvania, a quinientos kilómetros de Bucarest.

Habíamos trabajado para acondicionar una casa, construida por un sacerdote griego católico, que se utilizará para hospedar a grupos de niños con hándicaps.

Entre las personas que preparaban la comida había una chica de 25 años, que sabía italiano y que nos hacía de intérprete.

Al final del campo de trabajo le dejé algunos libros de san Josemaría en italiano, entre ellos *Cammino*. En cuanto lo vio subió corriendo a su casa y volvió con un ejemplar muy gastado de *Drum*.

Ante nuestra sorpresa nos explicó que su abuelo había conseguido aquel ejemplar no obstante la durísima persecución padecida durante el comunismo, y que cada día, desde que ella recuerda, leía un punto. Y sigue haciéndolo hoy día».

PARA TODAS LAS MENTALIDADES

Camino no se dirige a un público determinado, no es literatura para “especialistas”, sino que llega por igual a hombres y mujeres, jóvenes o ancianos, ricos o pobres, cultos o con menos preparación intelectual. Camino no conoce fronteras: ni geográficas, ni de mentalidades. Beneficia a gentes de todos los pueblos, de todas las razas, de todas las mentalidades y condiciones.

El beato Álvaro del Portillo, en su ya citado artículo “Significado teológico-espiritual de Camino”, tras mencionar la propagación del libro entre millones de

católicos, añade que «se ha difundido también entre cristianos no católicos, que encuentran en sus páginas alimento espiritual, a la vez que una llamada hacia la plenitud de la fe. Incluso personas no bautizadas se sienten movidas por su lectura a llevar una vida humana limpia, a trabajar con seriedad y con empeño, a respetar y comprender a los demás hombres, a convivir con todos; en definitiva, a un modo de vida abierto a Dios».

Y concluye: «Estamos ante una palabra cristiana —humana— que se dirige al fondo del corazón de todo hombre, tal como es, tal como existe en este mundo nuestro, manchado por el pecado y amado y redimido por Cristo. Es una palabra que apela a la autenticidad del hombre y le sitúa ante la realidad de sí mismo, que es la primera etapa del camino que lleva a plantearse la vida ante Dios».

* * *

A continuación, escucharemos comentarios de gente común, personas corrientes de muy distinta condición entre sí; pero antes es oportuno recordar que se sabe de varios Papas que han sido lectores de Camino.

Pío XII manifestó su afecto por san Josemaría en numerosas ocasiones, llegando a afirmar que «era un verdadero santo, un hombre enviado por Dios para nuestros tiempos». Recibió Camino con verdaderas ganas de profundizar en el pensamiento de su autor. El 3 de abril de 1946, el beato Álvaro le entregó, en nombre del Fundador del Opus Dei, un ejemplar de Santo Rosario, de La Abadesa de Las Huelgas y de Camino. Inmediatamente, el Papa abrió Camino, leyó algunos puntos, y comentó: «Parece muy bueno para hacer la meditación: son puntos de meditación»³⁷.

San Juan XXIII conoció el Opus Dei antes de ser elegido como sucesor de san Pedro y, desde luego, había leído Camino; incluso, residió unos días en un centro de la Obra.

Sobre el beato Pablo VI, san Josemaría señaló en varias ocasiones que «la primera mano amiga que yo encontré aquí, en Roma, fue la de Monseñor Montini; la primera palabra de cariño para la Obra que se oyó en Roma, la dijo él». Y el beato Álvaro del Portillo señalaba también que «fue la primera persona que dio un abrazo de bienvenida a nuestro Fundador en Roma»³⁸.

Se conserva una carta de mons. Montini, entonces Sustituto de la Secretaría de Estado de la Santa Sede, del 2 de febrero de 1945, que contiene el siguiente juicio sobre Camino: «No quiero ocultar (...) la satisfacción que me ha causado su lectura. Sus páginas son una sentida y poderosa llamada al generoso corazón de la juventud, a la que, descubriéndole elevados ideales, enseñan la senda de la reflexión y seriedad de criterio, que la disponga a vivir plenamente la vida sobrenatural. La obra, que se encuentra en su segunda edición, no necesita de votos por su éxito; ofrece ya la consoladora realidad de los copiosos frutos producidos en el ambiente universitario»³⁹.

Treinta y un años más tarde, el 5 de marzo de 1976, el beato Pablo VI recibió en audiencia al beato Álvaro del Portillo, que tras la muerte del Fundador había sido elegido como cabeza del Opus Dei. Durante aquella conversación, que se prolongó más de una hora, el Papa le hizo algunas consideraciones sobre la riqueza del mensaje de san Josemaría, y autorizó a beato Álvaro para transmitir sus palabras a los fieles del Opus Dei.

Pablo VI afirmó que «consideraba al Fundador del Opus Dei como uno de los hombres que han recibido más carismas en la historia de la Iglesia, y que han correspondido con mayor generosidad a los dones de Dios». Hablaron de Camino, y el Papa preguntó «a qué edad lo había publicado nuestro Fundador. Le respondí que lo había dado a la imprenta cuando tenía treinta y siete años, pero precisé que el núcleo del libro ya había aparecido con el título de Consideraciones espirituales en 1934, y lo había redactado un par de años antes, es decir, a la edad de treinta años. El Papa se quedó un momento pensativo y después observó: “Entonces lo escribió en la madurez de su juventud”» 40.

Juan Pablo I había calado en el espíritu de la Obra y utilizó también Camino. En un conocido artículo, que publicó cuando era cardenal de Venecia, mostró que conocía hasta el modo material —las “gaiticas”— que siguió san Josemaría para escribir Camino: «Si se le ocurría una idea o una frase significativa, quizá mientras continuaba la conversación sacaba del bolsillo la agenda y escribía rápidamente una palabra. Media línea, que más tarde usaba para un libro» 41.

Por lo que se refiere a san Juan Pablo II, nos limitamos a recordar que —además de conceder al Opus Dei su configuración jurídica definitiva, al erigirlo en prelatura personal— beatificó y canonizó a san Josemaría. En la Bula de Canonización, el Papa subraya que abrió «en la Iglesia un nuevo camino caracterizado por difundir entre hombres y mujeres de toda raza, condición social o cultura, la conciencia de que todos están llamados a la plenitud de la caridad y al apostolado, en el lugar que cada uno ocupa en el mundo» 42.

También consta que el Papa Francisco tiene devoción al Fundador del Opus Dei, desde antes de ser elegido a la Sede de Pedro. Asegura uno de sus biógrafos que «pedía favores a san Josemaría Escrivá de Balaguer (...), y en julio de 2003 pasó más de treinta minutos rezando frente a su tumba en Roma, para darle las gracias por un favor concedido» 43.

* * *

Un observatorio magnífico de la multiplicidad del pueblo de Dios lo constituyen las multitudes que acuden a rezar los santuarios cristianos sembrados por todos los países del mundo. Bastantes, tienen renombre universal — Lourdes, Fátima, Guadalupe, El Pilar ...—, otros son de alcance más local, aunque no por eso menos importantes.

El “Camino de Santiago” es una ruta que siguen peregrinos de todo el mundo

para llegar a la ciudad de Santiago de Compostela, donde se veneran las reliquias del apóstol Santiago el Mayor.

Durante toda la Edad Media fue muy recorrido; después, cayó bastante en desuso, para volver a adquirir auge en la actualidad. Miles de personas recorren su trayecto cada año. En sus más de mil años de historia ha generado una gran vitalidad religiosa, social y cultural.

En algunas poblaciones a lo largo del camino, se ofrecen subsidios catequéticos para mejorar la preparación espiritual de los viajeros.

En el verano de 2004, llegando a Furelos —pueblecito de unas pocas decenas de habitantes—, había una exposición audiovisual titulada Vida y Mensaje de san Josemaría Escrivá, un peregrino contemporáneo. Entre los visitantes, se encontraba Mark, de Estados Unidos, estudiante de filología, de 19 años.

«Aún no hacía un año que se había convertido, del calvinismo al catolicismo. Disfrutó durante su visita de todo lo que ofrecía la exposición, pues empleó dos horas para saborearla. Tenía preguntas y comentarios muy agudos para cada panel y para los documentales que se proyectaban, sobre la vida y el mensaje del Fundador del Opus Dei.

Los aparatos de DVD estaban en posición de repetición. Cuando, sentado, escuchó las respuestas de san Josemaría a preguntas sobre la Virgen, el trato con el Señor en la oración y la confesión, quiso verlo por segunda vez.

Al levantarse, Mark comentó:

“La primera vez, entender. La segunda, rezar”.

Recuerdo que en la exposición había un panel en el que figuraba una fotografía de Walt Disney con un ejemplar de *The Way*.

“Es un libro que te hace así —añadió Mark, gesticulando el puñetazo de un boxeador. Hay un punto que habla de levantarse todos los días cuando suena el despertador. Yo lo intento siempre y a veces lo consigo”.

Quiso dejar sus señas para que alguna persona de la Obra se pusiera en contacto con él a su regreso. Desde entonces, recibe dirección espiritual en su ciudad».

* * *

También son caminantes hacia Santiago las protagonistas de esta historia, un grupo de amigas. La segunda jornada pararon a descansar y pernoctar en una pequeñísima aldea gallega, llamada A Eirexe, donde había un albergue de peregrinos. La dueña de aquel establecimiento se llamaba Pacita:

«Pacita era una mujer joven, llena de simpatía, que nos facilitó todo lo necesario para que un sacerdote pudiera venir a celebrarnos la Misa por la tarde. Nos acompañó durante casi todo el día.

Por la noche Rosa, una del grupo, le mostró Camino, con el que hacíamos la oración por la mañana, caminando, mientras una iba leyendo algún punto al resto del grupo.

Al verlo y oíjearlo, comentó que ella lo había leído cuando era adolescente. Entonces, nos contó, que el párroco organizaba unos retiros para las jóvenes de la zona y les había mostrado el libro. Estuvo muy contenta de reemprender aquel discurso».

* * *

En España existe una asociación llamada “Amigos del Paso de los Pirineos”, que organiza unas caminatas, a mitad entre excursión y peregrinación, sobre las huellas de aquella penosa travesía que san Josemaría emprendió con otras personas a través de la cadena pirenaica, durante la guerra civil española, para pasar de la zona donde la Iglesia era perseguida a un lugar donde pudiese continuar la labor de evangelización que Dios le pedía.

Don Javier S. es capellán de un club juvenil de Valencia. En 2012, recorrió el “paso de los Pirineos” con un grupo de jóvenes, compuesto en su mayor parte por candidatos al seminario, procedentes de Lérida, Tarrasa, Badalona, y Gerona. También había otros estudiantes.

Entre los caminantes se distinguía un hombre más mayor, de unos cuarenta y tantos años, que durante la primera jornada de marcha se presentó al sacerdote con las siguientes palabras:

“Mosén, yo soy un cristiano hippy. ¿Puedo hablar con usted?

—Claro.

—Quiero contarle mi historia y explicarle por qué estoy aquí.

Me comentó que vive en un pueblo abandonado del Pirineo, ocupado por unas pocas familias años atrás. Pocos meses antes, había encontrado en un basurero un montón de libros que se llevó a su casa. Revisándolos, le llamó la atención uno, que empezó a leer. Se titulaba Camino. Tanto le gustó, que decidió releerlo y subrayarlo. Y cambió de vida.

—Busqué información en internet sobre el Opus Dei y Josemaría Escrivá. No todas las páginas hablan bien de ustedes, mosén, pero no se preocupe, que me da cuenta enseguida de lo absurdo de ciertas cosas y solo leí las serias.

Aprendí que había que ir a Misa y empecé a ir todos los domingos a la del pueblo cercano. Después me preparé con un examen de conciencia para hacer la confesión. Luego, leí que convenía dedicar un tiempo a la oración y empecé a hacerlo. También el rosario y la lectura espiritual.

Yo lo escuchaba sorprendido.

—Un día, vi en internet que se organizaba la travesía de los Pirineos con motivo del 75 aniversario del paso. Llamé para ver si podía apuntarme: —¿Admitís en la expedición a un cabrero que vive cerca de aquí? Tenía ilusión de conocer gente de la Obra y curiosidad para ver si había personas que vivían lo que había aprendido en Camino. Me dijeron que no había inconveniente y me apunté (...).

Tiene un rebaño de cabras que saca diariamente a pastar, está casado y con

dos hijos. Y quiere hacer apostolado. Su actitud durante los seis días de marcha fue ejemplar».

* * *

La historia de Pepi, librera por afición, comienza en 1953, cuando le regalaron un ejemplar de Camino. No conocía al autor, pero empezó a leerlo y le gustó tanto que lo llevaba siempre en el bolso.

Curiosamente, cuando abría el libro solía aparecer, con una frecuencia llamativa, el punto n. 155: “Jesús no se satisface ‘compartiendo’: lo quiere todo”.

Por entonces, Pepi cuidaba a su padre, enfermo de Parkinson. A partir de un día, notó que le daba las gracias cada vez que tenía un detalle de cariño con él:

«—Pero papá, no tienes por qué.

—Lo hago porque, desde hace algún tiempo, me cuidas de modo distinto.

Algo de verdad había, porque en Camino estaba aprendiendo a ver a Dios en los enfermos: “Para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él” (n. 419)».

Pepi jugaba en el equipo de balonvolea de Calella (Barcelona) y participaba en varios campeonatos. Durante un torneo que se celebraba en Castellón, compartía habitación con otras del equipo y por las noches les leía puntos de Camino. Pensaba que, si a ella le ayudaba, también servirían a las demás.

Algunas no mostraron interés y otras callaban. Pero, pasados los años, acudió a la inauguración de un Colegio Mayor en Zaragoza y la directora, del Opus Dei, le aseguró que había descubierto la llamada de Dios a raíz de aquellos puntos de Camino leídos en voz alta en un hotel de Castellón.

Sigamos con el itinerario personal de Pepi:

«En Calella había un sacerdote que me animaba a participar en un curso de retiro. Yo tenía mucho trabajo, atendiendo el negocio de mi familia, y le decía que no tenía tiempo para hacerlo.

Un día vino a nuestra casa a despedirse, pues le habían trasladado a otro pueblo, y entonces le dije que sí quería hacer un curso de retiro. Me puso en contacto con unas chicas de un centro del Opus Dei en Barcelona. A la vuelta del curso de retiro estaba entusiasmada y quería difundir Camino, y empecé a vender ejemplares desde mi propia casa y en mi puesto del mercado.

Calella ha sido siempre meta turística, visitada por alemanes especialmente. Cada domingo, la Misa de las diez se celebraba en alemán y la homilía acostumbraba a ser en varios idiomas.

Conseguí ejemplares de Der Weg y otras ediciones no castellanas de Camino, pedí permiso al alcalde y con algunas amigas pusimos un pequeño puesto delante de la iglesia para vender ejemplares en varias lenguas.

Un domingo se me acercó una chica inglesa, que parecía muy preocupada, y me comentó que quería confesarse. Le busqué un sacerdote que hablaba inglés. A los pocos días vino a casa, estuvimos hablando y compró The Way.

En 1963 se hizo una misión popular en Calella. Pusieron un altavoz en el campamento y los sacerdotes sugerían a los paisanos que adquiriesen el Evangelio, Camino y algún libro más de espiritualidad. Mis amigas y yo íbamos por la calle ofreciendo Camino, tomábamos nota de las personas que lo querían y se lo llevábamos a casa.

En otra ocasión, se organizaron unas conferencias para matrimonios, que se impartían en la sala de cine más grande de Calella. Vendimos cientos de ejemplares. Uno de aquellos días, de los cien ejemplares que llevábamos, vendimos noventa y siete.

En 1964, el “Día del libro” cayó en sábado. Yo no veía compatible montar un puesto de libros y atender mi trabajo en el mercado. Pero cuando una amiga vino a decirme que unas personas vendían libros contrarios a la fe y a la moral en la calle, decidí que teníamos que salir nosotras también. Nos compraron gran cantidad de ejemplares de Camino y de otros libros de espiritualidad.

Aquel día vendí Camino a un chico que frecuentaba la parroquia y al día siguiente, domingo, vino a nuestro puesto y me dijo que le cambiara el libro:

—¿Por qué quieres cambiarlo?, le pregunté.

—Bueno... me han dicho que no vale la pena.

—Mira, te lo cambio cuando lo hayas leído. Antes no.

Al cabo de un tiempo nos volvimos a encontrar.

—Aún te estoy esperando para cambiar el libro...

¡Ah, no!, ahora no quiero deshacerme de él».

Con estas experiencias, Pepi decidió embarcarse en una nueva aventura: vender ejemplares de Camino en el colegio Pineda, situado en el barrio Gornal, de Hospitalet, muy cerca de Barcelona, en el que casi el 40 % de sus habitantes proceden de fuera de Cataluña y un 10% no son españoles.

Las ventas de libros fueron creciendo poco a poco, también porque los posibles compradores no andaban sobrados de recursos económicos y, aunque el precio de Camino no es elevado, invariablemente tenían necesidades más inmediatas que acometer. De todos modos, la autora de este relato no se desanimó, al contrario:

«Siempre he tenido ejemplares de Camino en ruso y otros idiomas, ya que en el colegio hay madres de muy distintas nacionalidades. La madre de una alumna, de religión musulmana y nacionalidad rusa, después de un tiempo se compró Camino. Me explicó que cada noche lo leen ella y su marido. Cuando viajó a su país para visitar a su familia, se llevó diez ejemplares. A la vuelta me dijo que se había quedado corta y que necesitaba otros cinco más.

A una señora china, con la que apenas podía entenderme, le mostré Camino en su lengua: Lu; y después de leer unas pocas líneas lo compró.

También a la mamá de una alumna, de religión ortodoxa y nacionalidad rusa, le

mostré un ejemplar de Pootb. Al cabo de un tiempo vino a comprarlo.

Hay muchas más anécdotas en torno a Camino, este es solo un pequeño resumen de lo que recuerdo».

* * *

También en las cárceles, entre los presos comunes, circula Camino. Andrea, directora de una cátedra de extensión de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), realizaba un programa de entrenamiento en el desempeño académico y laboral en una unidad penitenciaria de mujeres. Parte de su misión consistía en conversar periódicamente con las internadas para facilitar su reinserción social. Nos cuenta que:

«Estaba realizando una entrevista personal a una joven, detenida desde hacía años, madre de tres hijos, a los que veía una vez al mes. Planeábamos algunos objetivos relacionados con su proyecto de vida y la necesidad de buscar nuevos horizontes para su vuelta a la sociedad. Así supe que había comenzado a frecuentar los sacramentos dentro de la unidad y recibía asistencia espiritual del capellán.

Ya hacia el final de nuestra charla, me mira y me dice:

“Andrea, ¿me podrás conseguir para la próxima semana un ejemplar de Camino?”

Mi sorpresa fue mayúscula. Ella desconocía que yo era del Opus Dei. Aunque nuestras charlas tenían un fuerte contenido espiritual, nunca había mencionado texto alguno de san Josemaría.

Debo decir que realmente fue Camino el resorte para recuperar su camino y reorientar su vida. Hoy está en su casa, tratando de educar a sus hijos de la mejor manera y con la fortaleza de Jesús y María, y la intercesión de san Josemaría».

* * *

Una misionera española, que trabaja en el Congo, tiene gran cariño hacia el Opus Dei y hacia san Josemaría. Hace unos pocos años, en una carta a un hermano suyo, sacerdote de la Prelatura, escribía:

«Dos veces por semana, acudo a una cárcel para ayudar en el servicio social. Allí, la Iglesia católica tiene una pequeña biblioteca para los presos condenados a cadena perpetua. Hace días, me encontré un señor que vino a entregar un libro. Leí el título: Chemin, y me di cuenta de que era de san Josemaría. Esto me dio pie para tener una conversación muy interesante con él donde me expresó el bien que la lectura de este libro le había hecho.

Me alegré mucho y te lo cuento para que tú te alegres también. Esa cárcel de Makala es todo un mundo donde todavía me siento un poco perdida. ¿Sabes cuántos reclusos hay? ¡6.000! Sí, has leído bien: ¡seis mil!»

* * *

No hay límites de edad entre los lectores de Camino. Sirva como ejemplo, el relato de María, una señora de 98 años:

«Conocí el Opus Dei hace veintidós años, a través de los escritos de san Josemaría, en concreto a través de Camino.

Transcurría un periodo de tiempo en un pequeño pueblo de Valladolid, de poco más de mil habitantes. Un día fui a un funeral y el párroco, don Alfonso, me dejó Camino. Lo leí y me gustó muchísimo. A través de ese libro se me metió Dios en el alma. Yo no había oído hablar de mons. Escrivá de Balaguer.

Pregunté a don Alfonso si me podía proporcionar más libros de Josemaría Escrivá y si en San Sebastián, ciudad en la que ya entonces residía, habría alguien del Opus Dei. Me dijo que en la catedral del Buen Pastor confesaban sacerdotes del Opus Dei, y allí me dirigí, pero no encontré a nadie, así que me volví para Serrada para decírselo a don Alfonso.

De vuelta a San Sebastián, alguien me dijo que en la calle José María Salaverría había un centro de la Obra, así que fui llamando a las casas, preguntando por el Opus Dei, hasta que di con un centro que se llama Easo. A los pocos meses pedí la admisión en la Obra».

* * *

Los protagonistas de la siguiente historia también pertenecen a la “tercera edad”: son un matrimonio que ya han superado los ochenta años. Viven en Costa Rica. Tuvieron siete hijas: sí, todas mujeres.

Cuando celebraron las bodas de oro, decidieron celebrarlo con un festejo, al que invitaron a parientes y amigos. La autora del relato —una de las hijas— se llama Aida Elena, y es artista: pinta y decora cerámica y madera.

«Mis padres celebraron sus bodas de oro matrimoniales en noviembre de 2010. Organizamos una reunión familiar muy emotiva, pues celebramos también los ochenta años de mi mamá y los ochenta y cuatro de mi papá.

Somos una familia muy unida, mis padres con sus siete hijas siempre han encontrado motivo para reunimos y celebrar algo. Desde pequeñas, siempre rezábamos juntos y comentábamos los incidentes que nos sucedían.

Mi padre es agricultor, con tradición familiar en el cultivo del café. Mi madre se ha dedicado siempre a las faenas domésticas, y le gusta cuidar de su jardín.

Papá no terminó su tercer grado de escuela, pero siempre fue amante de la buena lectura y descubrió así su pasión por la historia, la política y todo lo que tiene que ver con la actualidad mundial. Lo recuerdo leyendo en las noches, después de cenar, sentado en la sala.

Después, nos reunía para rezar juntos e ir a la cama. Era muy diferente a los agricultores de su entorno, pues se comportaba con gran respeto hacia las mujeres y se preocupó de enseñarnos el cultivo y la recolección del café, cosa que en aquellos tiempos estaba vedada para la mujer.

Hoy, a causa de su avanzada diabetes, mi papá camina con lentitud y lee poco, pues ha perdido vista. Un día traje a mis padres a almorzar a casa, para estar un

rato con ellos. Conversábamos animadamente y, de pronto, pregunté a papá:

“Papi, ¿cómo hizo usted para educar a siete mujeres sin caer en la postura machista típica de la época?”

“Nunca ha sido fácil educar”, me respondió. “Yo leía muchos libros, algunos eran sobre la fe y la oración, y me ayudaban mucho. Tenía uno que era mi preferido, no sé si aún lo venderán: se llamaba Camino”.

Muy sorprendida, le dije:

“¿Sabe usted que quién escribió ese libro es san Josemaría, fundador del Opus Dei, y que la formación de las escuelas a la que van mis dos hijos está inspirada en el espíritu de esa institución?”

Papá nunca había oído hablar de la Obra, y tan solo me comentó:

“Pues, entonces, ustedes están ¡en muy buenas manos!”».

* * *

A otros lectores cabría calificarlos de “salteadores” del libro; en el sentido de que quieren leerlo “caiga quien caiga”, como en este caso, que quizá es un poco límite.

En Guayaquil (Ecuador), Albertina estaba haciendo fila para ser atendida en el Seguro Social; mientras esperaba, leía Camino. Se dio cuenta de que un señor mayor que estaba detrás de ella miraba también, por encima de su hombro. Y no solo eso, sino que de pronto le comentó:

“¿Me presta su libro, por favor?”

Albertina se lo pasó. Y después de una rápida hojeada, el señor le dijo:

—Se lo compro.

—Mejor que lo adquiera nuevo en una librería, ¿no?

—No, no tengo tiempo.

—Pero...

—Mire, yo soy escritor y solo con leer el principio y el final entiendo si un libro es bueno.

—¿Y este lo es?

—¡Este es buenísimo! Véndamelo, por favor».

Y se lo vendió en la fila de la Seguridad Social.

* * *

Algo semejante le sucedió a una señora de Olbia, en Cerdeña:

«Un día me hallaba en una iglesia y meditaba algunos puntos de Cammino. Al terminar, dejé el libro abierto en el banco y me acerqué a rezar delante de una imagen de la Virgen.

Cuando volví, me encontré con la señora del banco de atrás absorbida en la lectura del libro. Al verme me dijo:

—Lo he visto en su banco y me he permitido leerlo. ¡Este libro es un buen bofetón!

Así fue como nos hicimos amigas y fans de Cammino. Desde entonces, no he-

mos parado de distribuir ejemplares entre parroquias y amistades».

* * *

San Juan Pablo II, en el n. 6 de su Carta a los artistas (1999), afirma que «toda forma auténtica de arte es, a su modo, una vía de acceso a la realidad más profunda del hombre y del mundo. Por ello, constituye un acercamiento muy válido al horizonte de la fe, donde la vicisitud humana encuentra su interpretación completa. Este es el motivo por el que la plenitud evangélica de la verdad suscitó desde el principio el interés de los artistas, particularmente sensibles a todas las manifestaciones de la íntima belleza de la realidad».

No cabe duda de que el arte religioso constituye una de las cimas más altas entre los logros de la humanidad, y ha sido y es un medio espléndido de evangelización y de culto a Dios.

Julie colabora en una institución que se ocupa del patrimonio de arte religioso de Flandes (Bélgica). La materia de que se ocupa da de por sí mucho de qué hablar con las compañeras. Asegura que todas, creyentes o no, se dan cuenta de las raíces cristianas de nuestra cultura a través de la pintura, los archivos o las bibliotecas.

«Hace unos meses, Caitlin, procedente de California y casada con un sudafricano, empezó a trabajar en la institución. El miércoles de ceniza entró en la oficina algo desconcertada porque había asistido a una ceremonia donde no se celebraba la eucaristía. Quedamos en buscar una Misa e ir juntas. Desde aquel momento empezamos a hablar más profundamente sobre temas de fe.

Un sábado vino al centro del Opus Dei donde vivo y se detuvo un rato recogida en el oratorio. Le presté un ejemplar de *The Way* que conserva desde entonces en su bolsa de picnic. Acude al lugar de trabajo en autobús y lee *The Way* durante el trayecto de ida y de vuelta. A la hora de la comida saca a menudo el libro de la bolsa y comenta algún que otro punto que le ha gustado. Al principio los compañeros se sorprendían un poco, pero ya se han acostumbrado.

Es una persona muy abierta y le gusta compartir lo que vive. También suele colgar algún punto en Facebook y enseguida otras compañeras pinchan en el “Me gusta” y comentan: “lo he leído”. A mí me da alegría ver aparecer palabras de san Josemaría en mi muro de Facebook».

* * *

Dolores, granadina, madre de familia, ex-actriz de cine y cantante pop, cuenta su historia:

«Todavía hay mucha gente que recuerda una canción que se titulaba “Dile”, que se hizo popular en los años 60. Era muy alegre y pegadiza, y con ella me dieron un disco de oro. Empezaba así: “Yo sé tanto del amor/ que te puedo aconsejar. / Tú pregunta y te diré/ qué tienes que hacer. Y sigue con el estribillo: dile que tu amor es para siempre;/ dile que por su cariño mueres;/ dile, dile...”

Yo tenía entonces dieciséis años y fue como un sueño. Fue una historia muy bonita. Un productor de cine español me propuso hacer cuatro películas en exclusiva; y también firmé un contrato con una empresa discográfica con la que grabé cinco discos. Eran los años del pop, cuando cantábamos aquello de Gigliola Cinquetti: “No tengo edad, no tengo edad para amarte y no está bien que salgamos solos los dos...”

Una de las películas que hice fue una comedia musical. Se estrenó el 17 de mayo de 1963 y era muy divertida.

Pero a mí aquel ambiente no me llenaba. Yo buscaba algo más, y allí... allí no lo encontraba. Me explicaré.

Desde que tengo uso de razón, desde muy pequeña, yo soñaba con entregarme a Dios, y a veces pensaba, cuando era chica: “voy a irme de monja misionera”; pero luego veía que ése no era mi camino. Lo mismo me pasaba entonces: sabía que Dios me quería artista, que es una vocación maravillosa —y sigo siendo artista—, pero no así; no allí; quería ser artista, pero de otra manera.

Y en medio de las películas, los discos y los festivales, me iba dando cuenta de que aquello no era lo que Dios me pedía. Los discos, las películas, el mundo del cine... era un mundo fantástico, en el que una persona se puede santificar y encontrar a Dios. Recuerdo que, siempre, cuando tenía que actuar en un festival o en la televisión, le decía muchas veces en mi alma al Señor: “Jesús, que por mí no peque nadie”.

Parecía un mundo de ensueño para una chica de dieciséis años como yo, pero en el fondo de mi alma no era feliz, y le pedía a Dios que me enseñara mi camino, porque me daba cuenta de que aquello era pasajero.

No me resultó fácil tomar aquella decisión. Los productores habían hecho una promoción fuerte y ya lo tenían todo preparado para mi “lanzamiento”. Me decidí cuando me propusieron actuar en una gran sala de fiestas de Madrid. Todos me decían que me esperaba la fama, el triunfo; pero yo pensaba: ¿Y qué pinto yo, a mis dieciséis años, en ese lugar?

Eso me llevó a recapacitar, a reflexionar, a rezar... hasta que me decidí: si este estilo de vida no me gusta —pensé— tengo que tomar una determinación, con todas las consecuencias. Unas consecuencias que recaían sobre todo en mi padre, porque —como yo era menor de edad— él había tenido que firmar todos los contratos.

Después de tanto: “Papá, firmame, firmame, que quiero hacer cine”; comencé a decirle: “Papá, firmame otro papel, porque ya no quiero hacer cine y quiero volverme a Granada”.

Lo hice; y mi padre tuvo que indemnizar a los productores. Todo lo que gané durante la gira por América fue para ellos. Y me volví a Granada, contenta y feliz. Además, aquí había un chico que me gustaba. Pero aquella relación no funcionó,

y me quedé bastante triste y desconcertada.

Pasé aquel verano en la costa, con mi grupo de amigas, entre las que había una que estaba siempre contenta. “¿Qué secreto tendrá esta niña —me preguntaba yo— para tener esa alegría?” Porque esa era, precisamente, la alegría que yo buscaba.

Una tarde esta amiga me prestó un libro: Camino. Lo abrí y leí el primer punto: “Que tu vida no sea una vida estéril...” y fue como si se me encendiese una luz, y viese claro, clarísimo, el sentido de mi vida.

Y así fue pasando aquel verano: mi amiga me prestaba Camino; yo leía unos cuantos puntos, los meditaba y luego se lo devolvía. Durante esa época iba a Misa, confesaba, comulgaba..., pero me faltaba tanta, tanta formación, que no lograba tratar a Dios con la intimidad que yo quería.

Al terminar el verano, seguí estudiando Decoración. Después, conocí a un chico, nos enamoramos, nos casamos, empezamos a tener hijos y en 1970 nos fuimos a vivir a Canarias, a Santa Cruz de Tenerife. Yo seguía buscando, en mi alma, aquello que Dios me pedía.

Regresamos a la Península; volví a hablar con aquella amiga mía, y le dije: háblame de Camino. Y me explicó el Opus Dei. Me gustó mucho y comencé a ir por un centro de la Obra. Estaba claro: aquello era lo mío.

Mi amiga me sugirió la posibilidad de ir poquito a poco: podría ser cooperadora, y luego...; pero yo tenía prisa: estaba deseando, después de tantos años de búsqueda, entregarme a Dios lo antes posible y formar parte del Opus Dei. Y me hice de la Obra, que es la alegría de mi vida.

Y esta es mi historia, por la que le doy tantas gracias a Dios.

* * *

Como remate de este capítulo, el testimonio de dos intelectuales europeos de reconocida talla. El primero es Peter Berglar, historiador alemán; el segundo, uno de los filósofos españoles de mayor relieve de la segunda mitad del siglo XX: el catedrático de metafísica Antonio Millán Puelles.

Berglar (1919-1989) fue profesor de Historia medieval y moderna en la Universidad de Colonia, y publicó numerosos estudios, entre los que se deben mencionar su biografía de Tomás Moro y su ensayo Opus Dei. Leben und Werk des Gründers Josemaría Escrivá. Por lo que se refiere a Camino, explica que

«poco a poco fui comprendiendo el secreto de este libro: los 999 puntos, a primera vista, pueden parecer prudentes reglas de vida o cuidados aforismos; además, al principio se piensa: bueno, esta frase y aquella otra son especialmente acertadas, esta otra no me incumbe, aquella sólo en parte... Por eso, tanto una mente sencilla como una cabeza complicada, una inteligencia poco culta y otra superfilosófica se pueden “interesar” por él; hasta que por fin se ven fascinados y acaban reconociendo —cada cual por su cuenta y a su manera— que cada uno de los

999 puntos se asemeja a un profundo aljibe que nuestro reflexionar casi nunca llega a sondear totalmente»⁴⁴.

Millán Puelles (1921-2005) expresó su pensamiento en casi una veintena de libros y gran diversidad de artículos. Hombre de gran profundidad intelectual, afirmó que

«con la sola excepción de los Evangelios, ha sido Camino el libro que más decisivamente ha influido en mi vida. Tanto antes como después de leerlo por vez primera, he conocido y meditado la enseñanza de otros célebres libros de espiritualidad, auténticas joyas de la literatura ascética y mística. (...) Al decir —con la única salvedad ya señalada— que ha sido Camino el libro más decisivo en mi vida, no entraba en mis intenciones el formular una valoración, sino que he querido, simplemente, dejar consignado un hecho»⁴⁵.

LA SANTIFICACIÓN DEL TRABAJO ORDINARIO

En la ya citada Bula de Canonización, san Juan Pablo II añade que: «En las enseñanzas de Josemaría Escrivá, el trabajo, realizado con la ayuda vivificante de la gracia, se convierte en fuente de inagotable fecundidad, ya que es instrumento para poner la Cruz en la cumbre de todas las actividades humanas, medio para transformar el mundo desde dentro según el Espíritu de Cristo y ocasión de reconciliarlo con Dios».

El Señor inspiró a san Josemaría Escrivá de Balaguer la fundación del Opus Dei, para recordar a los cristianos corrientes que han de santificarse y hacer apostolado en medio del mundo, a través del trabajo y de las demás circunstancias de la vida ordinaria:

«La espiritualidad del Opus Dei se apoya, como la puerta en el quicio, en el trabajo profesional ejercido en medio del mundo. Sin vocación profesional, no se puede venir al Opus Dei (...), porque nuestra vida puede resumirse diciendo que hemos de santificar la profesión, santificarnos en la profesión, y santificar con la profesión»⁴⁶.

Santificar el trabajo significa realizarlo por Dios, con el único afán de agradar al Señor, sin miras humanas. Exige, naturalmente, la honradez, el cultivo de las virtudes cristianas y deseos de servir a los demás. Y también lleva a una conclusión, tantas veces subrayada por san Josemaría:

«Esta doctrina (...) os ha de llevar a realizar vuestro trabajo con perfección, a amar a Dios y a los hombres al poner amor en las cosas pequeñas de vuestra jornada habitual, descubriendo ese algo divino que en los detalles se encierra. ¡Qué bien cuadran aquí aquellos versos del poeta de Castilla!: Despacito, y buena letra: / el hacer las cosas bien / importa más que el hacerlas»⁴⁷.

A Dios no se le debe ofrecer un trabajo defectuoso, chapucero; en la medida de las posibilidades de cada uno, ha de estar bien realizado, acabado con perfección.

En Camino se encuentran numerosos ecos de esta doctrina. Por ejemplo, el punto 815: «¿Quieres de verdad ser santo? —Cumple el pequeño deber de cada momento: haz lo que debes y estás en lo que haces». O el siguiente: «Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas».

San Josemaría enseña que el trabajo realizado de este modo, es decir con amor, se convierte en oración: «Sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. —Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras que te disponen a recibir la gracia de la otra labor —grande, ancha y honda— con que sueñas»⁴⁸.

Una consecuencia de la rectitud de intención —visión sobrenatural— en el ejercicio de la propia profesión u oficio, es la alegría. Así lo enseña el Papa Francisco: «También recuerdo la genuina alegría de aquellos que, aun en medio de grandes compromisos profesionales, han sabido conservar un corazón creyente, desprendido y sencillo»⁴⁹.

* * *

El catedrático de Filosofía Rafael Alvira, escribió hace años un artículo sobre el trabajo en Camino. Comenzaba aclarando que él había meditado este libro desde su niñez. Fue el primer escrito que conoció del Fundador del Opus Dei.

Con la perspectiva de los años y de sus conocimientos metafísicos y teológicos, el profesor Alvira señala que la doctrina de san Josemaría «acerca del trabajo, tan profunda y universal, aparece ya —en lo esencial— condensada a lo largo de las páginas de ese libro, hoy ya un clásico».

Después, hace un profundo análisis sobre esa doctrina, del que procede el siguiente párrafo:

«La unión amorosa no es una mera unión, identidad, sino que es más bien un encuentro, un diálogo. Si lo propio de este mundo es el esfuerzo —trabajo— por la unión con lo que deseamos, el trabajo es lo que nos facilita esa unión, ese diálogo: más aún, él mismo es diálogo. Trabajar —actuar con esfuerzo amoroso— continuamente en lo ordinario —en la profesión, en la familia, en la vida social— es, de este modo, dialogar continuamente con Dios (“sine intermissione orate”) en y a través de esas acciones cotidianas.

Por eso, es característico de Mons. Escrivá el afirmar la indistinción entre trabajo y oración (cfr. Camino, nn. 335, 359, etc.). Esto no ha de ser entendido como una invitación a no desarrollar una oración en forma de “rezo”, como si, al ser el trabajo ordinario oración, ya no hiciera falta rezar. No.

El recto deseo del mundo va unido al deseo de Dios, y eso significa que se busca igualmente un tiempo —con el trabajo esforzado correspondiente— para hablar “inmediatamente” con Dios.

No se trata, en resumen, de convertir la oración en trabajo —dejando así de rezar—, sino —justamente al contrario— de convertir el trabajo en oración. Lo prime-

ro es materialismo, recubierto con la etiqueta de “progresismo social”. Lo segundo es consagración del mundo»50.

* * *

Uno de los puntos de Camino mencionados por el prof. Alvira, el n. 335, ha causado profunda impresión en numerosos lectores. Por ejemplo, en Ivor, estudiante universitario de Estonia:

«Fui bautizado a los 19 años, en el último curso de escuela secundaria. Llevo muy poco tiempo siendo católico. Como soy joven, lo primero que me sorprendió de la enseñanza de san Josemaría fue lo normal y, a la vez, lo atractivo de sus consejos.

Por lo general, en la escuela me habían explicado que la doctrina católica era algo anticuado, pero lo que encontré en Camino fue completamente diferente.

Con el tiempo me voy dando cuenta de lo exigentes que son esos pensamientos, que cada vez llaman más fuerte a mi conciencia. Esta exigencia me ha ayudado también a desarrollar mi amor por Cristo y por la doctrina de la Iglesia. La familiaridad con las reflexiones de Camino me ha cambiado de manera significativa y, a menudo, pienso agradecido en la oración qué sería de mí si no hubiera tenido un santo al que seguir.

Si en un principio sentía solamente un gran respeto hacia san Josemaría, con el correr de los años me he dado cada vez más cuenta de cómo en las diversas incidencias y situaciones de la vida, Cristo trata de hablarme a través de sus enseñanzas.

Empecé a acudir al Centro del Opus Dei principalmente por motivos de amistad, y al principio no me tomé demasiado en serio la llamada a la santidad.

Pero en mi vida, a pesar de mi juventud, ha habido ya acontecimientos en los que Dios ha intervenido de una manera directísima, más allá de cualquier explicación lógica.

Donde más me ha influido la enseñanza de san Josemaría es en mis estudios en la universidad, pues gracias a él he comprendido que: “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración” (n. 335).

Pienso que al principio no era capaz de comprender el contenido de ese punto. Estaba convencido de que dedicando mucho tiempo a realizar un trabajo “profesional”, aunque eso conllevara descuidar mis estudios, me comportaba de manera responsable, madura y podía ser de mayor utilidad a mí mismo y a los demás.

Pero ahora entiendo que es justamente a la hora de estudiar cuando siento más cercana la presencia de Dios, que me invita a realizar ese pequeño sacrificio, a comportarme de modo responsable con ese examen o ese trabajo que me resultan aburridos, a aprovechar esa hora libre, para ayudar a los amigos».

* * *

Lo mismo señala una estudiante filipina, Maria Elizabeth:

«Yo tenía doce o trece años cuando me encontré por primera vez con The Way. A mi hermana y a mí nos encantaba coleccionar y leer libros, y desde que entró a formar parte de nuestra biblioteca, incluso antes de haberlo leído de principio a fin, supe que se trataba de un tesoro.

Mi hermana descubrió y compró The Way en la librería de nuestro campus universitario. Me mostró feliz el pequeño libro, y yo inmediatamente lo exploré e incluso leí algunos puntos. El primero me dejó un impacto profundo (“Que tu vida no sea una vida estéril...”). Comprendí que The Way me iba a ayudar a mejorar mi vida, aunque —a decir verdad— en aquel momento yo no tenía ninguna prisa.

Años después, mi hermana comenzó a frecuentar un centro del Opus Dei y me invitó a mí conocerlo. Nuestros descubrimientos sobre la riqueza de la formación cristiana y las actividades divertidas que el centro ofrecía llegaron como en oleadas. Además de impresionadas por la belleza del oratorio, mi hermana y yo nos sentimos atraídas por una vitrina donde se mostraban libros a la venta.

Adquirimos algunos volúmenes para la biblioteca de nuestra casa, y entre ellos había un nuevo ejemplar de The Way. Aprendí a hacer oración mental, y a reflexionar más hondamente sobre The Way. El punto que más me sorprendió en aquel momento fue el 335: “Una hora de estudio, para un apóstol moderno, es una hora de oración”».

* * *

Camino ayuda a los estudiantes a santificar el estudio, y a cualquier trabajador a santificar su profesión, manual o intelectual.

Jaime es conductor de autobús; nació en un pequeño pueblo de Castilla, y desde joven sintió que Dios esperaba algo de él, aunque le costó bastantes años descubrir qué era en concreto:

«Fui hijo único. A los catorce años sentí que Dios me llamaba a algo más, pero la negativa de mi padre fue rotunda. Los caminos de Dios son inescrutables, y al año siguiente papá falleció.

Como yo seguía con mis inquietudes, volví a plantearle el tema a mi madre, que me dio libertad para hacer lo que yo viera. Sin embargo, a partir de aquel día no paraba de llorar junto con su hermana, que había venido a vivir con nosotros. Al preguntarles la razón, me dijeron que les apenaba mucho quedarse solas.

Me pareció que era la respuesta de Dios de que no era el camino que quería para mí, y me quedé definitivamente con mi madre en el pueblo, asumiendo un cristianismo que yo entendía de segunda categoría.

Los años siguientes hice unos cursos de mecánica del automóvil, empecé a trabajar en un taller y a salir con la chica más guapa del pueblo, con la que me casé felizmente al cabo de un tiempo.

Algunos paisanos habían emigrado a Madrid y me llegó la noticia de que allí se

necesitaban mecánicos en una compañía de autobuses. Las condiciones eran buenas, así que nos trasladamos a vivir a la capital y empecé a trabajar en los talleres de esa compañía. Yo seguía yendo a Misa los domingos, pero poco más.

Pasaron los años. La empresa fue comprada por otra mayor. Pensé que en ese tipo de fusiones, siempre sobra gente, así que para aumentar mis opciones, me saqué el carnet necesario para llevar autobuses. En efecto, en la reestructuración de la empresa, pasé a ser conductor de autobús.

En ese puesto, todos rotamos en los turnos de mañana, tarde o noche, el de descanso y servicio de fines de semana, y también en los recorridos que nos asignan.

Un día, una viajera me ofreció una estampa de san Josemaría. Se lo agradecí y la guardé sin demasiado interés. Pasaron las jornadas, los turnos, los recorridos... Al cabo de unas semanas volvió a subir aquella señora y me preguntó si había rezado la estampa. Tuve que decirle la verdad: no me había acordado. Me volvió a recomendar que la usara para pedir a Dios por mis necesidades.

Al llegar a casa la saqué y la recé por primera vez. Me llamaron la atención el texto de la oración y la breve biografía de san Josemaría impresa en el reverso, y volví a usarla otros días más.

Pasaron las semanas, y de nuevo subió a mi autobús aquella persona. Con alivio, pude decirle que sí había rezado la estampa. Entonces sacó de su bolsillo un ejemplar de Camino y me dijo: pues léase este libro, que le hará mucho bien.

Al terminar mi servicio volví a casa y empecé a leerlo. El mensaje que contenía era desconocido para mí, y me impresionó profundamente: ¡yo podía ser santo con mi mujer e hijos, y conduciendo mi autobús! Tardé poco en leer todo el libro, y ahora era yo el que buscaba con impaciencia entre los pasajeros que subían a mi autobús.

Funcionó la estadística y al cabo de unas semanas volvió a subir la señora. Pude decirle que me había entusiasmado Camino, a lo que ella respondió sacando del bolso otro libro de san Josemaría, que también me prestó, y más adelante una biografía. Mi alegría y asombro con lo que leía iba en aumento.

Me puso en contacto con un centro de la Obra, y empecé a acudir a los medios de formación cristiana. No tardé en ir a un curso de retiro, donde vi con claridad cómo Dios me había llevado de la mano por mi vida, me había llevado en su autobús, hasta mostrarme cuál era su voluntad para conmigo. Poco después pedí la admisión en la Obra.

Desde entonces procuro ver a Dios en todos mis pasajeros, conducir y tratarlos con una sonrisa, aunque a veces, alguno por su comportamiento parezca que no se lo merece».

* * *

El siguiente testimonio reúne las características de un acta notarial. Es compren-

sible que sea así, porque el autor es un notario madrileño. Afirma que son muchas las consideraciones que cabría exponer acerca de Camino, pero se centrará sólo «en las que más me han hecho reflexionar y han influido en mi vida». Entre éstas, reproducimos sólo la primera, que es:

«El trabajo como camino de santificación y de salvación: buscar la santificación en el trabajo, del trabajo y de los demás por el trabajo (el trabajo como apostolado); efectuar el trabajo inspirado por el Espíritu Santo, quien al otorgar su gracia a quienes le sirven fielmente y por vocación (y no por dinero, cfr. Evangelio de Lucas capítulo 16, versículo 13) da seguridad y eficacia en la realización de las tareas; tener mucho cuidado y responsabilidad por las cosas pequeñas (porque quien es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y quien es injusto en lo poco, también es injusto en lo mucho —Lucas 16, 10—); acabar la tarea, ladrillo a ladrillo; procurar tener un crucifijo en el despacho del trabajo; no dejar de estudiar, de adquirir sabiduría, para poder hacer siempre bien el trabajo; estar alerta, velar, no despilfarrar los talentos que Dios nos da; no caer en la tibieza laboral: escurrir el bulto, irse cuanto antes, llegar tarde al trabajo, no profundizar lo necesario, no querer hacer los trabajos pesados, no tener amabilidad ni paciencia con el prójimo, no perdonar los errores de tus colaboradores, no fijarte bien en lo que haces, no colaborar con tus empleados codo a codo en la trinchera de tu batalla laboral diaria, no dar ejemplo ...; tener humildad, espíritu de servicio y sacrificio; el trabajo como oración misma que conduce a la gracia (cfr. el número 825 de Camino); rezar, rezar mucho, persistentemente para que no te falte el trabajo y no le falte el trabajo a tus compañeros ni a los demás, para no incurrir en errores, para hacerlo bien y ayudar y servir a los demás, para que tus colaboradores hagan bien su trabajo, para que les vaya bien en su vida y Dios les proteja a ellos y a sus familiares».

* * *

«La santificación del trabajo ordinario son palabras fascinantes», asevera Monique, australiana. Y añade:

«Intenté explicárselas a Lilie, una colega cristiana: poner a Dios en todo lo que realizamos, haciéndolo con amor; ofreciendo las tareas difíciles y también las fáciles. “¿Para quién es nuestro trabajo si no es para Dios?”, le pregunté.

Le subrayé que el trabajo no es simplemente un método para ganar dinero, o para poner comida en la mesa para la familia, o para poder irse de vacaciones. No es sólo cuestión de eficacia técnica —querer ser la mejor—; ni tampoco es asunto para soportar, esperando el fin de semana.

Lilie parecía estar interesada en este concepto de santificar el trabajo y por tanto seguí hablando, contándole que Dios quiere estar con nosotras en nuestro trabajo, pero sólo nosotras podemos descubrirle allí. Aunque a veces cueste encontrar el sentido divino de nuestro trabajo, Dios nos está esperando en estas tareas.

Seguía hablando sobre cómo podemos convertir nuestro trabajo en oración has-

ta que le aseguré, parafraseando el n. 335 de Camino que “una hora de trabajo, para un apóstol moderno, es una hora de oración”.

Al oír esta frase, Lilie me paró de repente y me preguntó: “¿Quién te ha enseñado estas cosas? ¿En qué libro lo has leído? ¿Dónde has escuchado esas ideas?”

Estaba impactada, tanto como yo misma, por la fuerza de su reacción. Para mí, la santificación del trabajo resulta algo obvio, pero quizá lo doy por supuesto. Luego, hablé a Lilie de san Josemaría y de Camino, prometiéndole que le conseguiría un ejemplar.

La siguiente vez que Lilie me vio trabajando en la oficina, se paró y me dijo en voz baja, para que solo yo pudiera escuchar: “Es todo para Él”.

* * *

Algunas personas se sirven de Camino como texto de consulta para afrontar las situaciones corrientes y variadas de la vida; por ejemplo, las que se presentan, cada día, en el trabajo ordinario. ¿Qué me aconsejaría san Josemaría en este caso? ¿Cómo actuaría en esta situación? Y buscan la respuesta entre las páginas del libro. Es lo que hace Fernando Pedro, en Albacete (España):

«Camino, se cruzó en mi camino, hace 33 años, en el año 1980, tenía yo entonces 17. Un sacerdote, en una de las largas charlas que manteníamos con cierta frecuencia y periodicidad —con el tiempo entendí lo que era la dirección espiritual—, me recomendó ese librito y me recomendó varias maneras de “utilizarlo”.

Ciertamente no es un libro convencional. Yo creo que no se debe leer de corrido, capítulo tras capítulo; aunque, evidentemente se puede hacer así.

En estos años he “utilizado” Camino de diferentes formas. En épocas, cada día, era una sección la que poco a poco desgranaba y era eje de la oración personal. Otros días en que parecía estar “seco”, en que no conseguía la concentración suficiente, quizá leyendo más de corrido algunos puntos conseguía centrarme y, poco a poco, en más concentración entrar en intimidad con Nuestro Señor y hablarle de mis cosas y sus cosas, darle gracias y pedir por tantas necesidades.

Otras veces, de forma aleatoria, abría por cualquier página y cualquier reflexión servía para iniciar esos momentos de recogimiento.

En no pocas ocasiones buscaba en concreto un “tema” para meditar y verme a mí en presencia de Dios, cómo soy y actúo, y cómo debería ser y actuar.

Siempre ha estado cerca, en la mesita de noche muchos años y en el cajón de la mesa de trabajo, en mi despacho estos últimos. También en el trabajo encontré un buen uso. En momentos de ofuscación, de toma de decisiones, de conflictos, de necesidades, de agradecimientos y/o dudas, abría el libro y buscando los puntos que necesitaba en ese momento o dejando que el Espíritu Santo trabajara, me recogía unos minutos, en el trabajo, en mi despacho, para meditar un poco.

En definitiva, echando la vista atrás, siempre he tenido cerca Camino. Y ahora, al pensarlo un poco, creo que siempre, de alguna manera, ha servido para centrar y

formar mi carácter, y para sedimentar y forjar mi vida espiritual.

Me ha hecho caer en la cuenta de tantos aspectos que pulir de mi personalidad y carácter, de tantas faltas e imperfecciones, de tantos motivos de acción de gracias».

* * *

San Josemaría es muy exigente al hablar de la santificación del trabajo. No es “manía”, ni obsesión de perfección humana. Es deseo de imitar a Cristo. Es la convicción de que a Dios no se pueden ofrecer chapuzas o tareas mal realizadas, por desidia o pereza. Así se declara en el n. 356 de Camino: «No me explico que te llates cristiano y tengas esa vida de vago inútil. —¿Olvidas la vida de trabajo de Cristo?».

Como consecuencia de este “postulado”, se entiende en su sentido más hondo el contenido de otros puntos, dirigidos más específicamente a estudiantes, como los números 332, 336 y 337:

«Al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea»;

«Si has de servir a Dios con tu inteligencia, para ti estudiar es una obligación grave»;

«Frecuentas los Sacramentos, haces oración, eres casto... y no estudias... — No me digas que eres bueno: eres solamente bondadoso».

Gracias a un punto de Camino, Paulin, un universitario camerunés, comprendió que, a pesar de su buena voluntad, en un momento determinado de su vida su conducta estaba siendo equivocada:

«Durante mis estudios universitarios, sentí un gran deseo de profundizar en mi conocimiento de la doctrina cristiana. Para eso, después de las clases en la Universidad empecé a dedicar el resto de mi tiempo a la lectura de libros de espiritualidad.

Estaba tan metido en esa tarea que empecé a abandonar el estudio. Era una actitud equivocada, pero entonces no me daba cuenta. Así las cosas, me topé con el número 334 de Chemin:

“Oras, te mortificas, trabajas en mil cosas de apostolado..., pero no estudias. — No sirves entonces si no cambias.

El estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros”.

Lo medité sinceramente y me di cuenta de que san Josemaría se dirigía a mí. Comprendí que tenía que santificar todos los momentos y circunstancias de mi vida.

Desde entonces, ese punto de Chemin se ha convertido también en un elemento de apostolado personal: aprovechando que mi operador telefónico ofrece mensajes gratuitos, envié a mis amigos, a mis hermanos y a mis hermanas “el punto”.

Enseguida empecé a recibir sus reacciones: —“Hermano, ¿de dónde has sacado esta inspiración?”. —“Te lo agradezco, eres verdaderamente un amigo”. —“Yo

no conseguía compaginar los dos aspectos; has sido mi salvación: ahora lo comprendo todo”. —“¿Qué has hecho para saber eso?”».

EN FAMILIA

La familia es el ambiente natural de contagio. Si papá es un apasionado pescador, probablemente alguno de sus hijos lo será también; y todos, en cualquier caso, verán la pesca con simpatía. Si un hijo comienza a amar la música clásica, es probable que toda la casa termine escuchándola con gusto. Si la niña coge la gripe, otros se contagiarán sin remedio. Si uno ha sufrido una desgracia, será difícil que los demás muestren alegría.

Y así en la fe. Dejando claro que la fe es un don de Dios, la vida cristiana sencilla y alegre en familia predispone a aceptarla y vivirla. Así lo enseña la Iglesia cuando afirma que los padres son los primeros e insustituibles educadores y que la familia es una «iglesia doméstica», donde se aprenden “por contagio” las virtudes cristianas⁵¹.

Escribía san Josemaría:

«Al pensar en los hogares cristianos, me gusta imaginarlos luminosos y alegres, como fue el de la Sagrada Familia (...). Que la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, escribe el apóstol. La paz de sabernos amados por nuestro Padre Dios, incorporados a Cristo, protegidos por la Virgen Santa María, amparados por san José. Esa es la gran luz que ilumina nuestras vidas y que, entre las dificultades y miserias personales, nos impulsa a proseguir adelante animosos. Cada hogar cristiano debería ser un remanso de serenidad, en el que, por encima de las pequeñas contradicciones diarias, se percibiera un cariño hondo y sincero, una tranquilidad profunda, fruto de una fe real y vivida»⁵².

* * *

Cuando éramos niños, llamar “acusica” a un hermano constituía una “ofensa grave”; siempre a nivel infantil, se entiende. Isabela vive en Friburgo. Nos confiesa su temprana curiosidad por Camino, y cómo su padre resolvió con sentido común y sabiduría práctica, un “conflicto” familiar.

«Mi padre había conocido al Fundador del Opus Dei en Madrid, durante sus años de estudiante. Camino estaba en su biblioteca en diferentes idiomas y formatos, y había uno siempre en su mesilla de noche.

En cuanto sus hijos llegábamos a los 12 años, nos regalaba un ejemplar de bolsillo. Yo soy la tercera de sus hijos. Un día encontré Camino en la mesilla de uno de mis hermanos mayores y me puse a hojearlo. Mi hermano me sorprendió, se enfadó conmigo y me amenazó con decírselo a nuestro padre. Dicho y hecho: corrió al despacho, y yo detrás de él sin imaginarme qué podría haber hecho tan mal. Le oí acusarme:

—Isabela ha leído Camino.

—¿Y qué?, respondió papá sorprendido.

—¡Que no es para niñas!

Mi padre parecía divertido.

—¿Y por qué no?

—No es para niñas, porque aquí dice:

“Sé varón —‘esto vir!’”⁵³.

Se había aprendido de memoria hasta la frase en latín. Mi padre no pudo reprimir una gran carcajada».

* * *

Silvina escribe desde Buenos Aires:

«Yo debía de tener entonces 12 años. Dormía en la misma habitación con mis dos hermanas mayores. Un buen día una de ellas trajo un “librito chiquito de pensamientos” que le había hecho mucho bien en un curso de retiro. Era Camino. Nos sugirió leer todas las noches dos o tres puntos. Cada una leía en voz alta un punto y luego hacíamos un ratito de silencio para “la aplicación personal”. Fue así como aprendí a hacer oración mental. Desde entonces no dejé de utilizarlo.

En el verano de 1984 me encontraba con mi familia en la costa. Mi madre se disponía a ir a Misa una mañana entre semana y a mí, aunque me costaba renunciar por un tiempo a la playa, me dio pena que fuera sola y la acompañé.

En la homilía, que duró solo cinco minutos, el sacerdote relacionó el pasaje del Evangelio con un punto de Camino que dice: “Cuando te acercas al Sagrario piensa que ¡Él!... te espera desde hace veinte siglos”⁵⁴.

Fue el mayor cimbronazo que había sentido en mi vida. Me hizo pensar cuál había sido mi respuesta a tanta generosidad de Dios conmigo, y en aquel momento intuí que el Señor me invitaba a darle mi vida entera. A fin de aquel año ya había tomado la decisión de entregarme».

* * *

Carla Rosa reside en San José de Costa Rica pero es brasileña. Así recuerda su encuentro con Caminho:

«Con mi hermana gemela, somos las menores de una familia de cuatro hermanos. Mis padres siempre respetaron mucho la libertad de cada uno y así nos lo enseñaron. En nuestra sala de estar había un cesto para revistas y periódicos, que mi madre se ocupaba de vaciar cuando estaba lleno. Yo nunca tuve interés por el contenido del canasto.

Cuando se hizo una remodelación de la sala, el cesto fue a parar a una habitación del fondo del jardín, que tenía varios usos, entre ellos el de sala de juegos.

Un día en que estaba ordenando aquella estancia descubrí dentro del cesto un pequeño libro que me llamó la atención. Se llamaba Caminho. Tenía yo trece años.

Desde el principio me gustó su organización por puntos, sus palabras tan diferen-

tes para mí, pues era una edición hecha en Portugal, con una lengua un tanto distinta de la que hablamos en Brasil.

—Mamá, ¿de quién es este libro?

—No sé, alguien lo regaló a papá, me respondió sin fijarse mucho.

Allí quedó todo.

Pasaron tres años. Mi hermana y yo comenzamos a frecuentar un centro de la Obra, con una amiga nuestra del colegio. Asistimos a una promoción rural en una ciudad cercana al santuario de la Aparecida, donde acudíamos diariamente a la Misa.

Un día, en el trayecto en autobús, una chica me invitó a hacer un rato de oración para prepararnos a recibir al Señor. Y para mi sorpresa sacó de la bolsa Caminho. No dije nada, pero estaba muy sorprendida.

Disfruté mucho aquellos días y me gustaron las enseñanzas de san Josemaría. El librito encontrado en el cesto pasó a ser de mi propiedad y lo usé desde entonces con constancia.

Años más tarde, cuando ya vivía en un centro de la Obra, pedí oraciones para que mis padres se acercasen un poco más a Dios. El sacerdote me preguntó por sus nombres y, otra vez para mi sorpresa, me contó:

—Conocí a tu padre con unas gemelas de dos años en brazos. Ayudó mucho en los comienzos de la Obra en São José dos Campos...

Es mi ciudad de origen. Me faltó tiempo para contar a mi padre aquel descubrimiento. Por supuesto vino al centro, saludó con gran alegría al sacerdote y se acercó a los sacramentos.

Hoy papá está en el Cielo y tengo la seguridad de que agradece a san Josemaría la vocación de mi hermana y la mía, y el que sigamos usando aquel librito olvidado en el cesto».

* * *

Las ideas cristianas, la práctica cristiana y la literatura cristiana forman parte natural de la vida familiar, cuando se vive “en concreto” la fe. Es indicador el recuerdo de don Andrea, sacerdote del Opus Dei, que vive en Milán como toda su numerosa familia.

«De niño veía a mi madre sentada en el sillón de su cuarto, en algún momento tranquilo de la tarde, en silencio y penumbra, porque sufría fuertes dolores de cabeza. A veces, tenía en sus manos un libro con un ángel dibujado en la cubierta, blanca y verde. Más tarde tuve ocasión de descubrir que era una de las primeras ediciones italianas de Cammino.

En 1967 mi madre sugirió a mi hermano Stefano y a mí, que teníamos respectivamente 13 y 12 años, participar en una reunión de chicos de nuestra edad en casa de una amiga suya que quería dar vida a un club para muchachos. Ante mi sorpresa, acudimos por lo menos cien chicos. Aquella multitud estaba “gobernada”

por un solo preceptor llamado Robin, que nos llevó a jugar un partido de fútbol en los jardines públicos. (...)

Comencé a frecuentar aquel club de muchachos. Como parte del programa formativo, teníamos charlas de ascética y de catequesis. Los educadores citaban con frecuencia algunos puntos de Cammino en los medios de formación.

Recuerdo una excursión al monte —al paso Sella— con uno de ellos, llamado Leo. Cuando llegamos a la cima, nos propuso: —¿Hacemos un rato de oración? Sacó de su bolsillo un ejemplar de Cammino, y leímos algunos puntos con intervalos de silencio para la meditación, mientras mirábamos el panorama de las Dolomitas al atardecer. Así aprendimos a hacer oración, mis amigos y yo, con Cammino.

Era la época en que los estudiantes revoltosos acudían a las manifestaciones callejeras empuñando el libro rojo de Mao Tse Tung. Aunque totalmente en otro sentido, los socios de aquel club juvenil, en cambio, estábamos orgullosos de aquel libro de bolsillo de color amaranto.

Nos sentíamos muy alternativos y al mismo tiempo revolucionarios, a nuestra manera, cuando proponíamos a un amigo hacer oración leyendo algún punto del Evangelio y después algún punto de Cammino que ilustraba el Evangelio.

Me impresionaron hondamente los párrafos sobre la oración, que animaban a comenzar un diálogo con Dios, personal e íntimo, que se podía hacer en cualquier lugar, también en medio de la calle, o en la cima de un monte, o sentado en el autobús que nos llevaba al colegio.

Pedí la admisión en el Opus Dei a los 18 años, cuando estaba en el último año de enseñanza secundaria. En 1973, hicimos un viaje de tres días a Roma y fuimos recibidos por san Josemaría, que entonces era mons. Escrivá. Yo le hice una pregunta: ya que había pedido la admisión el día antes, cómo podía asimilar bien el espíritu de la Obra. Mirándome con cariño, me dijo que había escrito un pequeño libro en 1934, que se llamaba Camino; que lo leyese, porque allí encontraría todo.

Muchos años más tarde, mi madre me contó que toda la historia había empezado precisamente con aquel libro, Cammino. Un sacerdote ambrosiano, don Silvio C., que en los años 50 estaba en la parroquia de origen de mis padres, dónde se habían conocido y donde se habían casado, entregó un ejemplar de Cammino a una tía, con el consejo de que conociera a unas mujeres del Opus Dei, que había llegado a Milán hacía poco. Así lo hizo. Ella habló a mi madre y le pasó el libro. También mamá conoció a aquellas señoras y las acogió en su propia casa. Pidió la admisión en 1957, cuando mi hermano Stefano tenía dos años y medio y yo un año y pocos meses. Muy pronto también papá empezó a frecuentar las actividades formativas.

Desde que fui ordenado sacerdote, y porque el ministerio me lleva a predicar muchas meditaciones, los puntos de Cammino afloran frecuentemente cuando, al meditar la Sagrada Escritura o la liturgia, quiero sugerir alguna aplicación práctica.

Me he preguntado muchas veces si aquel ejemplar de Cammino que el párroco había regalado a mi madre lo había recibido a su vez del beato cardenal Schuster, porque se sabe que solía regalarlo a los sacerdotes»55.

* * *

María Eugenia, de Lima, recuerda que, cuando era niña, veía un ejemplar de Camino en la biblioteca de sus papás. Le llamaba la atención porque era un libro de formato pequeño, y se veía que estaba bastante usado. Por aquella época no lo abrió.

«A los 18 años —sigue diciéndonos—, hice un viaje a Estados Unidos. Era el típico viaje work & travel, para trabajar y viajar durante tres meses. Una amiga me había prestado un libro, que me gustó porque era pequeño y cabía en cualquier sitio de la maleta. Se titulaba Surco y el autor era san Josemaría Escrivá de Balaguer. Lo leía de vez en cuando.

Durante el viaje “se me ocurrió” que Dios me pedía algo. Al volver, acudí a aquella amiga mía para confiarle mi inquietud. Me sugirió que rezara y se lo preguntara a Jesús en la oración. El problema era que yo no sabía exactamente cómo era eso de la oración. Me mostró Camino. Rápidamente, me acordé de que mi papá tenía uno igual, pero más pequeño y con una tapa anaranjada.

Al llegar a casa, sin pensarlo dos veces, lo cogí de la biblioteca familiar y le pugué un post-it que decía: “Domine, ut videam”, pues mi amiga me había recomendado repetir esa jaculatoria muchas veces. Con Camino empecé a hacer oración. Vi con claridad la llamada de Dios y pedí la admisión en el Opus Dei.

Semanas después, me di cuenta de que mi papá buscaba el librito. Cuando le dije que lo tenía yo, me lo regaló. Ahora, cada vez que quiero enseñar a alguna amiga a hacer la oración, no dudo en presentarle Camino».

* * *

Mons. Eladio Vicuña, que fue arzobispo de Puerto Montt (Chile), ofrecía en el diario El Mercurio, de Valparaíso, en 1980, uno de esos testimonios que muestran cómo la lectura de Camino se ha entrelazado en miles de vidas, se clava en medio de la propia biografía como un aluvión poderoso de fe:

«El ejemplar que yo conservo —escribía—, con un valor afectivo sumamente especial, es el que mi madre tuvo a su lado hasta el momento de morir, después de haberlo usado y gastado por años, con mucho aprovechamiento espiritual, en su lectura y oración personal.

Y ya no sabría decir la cantidad de personas que conozco, cuyo descubrimiento de Jesucristo ha seguido los pasos de ese bien llamado Camino».

* * *

También Inma, una española afincada en Ámsterdam, rememora las “incursiones” que hacía, durante su infancia, a la biblioteca de su padre, a la búsqueda de libros interesantes.

La mayor parte de los volúmenes le resultaban aburridos, pero encontró uno que le atrajo una y otra vez:

«Los niños suelen ser curiosos y yo no era una excepción. Mi padre poseía una extensa biblioteca y los libros me atraían. Cuando se ausentaba, me metía en su despacho y empezaba a buscar y a mirar. La mayor parte de los libros eran muy gruesos y aburridos, una multitud de códigos y compilaciones jurídicas que me inspiraban solo mucho respeto.

Un día, descubrí en su mesa de trabajo algo que me llamó poderosamente la atención. Era un librito pequeño y recuerdo que pensé: “los libros pequeñitos son para niños pequeñitos, este es para mí”.

Se trataba de una edición de bolsillo de Camino, con tapas de tela, duras, de color coñac. Yo esperaba encontrar dibujos e historietas, pero al abrirlo me encontré con que solo tenía letra. ¡Vaya decepción!

De todos modos empecé a leer y me encontré con el primer punto: “Que tu vida no sea una vida estéril (...) —Y enciende todos los caminos de la tierra con el fuego de Cristo que llevas en el corazón”. Ni que decir tiene que no entendí mucho, que no entendí nada. Cerré el libro y salí del despacho esperando que mi padre no se diera cuenta de mis andanzas.

Sin embargo Camino me atraía, y cuando mi padre se marchaba solía volver a su despacho para ver el librito pequeñito.

No recuerdo cuánto tiempo seguí escapándome a su despacho. Lo que nunca olvidé fue aquel primer punto de Camino y cómo esas líneas han seguido ayudándome a lo largo de los años a mantener el fuego de Cristo en mi corazón».

* * *

En muchos hogares, Camino es como un miembro más de la familia. Es un libro con el que se dialoga, que se pasa de unos a otros, va de vacaciones con todos, consuela en los momentos de congoja y estimula en los de flojedad.

«Durante mi infancia», cuenta Lila Susana,

«íbamos de vacaciones a casa de los abuelos, en una ciudad pequeña a más de diez horas de distancia de San Luís Potosí. Recuerdo que mi abuela nos decía:

—Niños, vayan a ver qué les dice hoy Camino.

Entonces corríamos hasta el cuarto de mi abuela y abríamos el cajón del buró. Siempre me llamó la atención que el cajón estaba perfectamente ordenado y con pocas cosas. Entre esos objetos se encontraba un libro pequeño, forrado en piel de color verde, con hojas muy sutiles y el canto dorado. Llevaba el título en grandes letras doradas: CAMINO.

Mis hermanos y yo abríamos el libro en cualquier parte y leíamos un número. Ese era el mensaje para cada día. Camino siempre me decía algo que me agradaba. Un día me sorprendí mucho, pues leí:

“No olvides que eres... el depósito de la basura. —Por eso, si acaso el Jardinero

divino echa mano de ti, y te friega y te limpia... y te llena de magníficas flores... ni el aroma ni el color, que embellecen tu fealdad, han de ponerte orgulloso.

—Humíllate: ¿no sabes que eres el cacharro de los desperdicios?"56

Corrí a mi abuela para preguntarle por qué decía eso Camino, y me explicó algo sobre la humildad.

Aquel libro se guardaba como un tesoro. Con el tiempo, supe que lo había escrito san Josemaría y que un tío mío sacerdote —que conoció y convivió con san Josemaría— lo había regalado a mi abuela.

Ya de adolescente, cayó en mis manos un ejemplar de Camino. Vi con agrado que era el mismo libro que mi abuela nos hacía leer. Y con gran interés lo medité de principio a fin en poco tiempo. Con frecuencia lo utilizaba para hacer un rato de oración.

Y hoy día son muchos los puntos que, sin proponérmelo, me sé de memoria. Camino me ayudó a responder con generosidad a lo que Dios me pedía:

“No tengas espíritu pueblerino. —Agranda tu corazón, hasta que sea universal, ‘católico’.

No vuelas como un ave de corral, cuando puedes subir como las águilas”57.

“Voluntad. —Energía. —Ejemplo. —Lo que hay que hacer, se hace... Sin vacilar... Sin miramientos...

Sin esto, ni Cisneros hubiera sido Cisneros; ni Teresa de Ahumada, Santa Teresa...; ni Íñigo de Loyola, San Ignacio...

¡Dios y audacia! —‘Regnare Christum volumus!’”58.

Muchas veces he repetido a alguna amiga o compañera de trabajo el punto número 8 sobre la serenidad; o el 5, sobre aprender a decir que no. He sacado jaculatorias de alguno de los puntos y los he utilizado para preparar charlas de formación cristiana.

Definitivamente, Camino ha influido y sigue influyendo en mi vida. A pesar de que considero que he leído y leo muchos libros, con seguridad puedo afirmar que es el libro que más ha influido en mi vida».

* * *

Clotilde comienza sus recuerdos en el momento en que pidió la admisión en el Opus Dei:

«Por aquel entonces nadie de mi familia conocía el Opus Dei, o tenían solo una idea negativa y falsa. Pero cuando mis padres leyeron Chemin y otros libros de san Josemaría se llenaron de confianza en la Obra y se encomendaban a la intercesión del santo.

Mis hermanos, en cambio, seguían siendo críticos y desconfiados. Regalé Chemin a mi ahijado, hijo de una de mis hermanas, pero sin éxito.

Años más tarde, un cuñado mío tuvo tiempo para comprar y leer libros sobre la Obra y su fundador. Cambió de idea, reconociendo lo injusto que había sido.

Tiempo después, de paso en casa de mi hermana y de este cuñado, hablábamos de los libros que nos gustaban y que dábamos a conocer a otros. Entonces mi cuñado me dijo:

—Es como Chemin: siempre llevo cinco o seis ejemplares conmigo en mis viajes profesionales y los voy ofreciendo a las personas que encuentro, aunque las conozca desde hace poco».

* * *

Antonio nos narra unos episodios de la historia de una familia madrileña, con los aires literarios de un antiguo cronista:

«En los primeros años sesenta del pasado siglo, el matrimonio formado por el dueño de un balneario calificable de la belle époque, vástago de una estirpe de abolengo y patrimonio respetable, y una joven madrileña de la alta sociedad, en posesión de una hacienda que no tenía nada que envidiar a la de su marido, decidieron que sus hijos, aún muy jóvenes, deberían tener un preceptor durante las vacaciones veraniegas.

Pretendían que sus vástagos no interrumpieran su formación humana durante los meses del estío, que pasaban en buena parte en el balneario paterno. Comenzó así un desfile de mentores que, secundando las indicaciones y cercana supervisión de los padres, garantizaban un orden en la vida de los niños, que no tardarían en ser adolescentes y jóvenes.

La decisión y las personas elegidas resultaron un acierto. En el clima propio de unas termas de aquella época —todo un desafío para la imaginación actual—, aquellos jóvenes profesores no desentonaban; al mismo tiempo, ellos también aprovechaban las vacaciones, y además, se transformaron en un fermento para la pandilla formada por los hijos e hijas de quienes iban a tomar las aguas medicinales o a descansar sin más.

Con orden flexible, pero con orden, en la vida de aquellos muchachos, se sucedían el estudio, los idiomas, las excursiones, las representaciones teatrales, la música, también los bailes y fiestas. Pero todo, en un clima que permitía la conversación serena y la confidencia: esa comunicación tan indispensable para las búsquedas propias de esa edad, y sin excluir la vertiente religiosa, ni los amores platónicos, quizá hoy caídos en desuso. (...)

Y llegamos a un personaje clave: el tercer preceptor, que lo fue durante tres años, los de la adolescencia de los hijos varones. Este preceptor simultaneaba su tutela con las clases que los jóvenes recibían de una deliciosa catedrática de lengua francesa, señora ya mayor y amiga de la familia, que no desaprovechaba oportunidad para decir a sus alumnos veraniegos que “Dios era lo más importante”; y lo aseguraba esgrimiendo un sorprendente argumento de autoridad: los muchos años que había vivido en París. Los jóvenes no entendían la relación causa efecto, pero sin remedio suponían que la vida en París significaba una sabiduría

difícilmente asequible por otro camino.

Este tercer preceptor, el que más interesa para nuestro relato, resultó ser un seminarista de último curso, piadoso, músico, con notable talento escénico y muy educado. Con él surgió enseguida una notable amistad por parte de los jóvenes, y fue él quien, cierto día, les habló de un descubrimiento que había marcado su vida de un modo maravilloso..., pero sin desvelarles el descubrimiento. Aquel hombre joven y alegre, que además había decidido ser sacerdote, consiguió despertar un sano interés por su descubrimiento hasta que llegó el momento de la gran confidencia, ansiada ya por los adolescentes: ese descubrimiento había sido un libro; un libro pequeño, repleto de pensamientos que no se podían leer a la ligera, sino poco a poco, ¡sa-bo-re-án-do-os! El libro se llamaba Camino.

Y así entró Camino en la vida de aquella familia. Uno de los hijos, mi confidente, guardó como un tesoro el ejemplar que le regaló el preceptor, y empezó a leerlo, a desgranarlo con parsimonia. Su hermano y su hermana, no tardaron en hacer lo mismo. Mi informador terminó su lectura rodeado de un paisaje grandioso, durante un viaje programado por sus padres para que conocieran una zona de España. Pasarían los años y algunos puntos que le habían herido de modo especial, los recordaría impregnados del rumor de las olas del mar. (...)

El resultado de esas lecturas de Camino fue una petición a la que el preceptor respondió con una carta dirigida a un sacerdote del Opus Dei residente en Madrid, para que hiciera el favor de atender espiritualmente a esos hermanos durante el curso académico. Así comenzaron, cada uno por su cuenta, a tener dirección espiritual en distintos centros del Opus Dei, y a complicarse la vida en el mejor de los sentidos. Pero la historia sigue...

En el curso académico 1963-64, los dos hermanos se transformaron en caja de resonancia de Camino y de su autor, y el eco no tardó en llegar a los padres de la familia que nos ocupa y a otras familias amigas. Fueron no pocas personas las que descubrieron Camino y el espíritu que Dios regalaba al mundo mediante el Opus Dei, “viejo como el Evangelio y como el Evangelio nuevo”, en frase de su Fundador.

Aquel verano ya no hubo preceptor; los hijos sabían valerse y vivir una saludable autonomía. Pero apareció en escena cada quince días un personaje nuevo e inimaginable por parte de los padres. Se trataba de un sacerdote diocesano, socio de la sociedad sacerdotal de la Santa Cruz, simpático y correcto donde los hubiera, párroco de un pueblo relativamente próximo, que venía para “atender espiritualmente a los hijos porque tenían intención de ser del Opus Dei”. El deseo de los hijos de formar parte del Opus Dei lo conocían los padres, pero no imaginaban que implicara semejantes cuidados. (...)

Pasaron años y más años hasta nuestro hoy. ¿Qué fue, qué ha sido de esta novela tan similar, por otra parte, a otras? El resultado es que efectivamente Camino

trastocó todo en esa familia, pero habría que decir, como trastoca todo la aparición de un gran amor, del más grande amor. Ciertamente visto con perspectiva de lustros es evidente que Dios se sirvió de Camino para injertar una savia nueva en una estirpe que, como todas, no carecía de riesgos.

Los dos varones de esa familia hoy son sacerdotes del Opus Dei, la hermana también es de la Obra, como su marido, y tienen una familia muy numerosa, que lleva en sus venas la sangre de sus apellidos y también ese espíritu de Camino invitándoles a reconocer en sus vidas la llamada universal a la santidad.

Muy pocos años después, la madre de los jóvenes descubrió su vocación al Opus Dei, que también cundió entre sus amigas en Madrid y en pueblos de la comarca; en cuanto al padre de los protagonistas, debe de estar gozando en Dios su sí incondicional al amor divino que entró en su hogar sin pedir permiso para revolucionar su árbol genealógico y, eso sí, orientarlo hacia el cielo.

Y mi relator concluía de este modo nuestra última charla, pues la historia ocupó varios paseos campestres:

—“Sí, Camino, como dice san Josemaría en el inicio del libro, nos ha metido a muchos por caminos de oración y de Amor. Yo y toda mi familia estamos en deuda con san Josemaría”».

* * *

Otra mujer argentina, Carmen, y otro escenario protagonizado por una joven madre de familia.

«Tenía 19 años, estaba casada y con una hija pequeña, cuando una tía muy querida, que sabía que me gustaban los libros espirituales, me regaló mi primer ejemplar de Camino de tamaño bolsillo.

Este Camino permaneció muchos años, mientras crecía mi familia, en mi mesa de luz. Lo abría para leerlo de noche y de mañana porque me sentía ayudada en mi vida espiritual. Entonces no conocía ni tenía idea del Opus Dei.

Camino, pues, permaneció muchos años, entre pañales, mamaderas, llantos y risas de mis hijos. Mientras los chicos fueron creciendo, el libro iba cambiando de volumen pues algunas hojas fueron arrancadas y, en otras, quedaron trazos infantiles indelebles de lápices de colores.

Cuento esto porque creo que Camino entró naturalmente, como por ósmosis, en el alma de mis hijos».

* * *

En la homilía que lleva por título “El matrimonio, vocación cristiana”, san Josemaría afirma que «no se puede hablar del matrimonio sin pensar a la vez en la familia, que es el fruto y la continuación de lo que con el matrimonio se inicia. Una familia se compone no sólo del marido y de la mujer, sino también de los hijos y, en uno u otro grado, de los abuelos, de los otros parientes y de las empleadas del hogar. A todos ellos ha de llegar el calor entrañable, del que depende el ambiente fami-

lian»59.

Joanna, de Puerto Rico, nos cuenta una historia de cariño y amistad con su niñera:

«Recibí una solicitud de amistad en Facebook de una tal Luz L., que yo no conocía y que, como es prudente, rechacé.

Pero después me fijé bien en la foto y me di cuenta de que era ¡mi niñera!, que yo recordaba con otro nombre y apellido: como Lennie D., no como Luz L. Le escribí:

“¿Lennie, eres tú? No te reconocí por el apellido L.”.

“Llevo diecisiete años siendo “señora de L.”; desde que me casé. Me he enterado de que eres del Opus Dei y me da mucha alegría. ¿Me podrías ayudar a conseguir el libro Camino?

“Por supuesto. Dame tu dirección postal y te envío un ejemplar”.

Se lo mandé con estampas de san Josemaría y de Dora del Hoyo. Además, me había pedido que encomendara la situación económica de su familia.

Le escribí dándole las gracias por habernos cuidado de pequeñas a mis hermanas y a mí. Le conté que, al ver su foto, me acordé de cuando ella me enseñaba las tablas de multiplicar, pero que ahora había aprendido un modo nuevo y mejor de “sumar”:

“En las empresas de apostolado, está bien es un deber que consideres tus medios terrenos ($2 + 2 = 4$), pero no olvides ¡nunca! que has de contar, por fortuna, con otro sumando: Dios + $2 + 2$...”60.

Al poco tiempo me contestó con una carta que decía:

“Un millón de gracias, no sabes cuánto te lo agradezco. Cuando me fui de Puerto Rico traje el libro Camino conmigo, pero, no sé dónde fue a parar, y ¡me ha hecho tanta falta! Es mi libro favorito.

Siempre las tengo muy presentes en mi alma y en mi corazón, haberlas cuidado fue lo mejor que pudo haber sucedido en mi adolescencia. Eso y haber conocido el Opus Dei. Los caminos de la vida me han llevado por otros rumbos, pero siempre tengo presente la gran doctrina que recibí con tu mamá, a quien quiero tanto y los retiros espirituales a los que asistí.

De vez en cuando entro al Facebook de tu hermana para mirar la foto de cuando eran chiquitas. Gracias por el libro, no sabes la falta que me hacía. Ya lo comencé a usar y también gracias por las estampitas. Dámeles saludos a todos y recuerda... Dios + $2+2$...”».

* * *

Ahora, seis narraciones muy breves:

«Kristijan, estudiante de Economía, croata, hace su meditación a diario con Put, incluso se ha aprendido de memoria muchos puntos. En alguna ocasión, ha querido hacer una observación a su novia empleando algún punto de Put; pero ella le

contesta citando otro punto».

«Andrea, de Quito, regaló Camino a sus papás y les enseñó a hacer unos minutos de oración. Luego, ellos lo enseñaron a sus otros hijos; y ahora se levantan todos un poco más temprano para hacer juntos un rato de oración con Camino».

«A mediados de los años 70, en Buenos Aires, una mujer prestó un ejemplar de Camino a su padre. A raíz de la lectura, el papá volvió a practicar la fe. Era un hombre sencillo, con poca formación cultural, que enviudó tres veces y otras tantas se volvió a casar. Falleció un 26 de junio, fiesta de san Josemaría: ¡buena fecha para encomendarlo a su intercesión!»

«Un matrimonio conocido me contó hace poco que estuvieron invitados en una boda; cuando llegaron a la sala donde estaba preparado al almuerzo, vieron que cada invitado tenía como regalo un ejemplar de Camino con una dedicatoria; ¡fueron más de 60 personas invitadas!».

«Mi marido es católico, pero no entendía la importancia de asistir a Misa regularmente. Le regalé Chemin, lo leyó por curiosidad y ahora va a Misa todos los días».

«Cuando murió mi padre en 2011, mi hermano Paulo compró ciento cincuenta ejemplares de Caminho para distribuirlos en la Misa de funeral por su alma, seguro de que aquello haría feliz a nuestro padre. Y no tardaron en llegar las respuestas de personas que habían tomado decisiones serias para sus vidas leyendo el libro».

EDUCAR EN CRISTIANO

Ya se ha dicho —y “visto” en muchos de los relatos anteriores—, que Camino no es específico para algún ambiente social o cultural, o para alguna profesión u oficio determinados. Todo el mundo puede sacarle partido.

Pero es evidente que los educadores encuentran en este libro un arsenal de ideas, imágenes y actitudes para su trabajo.

San Josemaría expresó en muchos momentos, y de muchas maneras, las líneas maestras de lo que podríamos denominar su “pedagogía”, entendida no en el sentido de ciencia que se ocupa de la educación y la enseñanza, sino como arte de formar a las personas.

En su ya citada homilía “El matrimonio, vocación cristiana”, expone algunas de estas “ideas madre”:

«Los padres son los principales educadores de sus hijos, tanto en lo humano como en lo sobrenatural, y han de sentir la responsabilidad de esa misión, que exige de ellos comprensión, prudencia, saber enseñar y, sobre todo, saber querer; y poner empeño en dar buen ejemplo. No es camino acertado, para la educación, la imposición autoritaria y violenta. El ideal de los padres se concreta más bien en llegar a ser amigos de sus hijos: amigos a los que se confían las inquietudes, con quienes se consultan los problemas, de los que se espera una ayuda eficaz y

amable.

Es necesario que los padres encuentren tiempo para estar con sus hijos y hablar con ellos. Los hijos son lo más importante: más importante que los negocios, que el trabajo, que el descanso. En esas conversaciones conviene escucharles con atención, esforzarse por comprenderlos, saber reconocer la parte de verdad —o la verdad entera— que pueda haber en algunas de sus rebeldías. Y, al mismo tiempo, ayudarles a encauzar rectamente sus afanes e ilusiones, enseñarles a considerar las cosas y a razonar; no imponerles una conducta, sino mostrarles los motivos, sobrenaturales y humanos, que la aconsejan. En una palabra, respetar su libertad, ya que no hay verdadera educación sin responsabilidad personal, ni responsabilidad sin libertad»61.

El concepto de enseñanza que ofrece Camino no está limitado a los aspectos de la mera instrucción, de la transmisión de unos conocimientos científicos. El ideal es mucho más alto, porque es de rango cristiano; es decir, afecta a toda la persona: cuerpo y alma, potencias y sentidos. San Josemaría dirá que:

«No es suficiente que seas sabio, además de buen cristiano. —Si no corriges las maneras bruscas de tu carácter, si haces incompatibles tu celo y tu ciencia con la buena educación, no entiendo que puedas ser santo. —Y, si eres sabio, aunque lo seas, deberías estar amarrado a un pesebre, como un mulo»62.

En Camino se encuentran también frases específicas para los profesionales de la enseñanza, que muestran el alto concepto que san Josemaría tenía de quienes se dedican a esta noble tarea, y cómo concebía el ejercicio de su misión:

«Educador: el empeño innegable que pones en conocer y practicar el mejor método para que tus alumnos adquieran la ciencia terrena ponlo también en conocer y practicar la ascética cristiana, que es el único método para que ellos y tú seáis mejores»63.

Los siguientes relatos se enmarcan en el ámbito educativo: algunos están protagonizados por profesores; otros, por alumnos. En todos resulta patente, de un modo u otro, el influjo de Camino.

* * *

El escritor y columnista del “Nagasaki Shinbun” (Diario de Nagasaki), Toshimi Nakai, el 13 de marzo del 2001 escribía en la sección de libros:

«Mi primer encuentro con Michi tuvo lugar hace unos veinte años, cuando un compañero de universidad me recomendó su lectura. El inicio del primer punto dice:

“Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso. —Ilumina, con la luminaria de tu fe y de tu amor. (...)”.

Por aquel entonces yo no era católico y no entendí bien el significado de las palabras “fe” y “amor”, pero aquella frase me produjo un fuerte impacto que ha influido mucho en mi vida. Tiempo después, recibí el bautismo y ahora enseño en un cole-

gio católico.

En nuestra sociedad actual han surgido muchos problemas relacionados con la educación de los jóvenes. Se escucha con frecuencia que es muy necesaria la enseñanza de los valores del corazón para cultivar en ellos una actitud noble ante la vida.

Pienso que lo más importante, para poder dar a los jóvenes el alimento espiritual adecuado, es que tanto los padres como los educadores mismos adquieran y cultiven la vida interior.

Las consideraciones contenidas en Michi nos enseñan precisamente cuál es la actitud y disposición que los adultos deben tener para comunicar a los jóvenes la importancia de la vida.

Deseo y recomiendo sinceramente que no solo los católicos sino muchas otras personas —cuantas más mejor— lean este libro».

* * *

A don Juan Luis el afán de almas le ha llevado a residir, a lo largo de su vida, en Italia, Francia, Alemania y Suecia. Desde hace bastantes años, vive en Estocolmo. Conoció Camino cuando estudiaba en un colegio de Vizcaya (España). Así nos lo cuenta:

«Para que se comprenda la historia que voy a relatar, he de remontarme a los primeros años de mi vida. Nací en 1944 y crecí en una familia de bautizados, pero que no practicaban la fe. Mi padre procedía de lo que, en aquella época, algunos llamaban “la otra España”, es decir del ambiente liberal y anticlerical. Mi madre, procedía de una familia creyente, pero también había abandonado la práctica de la fe en su juventud.

Mi primera escolarización tuvo lugar en la escuela francesa de mi ciudad natal, Bilbao. En aquel centro educativo se seguía el sistema estatal francés, pero se daban clases de religión como en las demás escuelas. Allí me prepararon para la primera comunión, que hice la víspera de cumplir los 7 años. Por desgracia, aquel primer encuentro con la Santísima Eucaristía no dejó ninguna huella en mí.

Cuando tenía 8 años, mi familia se trasladó a Algorta (Guecho) y, como el trayecto hasta Bilbao resultaba demasiado largo, mis padres me inscribieron en un colegio privado que había comenzado a funcionar dos años antes, en 1951. Se trataba de Gaztelueta, el primer colegio promovido por el Opus Dei.

Lo que movió a mis padres a inscribirme allí fue, aparte de la cercanía física, el hecho de que no era obligatorio asistir a actos religiosos, como era el caso entonces en la gran mayoría de los colegios privados, llevados por congregaciones religiosas. Sí ofrecía una esmerada enseñanza religiosa y los miembros del cuerpo docente se esforzaban por vivir sinceramente la fe y las virtudes cristianas.

Precisamente el ejemplo de mis profesores y compañeros, además de lo que escuchaba en las clases de religión, me llevó a acercarme más a Dios al final del

segundo año de estancia en el colegio: comencé a asistir a la Misa dominical y a confesarme de vez en cuando. Eso sí, en el mes de mayo iba a Misa todos los días.

Durante el primer trimestre de los dos últimos años de la enseñanza secundaria, se ofrecía a los alumnos la posibilidad de participar en un curso de retiro espiritual, que consistía en unos días de reflexión, facilitada por unas meditaciones predicadas por un sacerdote y unas charlas de ascética cristiana dirigida por un laico. El que no quería asistir, tenía vacación esos días. Prácticamente todos los del curso solían hacerlo. Yo me apunté, no porque lo hicieran los demás, sino porque tenía verdaderas ganas.

Al poco de comenzar el retiro, cayó en mis manos Camino. Para mí era un libro desconocido, aunque supongo que alguien me explicaría que el autor era el fundador del Opus Dei. Yo sabía que Gaztelueta era una obra corporativa del Opus Dei, pero, de todas formas, por el clima familiar, estaba muy poco “situado” en el ambiente católico del país.

El efecto fue fulminante. Empecé por el primer punto..., y no me acosté hasta acabar el libro, que, a partir de entonces, ya nunca se separó de mí. Junto a la lectura de Camino, fue el descubrimiento “vivo” de la presencia sacramental de Jesús en el Sagrario, lo que cambió mi vida.

Después del curso de retiro empecé a visitar diariamente a Jesús Sacramentado, a hacer un rato de oración mental y a tener una dirección espiritual más profunda. Mi vida interior y mi intimidad con el Señor fueron creciendo. Una influencia decisiva tuvieron también desde el principio las conversaciones regulares con mi preceptor del colegio.

Al año siguiente repetí la experiencia del curso de retiro y empecé a asistir a una clase de formación cristiana; pocos meses antes de terminar el colegio, en abril de 1960, empecé a pedir al Señor la llamada al Opus Dei, para mí y para dos de mis mejores amigos, que, con el tiempo, también pedirían la admisión en la Obra».

* * *

La profesora M. enseñó en un colegio de Nagasaki, promovido por fieles del Opus Dei junto con otras personas. Recuerda que cuando era encargada del primer año de secundaria, cada mañana, antes de comenzar las clases, para tener un rato de reflexión y de oración todas juntas, leía un punto de Michi a las alumnas, precedido del Prólogo del autor: “Lee despacio estos consejos. Medita pausadamente estas consideraciones. Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre (...)”.

Y añade:

«Durante unos días un poco apretados de trabajo y de tiempo, dejé de leerles el punto de Michi. Y una alumna me preguntó:

—¿No lee ya Michi?

Y empezó a recitar de memoria el prólogo: “Lee despacio estos consejos...”.

Pronto se sumaron todas las demás chicas en voz alta, sonriendo orgullosamente.

Después de mucho tiempo, hablando con una de esas antiguas alumnas, ya mayor, me recordaba nuestra costumbre.

—Sí, sí, leíamos Michi cada mañana, con el prólogo: “Lee despacio...”. Aún lo sé de memoria».

* * *

Fidel estudió en un colegio que los Padres Escolapios tenían en Sevilla (España). Aquellos religiosos, para estimular el afán de mejorar de sus alumnos, periódicamente repartían unos “vales” entre los estudiantes que habían destacado en algún aspecto: estudio, buen comportamiento, deporte, etc.

Fidel conservó algunos de aquellos premios y, años después, «cuando conocí el Opus Dei me percaté, con alegría, de que llevaban impresos puntos de Camino que nosotros pudiéramos entender. Por ejemplo:

“Sé recio. —Sé viril. —Sé hombre. —Y después... sé ángel” (n. 22).

“¿Te has parado a considerar la suma enorme que pueden llegar a ser ‘muchos pocos’?” (n. 827).

“Si no eres señor de ti mismo, aunque seas poderoso, me causa pena y risa tu señorío” (n. 295).

“Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo” (n. 359)».

* * *

En Chiclayo (Perú), a la coordinadora didáctica de un colegio de secundaria se le ha ocurrido un sistema parecido: pero no lo emplea con las alumnas, sino con las profesoras.

Algunas veces en el transcurso de la jornada llama a una o a otra y, con una gran sonrisa, le pregunta:

«¿Podrías, por favor, acercarte y tomar uno de estos siete papelitos?

Son unas tiras en los que ha escrito unos puntos de Camino.

Al principio, ante nuestras caras de asombro, nos decía: “Es para ti, léelo y descubre tu día”.

Después de aquella primera sorpresa, las profesoras no sólo nos hemos acostumbrado a las entregas de la coordinadora, sino que las esperamos con ilusión: “—¡Ay! Hoy me dieron en el clavo”. “—Me viene bien, muy bien este punto de Camino”. “¿—Me puedes explicar qué significa esta frase?”

Estas fichas con los puntos de Camino nos ayudan a trabajar durante el día junto a san Josemaría».

* * *

A veces, un alumno pone a otro compañero de clase en contacto con Camino. Y

los efectos no suelen dejarse esperar; como en esta ocasión en que no se reseñan nombres de personas o de ciudades:

«Aprovechando que iba a pasar el fin de semana con sus padres, di Camino a un compañero de clase para que se lo leyera.

El mismo día, al despedirse de otro amigo suyo, éste también le dio un librajito que era una auténtica porquería en todos los sentidos.

Aquella noche al acostarse, encima de la mesita de noche reposaban los dos libros: Camino y el otro. En aquel momento —según me contó más adelante—, conociendo de antemano el contenido de los dos, comenzó en su interior una enorme batalla. De primeras, ganó la porquería, leyó cuatro páginas y... lo dejó. Después, tomó Camino y leyó el primer punto: «Que tu vida no sea una vida estéril. —Sé útil. —Deja poso...».

No pudo seguir, porque se le cayeron unos lagrimones; y sintió asco de sí mismo. Hizo un acto de contrición y, al día siguiente, se limpió con una buena confesión. Rompió el otro libro. Hoy Camino le es indispensable».

* * *

El recuerdo de Irma, que escribe desde Houston, está lleno de conmoción.

«Sería en 1960, en mi último año de secundaria, cuando, durante el recreo, una compañera de clase se me acercó, me entregó un pequeño libro con pastas de color rojo, y muy de prisa me dijo:

—¡Míralo! Lo tengo que devolver cuando suene el timbre.

Lo empecé a hojear a gran velocidad, de pie, en medio de muchachas que hablaban, se reían, paseaban, o jugaban en el patio. Se trataba de Camino.

El punto número uno me removió, como ha ocurrido a tanta gente. Con cierta agitación fui leyendo párrafos, saltando de unas páginas a otras, para adelante y para atrás. Al cabo de unos quince minutos, mi amiga vino a reclamar el libro.

—No, lo siento; no te lo puedo prestar porque no es mío.

Yo no salía de mi admiración. Camino me pareció muy de Dios, me quedé con la clara impresión de que en aquellos puntos resaltaba Jesucristo, que el autor era un santo y que sus discípulos eran varones jóvenes, del mundo y castos. “O sea que esto existe en estos tiempos, como en los comienzos de la Iglesia”, pensé.

Poco tiempo después, me da vergüenza decirlo, me olvidé de aquel encuentro. Pensándolo ahora me pregunto: ¿Por qué me escogió a mí aquella compañera? ¿Cómo es que no se nos ocurrió después hablar del libro?

El mes de julio siguiente, salí de mi tierra, El Salvador, hacia Washington D.C., para comenzar mis estudios universitarios.

En el verano de 1962, de camino a una fiesta con un grupo de chicas, una de ellas nos propuso que antes pasáramos a invitar a una amiga suya que vivía en Stonecrest Residence, un centro del Opus Dei. La muchacha que nos abrió la puerta nos aclaró que la famosa amiga no estaba en casa, pero nos invitó a entrar

y conversar un rato.

En el vestíbulo había folletos y libros en venta, entre ellos Camino. Me dio un vuelco el corazón. Hice alguna pregunta sobre el libro y de esa manera me enteré de qué es el Opus Dei.

Pocos meses después, los parientes con quienes yo vivía regresaron a El Salvador, y tuve que buscar otro alojamiento. Un poco sin ganas llené mi solicitud para ser residente en Stonecrest y, aunque había lista de espera, me admitieron.

Me mudé en noviembre de 1962 y Camino se convirtió en un gran compañero, porque por entonces hacía la oración todos los días meditando sus pensamientos.

Ha pasado medio siglo, y sigo considerando Camino un tesoro inapreciable. Todos tenemos nuestros puntos favoritos. Además del número 1, todavía me emocio al leer el 417: «¡No hay más amor que el Amor!».

* * *

El marco de esta anécdota es un colegio de Quito. El protagonista, un muchacho de 9 años recién incorporado a las aulas. Era un niño tranquilo y de carácter apacible; pero uno de sus compañeros se metía con él, y le hacía pasar malos ratos.

Un día, llegó llorando a casa y contó el problema a su mamá: aquel compañero la tenía tomada con él.

Pasó un mes, y la dificultad continuaba. El niño volvió a quejarse con su madre. La mamá le contestó que ya había hecho todo lo que estaba en su mano para arreglar la situación: había hablado con el profesor y con la mamá del niño que le molestaba.

«O sea que ahora vas a tener que defenderte.

—Pero no puedo hacer eso, mamá.

—¿Y por qué no? ¿Eres cobarde?

—Este mes la consigna del colegio es la caridad y esta semana estamos hablando del compañerismo. ¿Cómo voy a pegarle?

Su mamá se quedó desconcertada. Después de unos días, el chico llegó a casa contento.

—Mamá, ya he solucionado el problema.

—¡Ah! ¿Y cómo has hecho?

—Llevé al colegio el libro Camino, ese que tienes en tu habitación. Llamé aparte al compañero y le invité a leer el punto número 8.

—¡Déjame ver!, dijo la mamá, aún más sorprendida. Y leyó:

“Serenidad. —¿Por qué has de enfadarte si enfadándote ofendes a Dios, molestas al prójimo, pasas tú mismo un mal rato... y te has de desenfadar al fin?”

—El muchacho me pidió perdón e hicimos las paces».

* * *

Joan ejerce desde Barcelona una especie de obra de misericordia, tan necesaria como olvidada: envía libros a distintos lugares del mundo para enriquecer las bi-

blotecas de escuelas u otras entidades necesitadas. Son, por lo general, escuelas o familias pobres, carentes de estos medios de promoción personal y profesional.

Naturalmente, en una visión completa del hombre, incluye también libros de espiritualidad y doctrina católicas. Entre ellos, Camino en distintas lenguas.

AYUDA EN EL MINISTERIO SACERDOTAL

Es habitual que los sacerdotes, ya sean párrocos, capellanes, asistentes espirituales, profesores o desempeñen cualquier otro ministerio, encuentren que Camino es útil para sí mismos y para los fieles.

La tercera edición de Camino, fechada en Segovia, en la Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, 14 de septiembre de 1945, incluía una nota en la que se explicaba:

«En pocos meses se agotó la primera edición de este libro. Y, al sacarlo a la luz por segunda vez, corrió la misma suerte. Está en la imprenta la versión portuguesa y, desde Roma, nos piden que se haga pronto una edición en italiano».

Tenemos datos consoladores —cartas de sacerdotes, de religiosos y, sobre todo, de jóvenes— del fruto sobrenatural que estas páginas han hecho en las almas. Ojalá, lector amigo, te sirva su lectura constante para enderezar y afianzar tu camino.

Así lo pide al Señor, para ti, El Autor»64.

San Josemaría tuvo un gran amor por sus hermanos sacerdotes, hasta el punto de que, en un momento de su vida, pensó que el Señor le pedía que dejase el Opus Dei para dar comienzo a una fundación que fomentara la santidad de los sacerdotes en el ejercicio de su ministerio al servicio de la Iglesia.

No fue necesario, porque Dios le hizo ver que los sacerdotes seculares podían formar parte de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz, surgida en 1943, dentro del Opus Dei, sin que esa adscripción interfiriera para nada en el gobierno de los obispos, que son los únicos superiores de esos clérigos, o en el trabajo ministerial diocesano de dichos sacerdotes.

* * *

Mons. Alberto Cosme do Amaral (1916-2005) fue obispo de Leiria-Fátima de 1972 a 1993. Ejerció el ministerio sacerdotal durante más de 66 años, y dejó en quienes le conocieron el convencimiento de ser un pastor ejemplar, entregado por completo al servicio de las almas. Nos transmite una experiencia pastoral suya:

«Durante muchos años, siendo ya obispo emérito, tuve la costumbre de rezar el rosario en la explanada del santuario de Fátima. Con frecuencia, se acercaban personas para saludarme y yo conversaba un poco con ellas para ayudarles a sacar más provecho espiritual de su viaje a Fátima.

En una ocasión, una señora me dijo que le había ayudado mucho una homilía que prediqué en una Misa a la que asistió muchos años antes. La verdad es que

solo recordaba una frase: “La Misa es larga, dices, y añadido yo: porque tu amor es corto”. Era el punto 529 de Camino.

Me sucedió lo mismo en otras ocasiones, porque usaba a menudo Camino para mis homilías. Muchas personas conservaban ideas del libro de san Josemaría, que les ayudaban a aprovechar bien su tiempo de oración».

* * *

Para la historia que sigue a continuación, nos interesa recordar dos puntos concretos de Camino: los números 205 y 899. Rezan así:

«Leíamos —tú y yo— la vida heroicamente vulgar de aquel hombre de Dios. —Y le vimos luchar, durante meses y años (¡qué “contabilidad”, la de su examen particular!), a la hora del desayuno: hoy vencía, mañana era vencido... Apuntaba: “no tomé mantequilla..., ¡tomé mantequilla!”

Ojalá también vivamos —tú y yo— nuestra..., “tragedia” de la mantequilla». (n. 205)

«¡Cuánto te cuesta esa pequeña mortificación! —Luchas. —Parece como si te dijeran: ¿por qué has de ser tan fiel al plan de vida, al reloj? —Mira: ¿has visto con qué facilidad se engaña a los chiquitines? —No quieren tomar la medicina amarga, pero... ¡anda! —les dicen—, esta cucharadita, por papá; esta otra por tu abuelita... Y así, hasta que han ingerido toda la dosis.

Lo mismo tú: un cuarto de hora más de cilicio por las ánimas del purgatorio; cinco minutos más por tus padres; otros cinco por tus hermanos de apostolado... Hasta que cumplas el tiempo que te señala tu horario». (n. 899)

Un párroco de Nápoles, que conoció Camino en los años 70, hizo una especie de síntesis entre esos dos puntos y, en su catequesis con niños, los unió con la expresión “la batalla de la cucharadita”.

De este modo, enseña a los chavales a mortificarse y a vencerse en cosas pequeñas para ganar la “batalla” de la vida. Luego, redacta una lista de “luchas” que cada uno de los participantes ha superado, bajo el título: «¿SI NO GANAS POR LA MAÑANA LA BATALLA DE LA CUCHARADITA, CÓMO VAS A GANAR LAS BATALLAS DE LA VIDA?» Y debajo se lee, por ejemplo:

C. I.: ha ganado la batalla del conejo.

G. de F.: ha ganado las batallas de la pasta con guisantes y de las anchoas.

P. I.: ha ganado la batalla del arroz.

A. C.: ha ganado la batalla del queso fresco».

Y así sucesivamente en una lista que parece el menú de una trattoria del sur de Italia y que contiene las pequeñas obsesiones o caprichos de la infancia.

* * *

«Estaba charlando con un seminarista de Almaty, en Kazajistán, y casi de sopeón me comentó:

“Camino es lo que más me ha ayudado espiritualmente durante todo este tiem-

po”.

Se refería al año transcurrido, que para él había sido muy especial, ya que dejó el seminario durante aquellos meses para sedimentar mejor la formación recibida, afianzar su decisión de abrazar el sacerdocio y ayudar económicamente a su familia que lo necesitaba.

Durante aquel invierno alcanzamos temperaturas de 40° bajo cero, y él trabajaba como vigilante nocturno en una construcción, dentro de una cabina metálica de reducidas dimensiones, con el único medio para calentarse de una estufa pequeña, que apenas daba un poco de calor al ambiente. Así, todos los días al trabajo, aunque se sintiera mal, aunque el frío le congelara piernas y manos, aguardando con impaciencia el amanecer. Por si fuera poco, experimentó además la amargura de las traiciones y de las malas jugadas de sus compañeros.

Logró dejar aquel trabajo por otro en una tienda de fotografía, donde con el tiempo adquirió cierta destreza en la composición y retoque de imágenes. Pero el día en que recibió el primer sueldo, al regresar a casa por la tarde un grupo de desconocidos le detuvo, robó y golpeó de tal modo que ellos mismos se asustaron, pensando que le habían dejado malherido. Esto ocurrió pocos días antes de que comenzara el retiro espiritual de cuaresma en el seminario, al que quería asistir. Pero no pudo. A pesar de todo, no guarda ningún odio hacía aquellos que casi lo mataron.

En aquella conversación, me contó cómo había logrado resistir durante aquellos meses de prueba:

“Durante la semana, debido al trabajo y salvo rara excepción, no podía asistir a Misa. Cuando llegaba a casa, agotado, tenía pocas ganas de sentarme a leer libros de espiritualidad, incluso la Biblia me resultaba difícil; solo en alguna ocasión tenía algo de tiempo para charlar con el párroco. Por eso, de vez en cuando, solía leer un punto de Camino, breve pero profundo; y adelante”.

En estos momentos, ha regresado al seminario y sigue ejemplarmente su proceso de formación. Con la ayuda de Camino».

* * *

Ahora, el testimonio de un sacerdote greco-católico de Ucrania:

«El 4 de septiembre de 1989, en Liegnitz, Polonia, el obispo Ivan M., me regaló Chlaj, Camino en ucraniano, una edición de 1974 impresa en Múnich. Fue mi primer contacto con el libro y su autor.

El libro era una joya para nosotros, seminaristas clandestinos, en aquel tiempo de la Iglesia de las catacumbas. Lo leíamos todos los días. El director espiritual, nos decía que después de la Sagrada Escritura, en segundo lugar debíamos tener Chlaj.

Cada día abría el libro al azar y ahí leía. De esta manera descubría lo que Dios me quería decir en concreto a mí aquel día.

Hasta hoy, he guardado el libro como una reliquia de los tiempos de clandestinidad y recuperación espiritual. Se ve que lo estudié con atención: lo tengo lleno de anotaciones y subrayados a lápiz (es mi manera de trabajar los libros, de profundizar y analizarlos).

Me alegro mucho de que se esté preparando una nueva edición, con una mejor traducción y con puntuación moderna».

* * *

Miha es un estudiante universitario, de Liubliana, que recientemente se ha incorporado al seminario. El año pasado adquirió un ejemplar de Pot (Camino), que utilizaba de vez en cuando para hacer oración.

Durante la semana de introducción al seminario, le tocó explicar delante de los otros seminaristas cómo descubrió su vocación. Señaló que la lectura y meditación de Pot le había ayudado decisivamente a descubrir lo que Dios quería de él.

En aquellos días de introducción al seminario, durante un descanso en las actividades, Miha fue a una librería, adquirió otro ejemplar de Pot, y lo regaló a un compañero de primer año:

«Te ayudará mucho en tu vocación sacerdotal», le aseguró.

* * *

Janez, un sacerdote esloveno, con motivo de la Navidad resolvió agasajar a los principales colaboradores de su parroquia con un ejemplar de Pot, convencido de que era uno de los mejores regalos que podía ofrecerles.

* * *

Buenos Aires. Teatro Coliseo, 26 de junio de 1974. Una multitud ocupa las butacas y aun los pasillos. Son personas de lo más variado. No han acudido para asistir a un espectáculo de los que habitualmente se representan en esa sala, sino para escuchar a un sacerdote, que les habla del amor a Dios y del amor a los hombres: Josemaría Escrivá de Balaguer.

En un momento determinado, se levanta un señor que se presenta —son sus palabras— como «un católico rebautizado, que desde hace pocos años conoce la Religión católica». Añade que es descendiente de musulmanes...

San Josemaría le interrumpe un momento, para decirle:

«A los musulmanes les tengo mucho afecto. Han hecho ya dos ediciones de Camino en árabe... ¡me llevan en el bolsillo de la chilaba!»

Quizá don Santiago, sacerdote español que ejerce su ministerio sacerdotal en Jerusalén, ha recordado más de una vez esta anécdota con ocasión de su labor en Tierra Santa. Escuchemos su relato:

«Durante una temporada iba un día a la semana a la parroquia de Beit Yalla para ayudar en lo que pudiera al párroco y para practicar el árabe. El sacerdote se llama Nidal Q. y siempre me acogió muy bien, con los brazos abiertos.

Para agradecerle su atención, se me ocurrió regalarle un ejemplar de Al Tarik,

Camino en árabe. Estábamos en el tiempo litúrgico de cuaresma y pocos días después tuvieron en la parroquia una vela al Santísimo.

Me contó que el libro le había gustado mucho, lo había leído entero durante las horas de vela. En particular, le había impresionado el punto 194:

“Yo te voy a decir cuáles son los tesoros del hombre en la tierra para que no los desperdicies: hambre, sed, calor, frío, dolor, deshonra, pobreza, soledad, traición, calumnia, cárcel...”.

Hay que tener en cuenta que los cristianos en Tierra Santa hacen ayunos muy rigurosos durante la cuaresma: solo toman una comida al día, y no consumen nada proveniente de animales. Además, el sacerdote debía de sentir bastante hambre pues es un hombre de una cierta corpulencia».

* * *

La labor apostólica del Opus Dei en Costa de Marfil comenzó en 1980. El 18 de septiembre llegaron los primeros fieles de la Obra, un grupo pequeño de profesionales y dos sacerdotes, de varias nacionalidades, que acudieron no para ser quisite sino para hacerse marfileños, trabajando codo con codo con las gentes de su nuevo país.

Entre las mujeres que emprendieron esa tarea, se encontraba una médico que, en cuanto le fue posible, comenzó a desempeñar su profesión.

Un día, en la consulta se dio cuenta de que, entre las personas que estaban esperando, una paciente leía Chemin. El libro aún no estaba distribuido en las librerías de Abiyán. Por eso, le entró curiosidad y le preguntó dónde lo había conseguido.

«Me lo ha dado mi párroco. Y lo utilizo muchísimo, ¿sabe?»

* * *

El padre Carlos, de Caracas, recuerda a un viejo amigo suyo sacerdote.

«Conocí al padre Nicolás durante una reunión del clero de Caracas, a comienzos de los años ochenta. Poco a poco, fuimos afianzando la amistad con encuentros periódicos en la casa rectoral de la iglesia de la Santísima Trinidad, de la que era rector.

Me llevaba más de veinte años de edad, pero conversábamos muy a gusto. Lo invité a los retiros espirituales mensuales para sacerdotes; comenzó a asistir y estaba feliz de todo lo que iba recibiendo en la formación espiritual, porque decía que afirmaba aún más su vocación sacerdotal.

Un día, mientras íbamos de camino en el automóvil hacia el retiro, después de rezar el rosario, me contó que él conocía el libro Camino, “escrito por ese gran santo que fundó la Obra”, y que hacía muchos años él tuvo la iniciativa, que el obispo y muchos otros sacerdotes apoyaron, de ir publicando el contenido del libro, a base de copiar dos o tres puntos día a día junto a la columna que él escribía en un periódico local.

—Hizo muchísimo bien a multitud incontable de gente de la región, que leían con regularidad aquellas consideraciones de Camino, llenas del fuego de Dios. Y al primero que ayudaban era a mí, pues me servían mucho para hacer oración».

El padre Nicolás falleció en abril de 1992.

* * *

En la parroquia católica “Regina Mundi”, de Mushin (Lagos), los monaguillos no se limitaban a ayudar a Misa cuando fuera preciso; a menudo, se encargaban de cerrar las puertas de la iglesia, después de haber ordenado y preparado todo lo necesario para las actividades del día siguiente. Durante aquellas rondas, se reco-gían los objetos perdidos y se guardaban en la sacristía, hasta que los propietarios fueran a recuperarlos.

En el desempeño de este encargo, Peter encontró un libro que alguien había olvidado en uno de los bancos. Lo recogió y lo llevó a la sacristía, a la espera de que su dueño lo reclamase. Pero pasó un mes y medio y nadie lo requirió. Peter lo veía allí todos los días, hasta que sintió curiosidad y comenzó a hojearlo:

«Parecía interesante —nos dice— y comencé a leer algunos puntos, con frecuencia, mientras esperaba que llegase el sacerdote para la Misa. No entendía realmente la totalidad de lo que estaba escrito: era el año 1989 y yo tenía doce años; pero me atraía de alguna manera.

Transcurrió casi un año y, como nadie vino a reclamarlo, me llevé el libro a mi casa.

Mi familia tuvo que mudarse a Irukepén, mi pueblo, en 1990 y como todos los chiquillos yo detestaba el cambio. Tan disgustado estaba que anduve retraído y aislado durante casi un año. En aquellos meses, uno de mis mejores compañeros fue la lectura de *The Way*, que había traído conmigo.

Me gustaba la idea de ser santo. Ser santo y hacer cosas extraordinarias. Y esa idea me llevaba de alguna manera al sacerdocio, porque la mayor parte de los santos habían sido sacerdotes o religiosos. Pero, a decir verdad, en aquel 1991 en Irukepén, no me sentía llevado a haceme cura sino más bien a estudiar mucho.

Al año siguiente me nombraron director de la asamblea de mi escuela secundaria. Mis encargos eran dirigir a los alumnos alguna exhortación, hacerles cantar el himno nacional o algún otro canto y llamar al school principal para que diera los avisos. Para aquellas breves charlas o exhortaciones pensé que lo mejor sería leer *The Way*, añadiendo alguna explicación de mi cosecha. No recuerdo nada de lo que dije, es más me pregunto de dónde saqué las explicaciones.

A finales de 1995 fui admitido para estudiar ciencias informáticas en la University of Benin. Dejar el pueblo iba a ser una aventura. Pero allí me encontré con un muchacho que había sido monaguillo conmigo en “Regina Mundi”, un breve periodo de tiempo. Estaba en su sexto año de medicina y, muy contento de verme, me invitó a ir a una residencia universitaria donde se estudiaba muy bien.

Cuando vi aquella casa me quedé aturdido: ¡seguro que tenía que ver con mi libro, que yo seguía conservando como un tesoro! En efecto, era un centro del Opus Dei y mi amigo formaba ya parte de la Obra.

Le expliqué todo, cómo por un diseño providencial yo había subido la corriente hasta llegar a la fuente. Cuando le enseñé mi “tesoro” exclamó:

—¡Pero si es el mío!

Lo había perdido cuando estaba en Lagos y no había vuelto más por aquella iglesia».

ENTRE LOS DIFERENTES CARISMAS DE LA IGLESIA

«¡Qué alegría, poder decir con todas las veras de mi alma: amo a mi Madre la Iglesia santa!»⁶⁵. San Josemaría quiso con locura a la Iglesia; y ese amor se extendía a esa «variedad admirable»⁶⁶ constituida por los diferentes carismas que han nacido en el seno de la Esposa de Cristo.

«Por eso —ha escrito José Miguel Pero-Sanz—, vacunaba a los lectores de Camino frente a cualquier manifestación de celotipia o exclusivismo: “Es mal espíritu el tuyo si te duele que otros trabajen por Cristo sin contar con tu labor (...)” (n. 966).

Siendo, como era, su vocación la de sacerdote secular diocesano y habiendo recibido de Dios el carisma de suscitar la santidad principalmente entre fieles seculares y los demás sacerdotes diocesanos, reseñaba entre sus mayores satisfacciones las almas que, como fruto de su labor pastoral, había encaminado hacia claustros y monasterios»⁶⁷.

San Josemaría Escrivá repitió muchas veces —era necesario hacerlo para salvaguardar el carisma fundacional—, que los fieles del Opus Dei no son religiosos ni se parecen a los religiosos; sino que son cristianos corrientes, que viven en el mundo, santificándose en su propio estado y condición:

«Amo a los religiosos y venero y admiro sus clausuras, sus apostolados, su apartamiento del mundo —su contemptus mundi—, que son otros signos de santidad en la Iglesia. Pero el Señor no me ha dado vocación religiosa, y desearla para mí sería un desorden. (...) Soy sacerdote secular: sacerdote de Jesucristo, que ama apasionadamente el mundo»⁶⁸.

Y, a la vez, señalaba que

«el Opus Dei ha contado siempre con la admiración y la simpatía de los religiosos de tantas órdenes y congregaciones, de modo particular de los religiosos y de las religiosas de clausura, que rezan por nosotros, nos escriben con frecuencia y dan a conocer nuestra Obra de mil modos, porque se dan cuenta de nuestra vida de contemplativos en medio de los afanes de la calle»⁶⁹.

* * *

El P. Manuel Garrido Bonaño, religioso de la orden de san Benito, uno de los más prestigiosos liturgistas españoles del siglo XX, conoció Camino en los años

40. En 1978, publicó un artículo con ocasión del 50º aniversario de la fundación del Opus Dei, en el que describía su relación con el libro:

«Lo he leído multitud de veces y lo considero como un libro clásico en la vida espiritual. He repartido docenas de ejemplares entre los estudiantes y he podido comprobar el bien inmenso que les ha proporcionado su lectura.

Un amigo mío me los enviaba generosamente junto con muchos ejemplares del Nuevo Testamento para ser distribuidos. Le sugerí que eso era una forma excelente de hacer apostolado. Mi amigo no pertenecía ni pertenece a la Obra, aunque la conoce bien y la aprecia. (...)

Todas las consideraciones espirituales de Camino tienen un gran valor actual y siempre lo tendrán, incluso aquellas que parecen reflejo de unas circunstancias muy concretas y determinadas. Son Evangelio vivido en todos los momentos de la jornada.

No sólo he repartido docenas de ejemplares de Camino, como antes he dicho, sino que no podía tener un ejemplar para mi uso, pues también ése repetidas veces he tenido que darlo porque me lo han pedido y yo veía que debía desprenderme de él para que hiciese un bien espiritual a otras personas.

Para no estar sin él recurrí a la estratagema de que un gran amigo me regalase uno muy sencillo y dedicado. La dedicatoria me impediría darlo.

Él me envió un ejemplar que había usado mucho en sus conferencias y en su lectura personal. Es el que tengo y con el uso no está ciertamente para regalarlo a nadie: una edición muy pequeña de bolsillo que me acompaña siempre».

* * *

La monja que protagoniza el siguiente suceso pudo adquirir Camino de modo providencial:

«Una hermana mía monja volvió a visitar a nuestros padres por unos días. Les contó que ella siempre leía Camino y cómo fue a dar con el libro. Unos años antes de entrar en el convento, hizo un curso de retiro espiritual con mamá en Salta. Se vendían libros al final de la actividad y ella pensó en comprarlo pero no tenía los diez dólares que costaba.

A los pocos días, iba con mamá a San Antonio para una charla de formación y al cruzar el puente del Río de las Moras, encontró tirado en la calle, el billete de diez que necesitaba. Lo iba a alzar pero mamá le dijo:

—Espera que pase ese señor con la bicicleta, quizá sea suyo...

Como pasó de largo, muy contenta recogió la plata y compró Camino. Este es el Camino que siempre lee en el convento».

* * *

Carta de una monja de clausura dirigida a la oficina central de las causas de los santos de la prelatura del Opus Dei, en 2013:

«Reverendo Padre: Paz y Bien.

Mi nombre es Sor M^a Belén, y pertenezco a una Comunidad de Clarisas cooperadoras del Opus Dei. Tuvimos la gracia de hacernos cooperadoras en vida de nuestro amadísimo san Josemaría, allá por el año 1972 ó 1973.

Desde los quince años conocí el librito Camino que tenía el párroco de mi pueblo para hacer oración y, desde que le cogí en mis manos, ha sido mi amigo inseparable.

Sé que san Josemaría amaba a nuestro Padre san Francisco.

Cuando yo volví del noviciado, un sacerdote familiar mío, y encargado de nuestra Parroquia de santa Clara, nos hablaba a la Madre Abadesa y a mí de la Obra, y ahí empezó todo, para gloria de Dios.

Al fallecer el Padre [se refiere a san Josemaría], yo lloré bastante porque me había concedido varias gracias y sentía, y siento, un gran amor por él. Sin darme cuenta, en la oración surgió la idea: “¿por qué no escribir a don Álvaro y expresarle lo que llevo en mi corazón?” Y así lo hice, la verdad sin hacerme ilusiones de que iba a contestar a mi carta. Me decía: “con la cantidad de cosas que tendrá que hacer se va a acordar de ti”. Y cuál no sería mi sorpresa que contestó rápido. ¡Qué impresión más maravillosa su sencillez, su cercanía, el interés por lo que le decía! Gocé con su carta porque le hablaba de la santidad del Padre y los dos lógicamente coincidíamos; recuerdo que le decía: “el Padre es un gigante y un fundador excepcional en nuestra Iglesia Santa”.

Y así se fueron sucediendo las cartas; poco a poco le escribía con más confianza, era un Padre para mí que todo lo que decía en sus cartas me llegaba al alma, y pensaba: “pero si san Josemaría y él son los dos iguales, y son dos almas gemelas locamente enamoradas de Dios, de su gloria y de todos los hombres”. ¡Qué alegría llenaba mi alma y qué fervor y recogimiento sentía en mi corazón cuando recibía sus noticias!

Por entonces, yo era la más joven del Monasterio y un día se me ocurrió pedirle que rezase para que el Señor nos concediese seis vocaciones jóvenes. Me prometió que lo haría, y llegaron tres; yo le insistí: “han llegado tres, pero faltan otras tres”; y él, con esa santa paciencia y delicadeza me dijo: (lo estoy leyendo en su carta) “encomiendo con fe para que lleguen como mínimo esas tres que faltan”. Y las vocaciones llegaron.

Quiero contárselo, para gloria de Dios y, para confirmar que le tenemos por un gran santo, y que rezo todos los días para que pronto se anuncie su beatificación. Ese día será una grandísima fiesta y lo celebraremos cantando un solemne Te Deum. (...)

Muchísimas gracias; y que el Señor, Padre de las Misericordias les bendiga a usted y a todos los miembros del Opus Dei de todo el mundo.

Afectuosamente en Cristo, le saluda

* * *

Las siguientes narraciones han sido escritas por dos religiosas que atravesaron un periodo de crisis espiritual, en momentos concretos de su vida. Fueron momentos muy duros, que superaron —con la gracia de Dios— ayudadas por Camino. Como es natural, por el carácter de los hechos, omitimos sus nombres y otras referencias personales o geográficas.

«En 1996 atravesé una grave crisis espiritual. El amor a mi vocación y al carisma se iba enfriando, así como el amor a mi comunidad. Me parecía que cualquier otro convento sería mejor, más perfecto y santo, y que estaba en lugar equivocado. Era una tentación del demonio, sin duda.

Yo entonces busqué ayuda en la psicología; estaba desorientada. Mi madre padecía mucho con mi situación y rezaba intensamente por mí. Dios, que es amor, no me abandonó.

Pedí ayuda a un buen amigo nuestro, sacerdote del clero diocesano de (...), que forma parte de la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz. Empezamos la dirección espiritual y en el plan de vida elaborado, me indicó la lectura diaria de mis Constituciones, el Camino de Perfección de nuestra madre santa Teresa y Camino de san Josemaría. (...).

Aquí comenzó mi relación con san Josemaría, que gradualmente se convirtió en un amigo a quien llamo cariñosamente “mi padrino”. Mientras leía las frases cortas de Camino, se iba encendiendo el amor por mi vocación, por el carisma teresiano, por mi comunidad, y creció en mí la certeza de que aquí estaba mi lugar. Ahora me llenan de alegría mis hermanas, que buscan sinceramente la santidad. El punto 832 me desarmó:

“¡Qué afán hay en el mundo por salirse de su sitio! —¿Qué pasaría si cada hueso, cada músculo del cuerpo humano quisiera ocupar puesto distinto del que le pertenece?

No es otra la razón del malestar del mundo. —Persevera en tu lugar, hijo mío: desde ahí ¡cuánto podrás trabajar por el reinado efectivo de Nuestro Señor!”

Más tremendo aún es el punto 29670 y varios otros que fueron flechas y luces en mi camino. Y a cada paso me iba dando cuenta de las semejanzas con las enseñanzas de nuestra santa madre Teresa y con su espiritualidad. Parecido que deriva de la común identificación con Cristo.

El amor por la Iglesia, al Romano Pontífice, al sacerdocio, tantos puntos, me fueron confirmando en mi vocación y, como siempre digo, el espíritu de la Obra no me sacó de mi lugar, porque no saca a nadie de su sitio, sino que me enseñó a ser cada vez más carmelita y a vivir y buscar la santidad en todo momento, en el aquí y ahora.

Muchos fueron los puntos de Camino que me ayudaron y ayudan en la vida cotidiana. Espero que muchos lean y experimenten las enseñanzas de mi “padrino”. Estoy feliz de ser monja carmelita descalza: desde mi confinamiento abrazo el

mundo».

* * *

«Corría el año 1980, y yo estaba acabando la carrera de matemáticas», cuenta sor M.

«Ya era religiosa, pero por diversas circunstancias estaba pasando lo que se llama una “crisis vocacional”. La agitación del final de la carrera, el exceso de trabajo con los últimos exámenes, las prácticas pedagógicas y la entrega final de la tesis me llevaron a abandonar un poco mi vida espiritual, a poner en segundo plano la vida de oración que, para mí, es la base fundamental para mantener una vocación.

No quiero decir que dejé totalmente de rezar pero no tenía tiempo para “estar a gusto”, como la Samaritana junto al pozo, a solas con Jesús, alimentándome de su palabra y de su Amor. Me acordaba del Señor, todos los días, participaba en la Eucaristía con prisas y el resto del tiempo era para la carrera, para las prácticas y la principal preocupación era conseguir una buena clasificación final.

Al mismo tiempo estaba muy comprometida en actividades sociales de la universidad, y junto con otros compañeros de carrera organizábamos acciones de solidaridad en la cárcel de la ciudad, dábamos catequesis en la parroquia y organizábamos otras actividades en la asociación de estudiantes.

En aquel momento me sentía más una buena estudiante, con una buena participación política y social, que una persona consagrada a Dios. Estaba dominada por el valor de la eficacia humana y no de la misericordia de Dios.

A medida que los exámenes se aproximaban, sentía que los colegas se distanciaban, cada uno pensando en sí mismo, pasando la responsabilidad a otros, y como yo era la mayor, todo caía sobre mí. Cada uno quería tener al final una nota superior a los otros.

En la comunidad religiosa donde vivía, tampoco sentía aquel apoyo necesario para mantenerme fiel a mi vocación. Me daban toda la libertad y nadie me pedía cuentas de nada. Las tentaciones de abandonar la vida religiosa eran muchas y, como iba a terminar mi carrera, tenía que tomar una decisión porque si no continuaba en la vida religiosa tendría que presentarme a las plazas de enseñanza pública, como cualquier otro licenciado.

Por un lado sentía que si abandonaba la vida religiosa no estaba siendo fiel a Dios, pero a la vez se me ocurría pensar que con una carrera en la mano y una buena nota no tendría dificultad en conseguir un empleo. A medida que la tentación surgía, también me parecía que la congregación permanecía indiferente a la posición que tomase.

Me sentía sola y no amada por la congregación que, en aquellos años post-conciliares, también atravesaba momentos difíciles y muchas hermanas estaban abandonando la vida religiosa. Yo sería “una más” y como era bastante contestataria me parecía queirme sería incluso un bien para la congregación. Un alivio pa-

ra todas.

Los compañeros de prácticas tuvimos una reunión con el orientador para discutir la nota final y experimenté algo terrible: cada uno creía que debía tener la mejor nota, que debía quedar por encima de los demás, y discutían unos con otros por una décima de más en la evaluación final. El valor de la amistad se apagó.

Era costumbre mía llevar siempre en el maletín una pequeña Biblia y el libro Camino de monseñor Escrivá, que alguien me había regalado. En el transporte, o en cualquier lugar durante el día, mientras estaba esperando a alguien, yo abría la Biblia y leía una frase o abría Camino y leía un pensamiento.

Una tarde en que estaba muy triste por todo lo dicho, abrí aleatoriamente el libro y leí estas palabras: “Esos choques con el egoísmo del mundo te harán estimar en más la caridad fraternal de los tuyos” (n. 458).

Me pareció que no era una casualidad, que Dios me enviaba aquella luz, a través de monseñor Escrivá. Sentía que Jesús me decía: “Es verdad que muchas veces en tu comunidad la relación humana es difícil, convivir todo el día con personas que no escogemos, que tienen una formación y objetivos diferentes, pero la oración en común, la Eucaristía diaria, la corrección fraterna, el carisma común ayudan a limar aristas y lleva a la ayuda mutua. Si no siempre es fácil vivir la vida religiosa es siempre dulce morir en ella. Pero mirar al mundo de los descreídos, de los que no tienen una espiritualidad, un carisma religioso nos hace entender que en el mundo sin Dios la relación humana aún es peor”.

Dios estaba diciéndome que, si abandonaba la vocación, iba a tener igualmente problemas en el mundo, que allí fuera el egoísmo es mucho y sin el apoyo fraterno de las hermanas no sería fácil.

Recuerdo que aquel día cuando llegué a mi comunidad, con mis hermanas ancianas y otras más jóvenes y con culturas diferentes, a pesar de todo, aquel rincón me parecía un “cielo en la tierra” como diría santa Teresa de Jesús. Comencé a abandonar la idea de dejar la vida religiosa y acepté muy bien el colegio que me fue propuesto para ir a dar clases y vivir en aquella comunidad. Y la seguridad de que mi opción había sido acertada era la paz que sentía».

* * *

Chitá es una ciudad de la Siberia oriental, de poco más de 300.000 habitantes, a la que históricamente se llegaba gracias al ferrocarril Transiberiano. Cercana a Mongolia, se dice que allí nació Gengis Kan, hacia el año 1160.

Desde 1930, hasta el final del comunismo, fue una ciudad cerrada: los extranjeros no podían entrar. Tiene una cierta impronta japonesa, porque durante la segunda guerra mundial un número significativo de soldados nipones estuvo preso allí.

Se caracteriza por su clima extremo: en invierno, la temperatura puede alcanzar los 49 grados bajo cero; en verano, los 38 o 40 sobre cero.

La siguiente carta, escrita en San Petersburgo, en octubre de 2013, nos informa de que Camino también ha llegado a unas religiosas que trabajan generosamente en esa población siberiana:

«Nuestra vida cristiana estuvo siempre ligada a las monjas de una congregación que ejercen su labor en los lugares más apartados y difíciles de Siberia.

Nos encontramos con ellas en la ciudad de Chitá, en la frontera rusa con Mongolia. Su carisma es la promoción de jardines de infancia y centros de día para hijos de familias con pocos recursos, por lo que en Chitá no les faltaba trabajo.

Además, las hermanas visitan a la gente en el hospital de tuberculosos, en la cárcel femenina y llevan un centro de defensa de la vida.

Durante el periodo frío del año, que en Chitá es desde octubre a mayo, dan de comer a los mendigos y les procuran primeros auxilios, atienden casos de congelación (en invierno llegamos a 48º bajo cero), quemaduras, diversas heridas...

Y todo lo hacen con una alegría, entrega y amor tales, que solo pueden proceder de almas llenas de amor de Dios.

Cuando viví allí, la superiora del convento era la hermana E. De ella recibí mi primera orientación espiritual, el primer rosario y los primeros libros de lectura espiritual.

Cuando me trasladé desde Chitá a San Petersburgo, ella sufría mucho pensando que podía perderme —como ella decía— en las vanidades de la gran ciudad, y alejarme de Dios. Me llamaba con frecuencia, me escribía, me mandaba libros y textos para la meditación.

En verano de 2012, la hermana E. pudo por fin venir a pasar unos días con nosotros. Hablamos largamente sobre todo, absolutamente todo. En un momento, me tomó la mano como para reforzar lo que me iba a decir, y añadió:

—Te tengo que contar algo. Hay un autor contemporáneo, español: Escrivá. No sé si está traducido al ruso, pero ha escrito un libro impresionante. En polaco se titula *Droga*. Debes leerlo. Será muy importante para tu crecimiento espiritual. Puede ser que incluso haya aquí alguien de la institución que fundó. Si fuera así, sería magnífico que los conocieras.

Yo estaba conmovida por su bondad, y llena de alegría le contesté:

—Hermana, por supuesto que conozco ese libro y a ese autor. Hace un mes he escrito al Prelado del Opus Dei pidiendo la admisión».

* * *

El padre José, salesiano uruguayo, fue enviado por sus superiores como misionero a Angola. En el viaje, pasó por Roma y acudió a la iglesia prelatia de Santa María de la Paz para rezar ante los restos del entonces siervo de Dios Josemaría Escrivá, y pedirle expresamente que intercediera para que fuese un buen misionero.

Su afecto por el Fundador del Opus Dei se remontaba a finales de los años 50,

cuando estaba en el noviciado salesiano en Uruguay: le había llegado Camino, que fue para él y para toda su promoción una ayuda «revolucionaria» (así decía) para la vida interior. Desde entonces lo estaba usando.

* * *

En los primeros años cuarenta, mientras le fue posible, repetidas veces san Josemaría ayudó con su labor ministerial en los apostolados de la Acción Católica. Como botón de muestra, leemos en una carta suya del 1 de julio de 1940: «El día de S. Pedro di un retiro a los universitarios de Acción Católica de Valladolid. El domingo anterior, los universitarios de la Diocesana de Madrid también tuvieron su retiro: se lo di en Chamartín. Y, antes, en Alacuás, pueblecito cercano a la capital, había dado otro día de retiro a los universitarios de Acción Católica de Valencia»⁷¹.

Florentino formó parte, desde muy joven, de la Acción Católica en Terrassa (España), y los dirigentes de ese apostolado le facilitaron su encuentro con Camino, en 1946:

«Conocí este pequeño-gran libro en el Centro de Jóvenes de Acción Católica, de mi parroquia del Sant Esperit de Terrassa. Para la formación espiritual de los jóvenes, en la secretaría del Centro había un expositor con algunos libros recomendados.

Uno de estos libros, pequeño pero atractivo, con tapas fuertes de color granate y, en medio, con letras doradas o plateadas (no recuerdo) decía: CAMINO. Y arriba: JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ. Recuerdo que era de la segunda edición, y estaba publicado por la Editorial Luz en 1944.

Los directivos de Acción Católica lo recomendaban y muchos lo compraban. Por los comentarios que hacían se percibía que les gustaba. Yo no lo pude comprar por falta de medios, aunque el libro no era caro: entonces tenía 17 años y estudiaba en la Escuela Industrial con una beca; en casa, mi madre era viuda, con siete hijos y una economía muy escasa.

Un buen amigo mío, también de Acción Católica, sintió la vocación de jesuita y entró en el noviciado de Veruela. Antes de irse, en prueba de afecto, me hizo obsequio de su ejemplar de Camino. ¡Cuánto se lo agradecí! En la primera página escribí: “Recuerdo de José Soldevilla. 4-1-46”. Y mi firma.

Aquel librito lo leí y releí, lo medité y lo llevé a la oración, sin conocer su autor ni apenas el Opus de Dei que había fundado.

Dos años más tarde, en febrero de 1948, me incorporé al ejército, en Valencia, para hacer los seis meses de prácticas militares. Como yo era “un buen chico de Acción Católica”, procuraba ir a Misa cada día. Y cada día, iba de un sitio a otro con Camino en el bolsillo.

En 1956 pude comprar un ejemplar de la primera edición en catalán: Camí. En 1960, cuando mi madre estaba agonizando, le leí el punto 691:

“¿Estás sufriendo una gran tribulación? —¿Tienes contradicciones? Di, muy despacio, como paladeándola, esta oración recia y viril:

‘Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. —Amén. —Amén.’

Yo te aseguro que alcanzarás la paz”.

Por mi parte, continué utilizando el libro que me regaló mi amigo José en 1946, en la versión original castellana. Con el uso de tantos años se fue deteriorando, y lo hice encuadernar de nuevo. Todavía lo conservo como una reliquia».

A LA HORA DEL DOLOR

San Josemaría tuvo siempre predilección por los enfermos. Buena prueba son los puntos de Camino en los que los menciona. Por ejemplo, los números 98 y 419:

«Después de la oración del Sacerdote y de las vírgenes consagradas, la oración más grata a Dios es la de los niños y la de los enfermos».

«—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula? Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él».

Entre los años 1920 y 1930, antes de la guerra civil española, se dedicó heroicamente a los enfermos incurables de algunos hospitales madrileños y a los que vivían en los barrios más pobres. Fue una elección. Luego, cuando vivía ya en Roma y el gobierno del Opus Dei le absorbía todo el tiempo, los enfermos siguieron siendo sus predilectos, y los visitaba y ayudaba en lo que podía.

Es conocido que san Josemaría, ante las tribulaciones que padeció, recitó muchas veces una oración vocal que le obtuvo siempre la paz del alma y, convencido de que ayudaría también a muchas otras personas en esa situación, la incluyó en el punto 691 de Camino, como hemos visto en la página anterior: «Hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas. —Amén. —Amén».

Hoy la presencia de Camino en la cabecera de muchos enfermos es la continuación de aquella caridad de su autor. Gracias a ese libro, muchos moribundos han aprendido a ofrecer sus dolores con visión sobrenatural y con alegría, con la certeza del papel trascendental que juegan en la obra de la redención mediante sus sufrimientos. Así nos lo explica Monica desde Estocolmo:

«A través del libro Camino he entendido que las alegrías y las penas, si las recibo como regalo de Dios y se las ofrezco por la remisión de mis pecados y salvación de los hombres, se transforman en bienes espirituales, que el día de mañana, cuando me presente ante el Juicio de Nuestro Señor, se transformarán en instrumentos de salvación.

Claro que debo hacer lo mejor que pueda para curar mi enfermedad; esto es ir al

médico y seguir las indicaciones que me dan.

También he entendido que la paciencia es un don que tenemos que pedir para vivirlo con nuestros parientes y amigos que tienen un carácter difícil; y que esto es caridad cristiana.

Muchos puntos me ayudan a meditar en la humildad, me ayudan a crecer en humildad, veo que ahora aguanto más y no me rebelo como antes».

* * *

Teresa prestó un ejemplar de Camino a Silvia. Al tenerlo en sus manos, lo abrió en una página y leyó un punto. Muy sorprendida, le comentó: «Mira lo que he leído»; se trataba justamente de un tema del que habían conversado hacía poco tiempo y que, como Silvia dijo, era justamente lo que necesitaba en ese momento.

La siguiente vez que Teresa estuvo con Silvia, le preguntó si seguía meditando Camino. Le contestó que aprovechaba los traslados hacia su trabajo para leerlo y que lo estaba haciendo de modo ordenado: había empezado por el comienzo. En particular, los puntos de Carácter le estaban ayudando mucho.

Añadió que, justamente ese día, había ido a atender a una paciente; estaba molesta, muy fastidiada y no paraba de quejarse por una situación familiar que objetivamente no tenía mucha importancia. Aunque Silvia le daba argumentos, para que se calmase, no paraba de renegar.

Silvia pensó en cuánto bien le haría leer los puntos de Camino que ella había leído poco antes; así que, en un momento determinado, le dijo:

«Lee esto, que te ayudará.

La enferma lo leyó y comentó: —Es verdad lo que dice; tengo que cambiar».

* * *

A los médicos cristianos se les pide una conducta consecuente con su fe y con su compromiso de respetar la vida humana, desde la concepción hasta la muerte natural. Por desgracia, a veces, los médicos y enfermeras se ven sometidos a presiones fortísimas para que no se comporten según los dictados de la recta conciencia.

Pero deben resistir, como hizo aquella neuróloga croata que conoció una colega del Opus Dei, en un congreso. Simpatizaron las dos, y la segunda le entregó un ejemplar de Camino, asegurándole que sería de su agrado.

Pasaron los años y volvieron a encontrarse en otra reunión científica. Quedaron en comer juntas. Durante el almuerzo, salió el tema de Camino, y si lo había empleado.

«Por supuesto, lo utilizo muy a menudo; vas a ver lo usado que está».

Y, a continuación, añadió:

«Hace algún tiempo fui invitada a tomar parte en una reunión de profesores que tenían que decidir si llevar a cabo un aborto en una mujer embarazada que tenía una enfermedad genética.

Los médicos y el marido de la enferma estaban a favor del aborto. Entonces me vino a la cabeza el punto 5 de Put72: “Acostúmbrate a decir que no”.

Y me dije: ahora es el momento de decir que no. Expuse los argumentos en contra del aborto y cambiaron de opinión uno tras otro, así que la paciente continuó el embarazo y dio a luz un niño perfectamente sano».

* * *

Hui-zhen, de Taipei, tiene también experiencia del sufrimiento en la propia carne:

«Soy una paciente de cáncer. Cuando estaba luchando desesperadamente hace cinco años, mi mejor amiga, Margaret, me facilitó un ejemplar de *The Way* que me consoló y me animó muchísimo.

No hace mucho tiempo, una amiga mía me dijo que iban a reimprimir la versión china del libro y me pidió que ayudara a revisar el borrador final. Pensando que he sido maestra china toda mi vida hasta la jubilación, lo que significa corregir composiciones, descubrir las palabras incorrectas (esta es mi especialidad), tenía todas las razones para aceptar la tarea con alegría.

Coincidió que me estaba preparando para el chequeo anual, y andaba un poco inquieta porque las fechas de los análisis y todas las visitas médicas estaban ya fijadas. Viéndome preocupada, mi amiga me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Tuve que decirle la verdad a regañadientes. Mi médico me había dicho que había notado otro tumor de un centímetro. ¿Bueno o malo? Había que esperar.

Luchar contra el cáncer es pelear sin tregua. Al escuchar este tipo de noticias ya no debería estar nerviosa, después de todos los tratamientos que he sufrido a lo largo de estos años. Sin embargo, empecé a imaginar un panorama pesimista, a perder el sueño, a obligarme a comer más, y a pesar de eso mi peso seguía bajando...

Yo me repetía: no pienses tanto; si tiene que pasar, deja que suceda, sea lo que sea. En aquel momento de inquietud, yo estaba encantada de poder dedicarme a una tarea que exigiría toda mi atención. Y así, con cuidado extremo, concentración y seriedad, comencé a revisar *Lu*, que había leído muchas veces antes.

Es curioso, pero al volver a leerlo me sigue pareciendo sorprendentemente nuevo y fresco, y a la vez más íntimo y sabroso, y mi comprensión más profunda. De vez en cuando me llegan inspiraciones que me tocan el alma. No estoy exagerando, es como si pudiera oír hablar al Espíritu Santo. Si tú, como yo hago, masticaras cada palabra, entenderías lo que estoy experimentando. Y, sobre todo, te llenarías del Espíritu Santo y serías iluminado.

Todas las perturbaciones externas se detuvieron. Encontré tanta luz y fortaleza en el libro, que me convencí de que Dios está a mi lado y no lejos. Él me ama y sabe que yo lo amo también. Bajo el consuelo del Espíritu Santo, escuché sus palabras y me llegó su llamada y orientación. Sin lucha, sin resistencia, sin confiar en

mí misma.

Sí, el autor, san Josemaría Escrivá de Balaguer, a través de este pequeño libro, nos enseña a los laicos el camino divino de la santificación en este mundo.

Pasé mi chequeo anual muy agradecida a la misericordia de Dios. El doctor me dijo que el tumor es benigno, pero tengo que continuar con los análisis. Me sentí como si me hubiera salvado de un juicio. En realidad, todo el mundo va a ir al encuentro de Nuestro Señor, tarde o temprano. Por eso debemos prestar más atención a nuestra vida espiritual, para prepararnos bien para ese momento».

* * *

El padre Julio era párroco de Santo Domingo de Guzmán, en Yauco (Puerto Rico). Entre las feligreses, se encontraba una joven madre con un tumor maligno en la cabeza. Se llamaba Evelyn.

El sacerdote le envió un ejemplar de Camino, y al día siguiente la enferma mandó llamarle. Lo había leído en la noche y había llegado a la conclusión de que necesitaba un director espiritual.

—¿Usted podría?

El padre Julio accedió inmediatamente. En menos de un mes, Evelyn se fue al cielo, con mucho dolor... y con mucha alegría.

* * *

Mario y el autor del siguiente relato eran colegas de profesión. Pero, como trabajaban en departamentos diferentes, su relación se limitaba a un cordial “buenos días” cuando se cruzaban en algún pasillo. Mario tenía unos 25 años y ya se sabía que dejaría la empresa al cabo de unos meses, para trasladarse a Alemania a hacer un doctorado.

Pero ninguno contaba con que Dios, en su providencia, a veces permite que lleguen enfermedades graves e inesperadas. Y sucedió que:

«Una noche cualquiera, Mario, que vivía solo, se despertó con frío. Se levantó a cerrar la ventana y siguió durmiendo. Pocas horas después, cuando sonó el despertador no pudo levantarse. Tras un primer momento de desconcierto se dio cuenta de que no podía mover la pierna izquierda.

Asustado, cogió el teléfono y llamó a un amigo para que viniera a ayudarle. Cuando poco después llegaban al hospital más cercano, tampoco podía mover la pierna derecha: estaba completamente paralizado de la cintura para abajo.

Apenas lo supe, fui a verle al hospital. Lo encontré nervioso porque los análisis no daban ninguna pista, y los médicos no se aclaraban. Unos días después fui a visitarlo de nuevo y le llevé dos libros.

—Cuando te quieras distraer, toma esta novela. Y cuando quieras pensar, lee Camino.

Fue la última vez que lo vi entonces. Por desgracia, los especialistas no lograron identificar el problema ni el remedio, y la quinesioterapia no dio ningún resultado.

Lo peor fue que, ante esa situación, Mario cortó todo tipo de contacto con sus amigos, no quiso recibir más visitas, dejó la clínica sin decir dónde iba, y ya no respondió más al teléfono. Hace ya dos años de todo esto.

El otro día pasaba caminando al lado de un coche aparcado en la calle, cuando la ventanilla bajó rápidamente y escuché que alguien me llamaba desde el interior. Me volví:

—¡Mario! ¡Si eres tú!

Fue un shock. Pero no podía contener la alegría. Mario andaba un poco descuidado, pero sonriente.

Sigue inválido y bastante aislado. De manera esquivia y como avergonzado, me confió:

—Solo quería decirte que, si aún guardo algo de esperanza y sentido para mi vida, es gracias a Camino».

* * *

Sucedió hace algunos años, cuando Diego era aún estudiante de medicina. Un día consultaba unos artículos en internet y, por casualidad se encontró uno que mencionaba a un sacerdote español llamado Josemaría Escrivá de Balaguer. Comenzó a leerlo, sin darse cuenta en aquel momento de lo importante que llegaría a ser para su vida.

En cada párrafo veía un mensaje que le resultaba innovador, por el modo en que aquel sacerdote invitaba a las personas a un encuentro personal con Cristo en sus labores diarias y, aún más sorprendente, explicando que se podía llegar a ser santo en medio del mundo, trabajando en una fábrica, en un taller o, en su caso, en un hospital.

Diego continúa con su historia:

«Participaba activamente en proyectos de vinculación con la comunidad, buscando de ese modo ayudar a mis compañeros y a los usuarios del hospital docente. Aún me sonríe pensando en los malos ratos que pasé, por mi falta de experiencia, al buscar donativos para pacientes sin recursos, llevar medicinas y dar charlas de salud por los sectores rurales, y otras actividades afines.

Aquello era altruismo; después, comprendería que había un motor más grande para hacer las cosas, el amor.

Quería leer los libros de aquel sacerdote y descargué Camino. Al leerlo llegué al punto que decía:

“—Niño. —Enfermo. —Al escribir estas palabras, ¿no sentís la tentación de ponerlas con mayúscula?

Es que, para un alma enamorada, los niños y los enfermos son Él” (n. 419).

Ví en este mensaje la confianza que un médico debe tener en el Señor y entendí que los pacientes son tan queridos por Dios que debería esforzarme mucho más para atenderlos y cuidarlos, en consideración de aquel otro Amor.

Desde entonces, a menudo leo puntos de Camino y los comparto en lo posible con mis amigos, mi familia y compañeros de trabajo».

* * *

Blasa es de Viña del Mar Chile), y quiere hacernos partícipe de la transformación operada en una señora de edad avanzada al leer el libro de san Josemaría:

«Mi amiga es una persona anciana, con serias limitaciones que no le permiten desplazarse con facilidad. Es católica, aunque no se había asomado a la iglesia desde su juventud. Un día hablábamos de estas cosas, y terminé por regalarle Camino.

Ha sido tal el impacto que estas consideraciones espirituales han producido en ella, que ha tomado el libro como “el verdadero bastón que la ayuda en su caminar diario”.

Siente que Dios ha aparecido en su vida gracias a san Josemaría. Como no puede salir, los domingos procura seguir la Misa a través de la televisión. Tiene Camino en su velador y lo considera “mi amigo, compañero y paño de lágrimas”.

Este es el cambio que Camino ha producido en un alma alejada de Dios durante muchos años».

* * *

«Debió ser en la primavera de 1946 cuando conocí Camino», recuerda el autor de este relato, ilustre catedrático de medicina español.

«A una de mis hermanas se lo había recomendado su confesor, canónigo penitenciario de la Catedral de Santiago de Compostela, y en poco tiempo, Camino se hizo muy popular en mi familia. Nos lo pasábamos unos a otros; incluso, nos lo llevamos a la playa en los meses de verano.

En junio de 1947, a raíz de una amigdalitis, me puse muy grave. Me diagnosticaron una endocarditis lenta. Fue necesario un tratamiento con penicilina, que resultó muy largo, porque, en cuanto se suspendía el antibiótico, volvía a recaer.

La terapia se prolongó, con dosis cada vez más altas, hasta abril de 1948. Gracias a Dios, la enfermedad no reapareció y, después de casi un año de no ir al colegio, pude recuperar el curso y terminar el bachillerato.

Durante todos aquellos meses, leí mucho. Camino era uno de mis libros predilectos. Lo tenía al alcance de la mano y llegué a aprenderme muchos puntos de memoria.

Está claro que me ayudó espiritualmente, lo mismo que a mis padres y hermanos. En ocasiones hacíamos comentarios sobre algún punto. En aquel entonces, ninguno de nosotros sabíamos nada del autor de Camino.

A finales de enero de 1949, estudiando primer curso de Medicina, un amigo me invitó a ir a un centro del Opus Dei, donde podría estudiar, hacer amigos, y recibir medios de formación cristiana. Acepté. El ambiente era muy alegre y de estudio intenso. Alguien me explicó que el sacerdote que aparecía en una fotografía de la

sala de estar era el autor de Camino.

Al cabo de un tiempo, me planteé la posible llamada a la Obra. Estaba preparado, gracias a la lectura de Camino».

* * *

Doña Lili cuida a Pao, enferma e impedida. Pao es una asidua lectora de Camino y, quizá por contagio, doña Lili ha ido aprendiendo a hacer oración con ese libro. También atiende a Pao una fisioterapeuta, a la que doña Lili ha leído repetidas veces algunos puntos de Camino.

La fisioterapeuta mostraba cada vez más interés en leer aquellos párrafos que le ayudaban en tantos aspectos de su vida. Un día, doña Lili, viéndola tan interesada, le dijo con tono solemne:

«Te ha llegado el momento de comprar tu propio ejemplar de Camino.

—Me encantaría, pero ¿dónde lo adquiero?

Sin perder un minuto, doña Lili descolgó el teléfono. Y al verla, la fisioterapeuta, le dijo:

—Necesito cuatro ejemplares: uno para mí, y los otros tres para los de mi familia. Igual que a mí me sirve tanto, también les ayudará a ellos».

* * *

El siguiente relato procede de Perú, y su autora se llama Ana María:

«Hace unos años regalé Camino a una amiga, mucho más joven que yo, que lo estaba pasando mal porque su mamá acababa de fallecer tras varios años sufriendo un cáncer muy doloroso.

Al cabo de unos meses, me agradeció el regalo y me dijo cuánto le había ayudado la lectura de Camino para entender la enfermedad y la muerte de su mamá.

Además, añadió que había tenido que hacerse cargo de sus hermanitos, y las palabras de San Josemaría le habían transmitido valentía y entereza. Desde entonces, Camino es su libro de cabecera».

DIOS NOS ESPERA SIEMPRE

«Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente.

Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba.

Recapacitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo;

trátame como a uno de tus jornaleros.

Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos».

Siempre nos conmueve esta parábola del Señor —«quizá la más bella», según Benedicto XVI⁷³— que nos ha transmitido san Lucas, en el capítulo 15 (vv. 11-32) de su Evangelio.

Un hijo desagradecido que, olvidando todo el bien recibido en su hogar, exige a su padre que le entregue la herencia, para malgastarla, para quemarla en vicios mezquinos.

Un padre, magnánimo, paciente, siempre dispuesto a perdonar, oteando cada día al horizonte en espera del retorno de aquel hijo. Y cuando lo divisa en la lejanía, sale corriendo a su encuentro, se le echa al cuello y lo cubre de besos.

El joven, como es justo, comienza a pedir perdón, pero el padre le interrumpe y dice a sus criados:

«Pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo».

Muchas veces comentó san Josemaría este pasaje del Evangelio, señalando cómo todos hemos de recorrer las etapas del hijo pródigo y animando a volver a la casa del Padre, porque cada vez «comienza para ti una gran fiesta —la profunda alegría del arrepentimiento— y estrenas un traje limpio: una caridad más honda, más divina y más humana, porque cuentas ya con la seguridad de haber aceptado humildemente la poquedad de tu condición»⁷⁴.

Camino ha ayudado a muchas personas a volver al amor de Dios tras un apartamiento más o menos largo.

* * *

La historia de don Alberto es, de algún modo, parecida a la de don Juan Luis, que hemos leído en un capítulo anterior. También él es sacerdote. Su padre tampoco practicaba la fe. Nos cuenta con detalle cómo un compañero de estudios le dio a conocer Camino y las consecuencias que trajo para su vida y la de sus padres:

«Por el lado de mi familia paterna ha habido siempre una fuerte inclinación de la llamada izquierda política, que muchas veces tiene también como característica un distanciamiento de la Iglesia. Mi abuelo era izquierdista y anticlerical. Por el lado materno la cosa no era así: mamá siempre fue mujer piadosa y de fe.

Papá, ingeniero textil, había decidido que lo mejor era salir de la España de Franco y buscar suerte en América. Llegamos en barco a Costa Rica, procedentes de Barcelona, allá por el año 1949.

Nos instalamos en San José y rápidamente mi padre se ubicó en la empresa textil de un amigo catalán. Poco a poco, constituyó un patrimonio y fundó su propia sociedad con sede en Moravia, un pueblo cercano a San José.

Ateo como era, mi papá no buscaba ninguna formación católica para sus hijos. Mamá lo sabía, pero eso no impedía que ella nos formara cristianamente sin que él lo notase. Así, me llegó la edad de hacer la primera comunión: 8 años. Estaba yo en la Escuela Estatal de Moravia y al ver que mis compañeros se preparaban para recibir el sacramento, dije a mamá que yo también quería hacerlo. Ella me preparó y cuando ya estuve listo me dijo que le preguntara a papá. Y papá me contestó:

—Yo te diría que no la hicieras, pero si tú quieres, hazla.

Siempre respetó mi libertad.

A punto de comenzar tercer grado de primaria volvimos a San José. Uno de los pocos recuerdos de aquellos años infantiles fue que en sexto grado me enojé con el profesor de religión porque su explicación me parecía algo ridícula. En casa, papá nos había educado para pensar las cosas y buscar en todo la razón de ser y a mí me parecía que aquella clase era como una caricatura de la religión. Hoy la llamaría pietista.

Al terminar la primaria, mis papás, que siempre procuraron darnos la mejor educación, buscaron un colegio bueno que además fuera bilingüe. En aquel tiempo, solo había dos: uno imposible para las finanzas de la familia, y el otro —el “Saint Francis”— estaba dirigido por unos religiosos norteamericanos. Concurse a unas becas que daban en este último y poco después nos comunicaron, que estaba entre los elegidos.

Mi papá, luego de matricularme, tomó sus precauciones y dejó las cosas claras en el colegio. Fue a explicar a los religiosos que él era ateo y no quería presión sobre mí en temas doctrinales. Añadió que a mí me dejaba en plena libertad de participar o no en las actividades del colegio.

Me fui topando con una realidad distinta a la que yo imaginaba. Poco a poco, al conocer mi nuevo ambiente fui viendo cosas que eran distintas a como yo pensaba. Por ejemplo, uno de los sucesos que me marcó y sirvió para cambiar paradigmas fue que, a los pocos días de iniciadas las clases, un compañero —algo insolente— me lanzó un zapato a la espalda. Yo me enojé y se lo devolví con tal mala fortuna que en vez de golpearle a él, pegué a un sacerdote.

Me sentí mal: comenzaba el año en colegio nuevo y ya tenía un incidente; además, tenía poca formación y algunos prejuicios que había escuchado a mi papá. Vi venir al religioso, me puse nervioso, me imaginé que tendría problemas. Pero no fue así. Simplemente me sonrió y me preguntó en qué podía ayudarme. Poco a poco, fui cambiando los esquemas.

Más adelante, en el colegio nos dijeron que tendríamos un día de retiro espiritual,

que lleváramos un libro y una libreta para apuntes. Yo no sabía qué era aquello. Lo explicaron: en lugar de las clases, tendríamos charlas, meditaciones y lecturas espirituales.

Junto a mí se sentaba un muchacho que pronto sería uno de mis mejores amigos: Ronald. Él traía un libro que me prestó. Se titulaba Camino. Lo leí, pero no entendí nada, aquello estaba escrito como en otro idioma. Por mi poca formación no lograba captar el significado. Pero el sacerdote, amigo mío a raíz del “zapatazo”, fue comentando varios puntos. Me impresionó y decidí comprarlo, pero quedó en el olvido.

Desde aquel momento, cada vez que me juntaba a estudiar con Ronald, leíamos uno o dos puntos de Camino que luego comentábamos. Lo hacíamos imitando a su hermano mayor, que tenía prestigio de buen estudiante. Él me iba ayudando a entenderlo y, poco a poco, iba cobrando sentido lo que leía. Recuerdo que un día, caminando por San José, vi Camino en una librería y lo compré. Me gustaba mucho, aunque me seguía costando comprenderlo.

Luego, en segundo o tercer curso, por los altavoces del colegio avisaron que unos sacerdotes españoles del Opus Dei estaban dispuestos a oír confesiones, porque los sacerdotes franciscanos del colegio no dominaban bien el castellano. Podían ir quienes quisiesen; de mi clase fueron algunos. Como yo no sabía nada, pregunté a un compañero a qué se dedicaban esos sacerdotes. La respuesta fue:

—Son curas retrógrados.

Aquello, y lo que había oído de mi padre, me hizo tomar la decisión de nunca acercarme a ellos.

Cursaba yo noveno grado y un domingo me dirigía a la piscina del colegio cuando me encontré con Ronald B. Le pregunté adónde iba.

—A estudiar para el examen de matemáticas de mañana. ¿Me acompañas?

Bastó para dejar mi plan e irme con él. Pero, mientras caminábamos, me preguntaba interiormente por qué íbamos en dirección contraria a su casa. Tomamos otra calle y llegamos a un edificio para mí totalmente desconocido. Era una residencia para estudiantes universitarios, dirigida por personas del Opus Dei.

El lugar era agradable, limpio, acogedor y con salas para estudiar con tranquilidad. Nos pusimos a preparar el examen de matemáticas y topamos con unos problemas difíciles de resolver.

En eso, se abrió la puerta, un amable sacerdote nos ofreció ayuda y nos explicó la lección. Me quedé boquiabierto cuando el sacerdote me contó que antes de hacerse cura, había estudiado Derecho en la universidad y, además, era bueno en matemáticas.

Aquella primera visita me causó una agradable impresión. El Opus Dei era distinto de cómo me lo había imaginado y de lo que algunos decían por ahí. Por eso al llegar a casa se lo conté a mi mamá y ella a su vez me explicó que esos sacerdo-

tes habían ayudado en la conversión de papá.

La historia fue como sigue. A los 33 años mi padre se enfermó de cáncer. Tenía fuertes malestares y el diagnóstico fue fatal: carcinoma en el estómago. Para la familia era un duro golpe. Amigos y parientes intentaron por todos los medios acercar a papá a Dios, pero pesaba mucho su ateísmo arraigado, herencia de su padre.

El abuelo era un hombre bueno, recto, limosnero, pendiente de los huérfanos y muy dedicado a sus hijos, pero rechazaba a Dios. Papá era muy honrado —al igual que el abuelo— y, a pesar que sus amigos más cercanos intentaban moverle a la conversión, él eludía hablar de Dios, de la religión y repetía que prefería no polemizar. Cuando le decían que rezaban por él, simplemente les daba las gracias.

El tratamiento detuvo la enfermedad por un tiempo. Pero al cabo de cuatro años tuvo que entrar de nuevo en el quirófano pues había revivido el cáncer. En aquellos momentos la lectura de Camino fue el apoyo sobrenatural de mi madre y sus hijos.

Llegó un momento en que los médicos dijeron que le quedaban pocos días de vida. La familia y los amigos buscaban el modo de que mi padre se abriera a la gracia de Dios. Él era radical y no parecía dar pasos en este sentido. Fue cuando a otro catalán se le ocurrió que había que llevarle un sacerdote catalán para que platicara con él. Llamaron a todas las iglesias que pudieron y las respuestas eran negativas.

A alguien se le ocurrió telefonear a la nunciatura y le contestaron que recién había llegado el día anterior un sacerdote español para empezar la labor del Opus Dei en Costa Rica. Se llamaba don José Luis M. Acudió al hospital, entró en la habitación y papá accedió a platicar con él. Pasaron más de dos horas y, al terminar, papá simplemente dijo:

—Soy católico.

La alegría fue indescriptible. El sacerdote se apresuró a darle los sacramentos y al poco papá murió.

Con el tiempo —no mucho—, me convertí en un visitante asiduo de la residencia, sobre todo atraído por el ambiente de estudio. Fui conociendo al director, visitaba el oratorio, empecé a rezar más. Hacía oración con Camino y alguna vez platicué con el capellán. Poco a poco fui pensando en que quizá Dios me conducía por un camino de más entrega a Él: quizá me pedía ser miembro de la Obra.

Recuerdo cómo a finales de 1963, me preparaba para un difícil examen de inglés. Estaba en la residencia, fui al oratorio, abrí Camino y me salió el punto 902 que dice:

“¿Por qué no te entregas a Dios de una vez..., de verdad... ¡ahora!?”

Leerlo y decidirme a entregar mi vida a Dios fue todo uno. Era el 9 de diciembre».

* * *

En los primeros viajes que se hicieron para comenzar la labor del Opus Dei en Rumanía, se fue a visitar a un matrimonio que había manifestado su deseo de conocer el espíritu de la Obra. El motivo era que a través del padre del marido, ya fallecido, habían conocido la traducción de Camino al rumano: Drum. Conservaban aquel ejemplar —muy subrayado y anotado en los márgenes— como una reliquia. Y explicaron el motivo:

«Mi padre era profundamente cristiano y un gran profesional. Era conocido públicamente como católico. Durante la represión bajo la dominación comunista, también se persiguió duramente a los católicos, simplemente por vivir su fe. Mi padre fue uno de ellos. Por nada más que ser coherente con su fe y seguir a Jesucristo, fue detenido y condenado a diez años de cárcel en un campo de concentración.

Fueron años muy difíciles para toda la familia y para él en particular. Lo pasó tan mal, que cuando salió del lager, estaba hundido, roto, destruido por dentro y no quería saber nada de la vida, de su fe, ni de Dios.

Poco a poco, se fue recuperando físicamente; pero había perdido la esperanza en Dios y no quería ni hablar de la religión. Vivía derrotado, hasta tal punto que nos preocupaba a toda la familia pensar que un hombre como él, que había sufrido tanto por la fe, fuera a morir apartado de Dios.

Un día cayó en sus manos Drum. Pasaba largos ratos leyéndolo y meditando, tomando notas, subrayando el texto. Gracias a aquella la lectura, volvió a los sacramentos y a practicar la fe.

Al cabo de pocos meses murió».

* * *

El protagonista del siguiente relato no había sufrido persecución a causa de la fe, más bien al contrario. Se llamaba Vicente y había combatido en la guerra civil española, entre los años 1936 y 1939, como mando dentro del ejército republicano.

Al terminar el conflicto, consideró prudente exiliarse de España y se fue a Venezuela, donde trabajó como abogado —era licenciado en Derecho— y asesor de alguna compañía petrolífera. Después de unos años, regresó a España, a Almería, y allí contó su historia al autor de este relato:

«En cierta ocasión, en la mesita de noche de un hotel encontró un ejemplar de Camino. Movidó por la curiosidad, comenzó a leerlo. Le llamó mucho la atención, aunque en algunos puntos encontraba serias discrepancias con su modo de pensar y, para que quedase claro, anotó algunas de sus opiniones en los márgenes del texto.

Con todo, fue mayor el atractivo del libro que las observaciones negativas. Se interesó tanto, que quiso conocer el Opus Dei. Buscó a personas de la Obra en Venezuela y empezó a acudir a los medios de formación espiritual. Se convirtió, y comenzó a llevar una intensa vida cristiana.

Cuando estuvo seguro de poder regresar a España, dejó Venezuela y se trasladó a Almería, de donde era originario. Allí le conocí yo. Vicente me contó su historia y el deseo que tenía de seguir acudiendo a los medios de formación como ya lo hacía en Venezuela. Efectivamente así ocurrió, nos hicimos buenos amigos, conoció a otros miembros de la Obra y pidió la admisión como supernumerario.

No tenía familia próxima y, cuando vio que se acercaba el momento de la muerte, hizo testamento dejando todo su patrimonio para la promoción de iniciativas apostólicas.

Gracias a su ayuda, después de más de treinta años, personas de muy variada condición pueden recibir formación humana y cristiana: preparación profesional relacionada con el mundo rural, clases de doctrina de la Iglesia, asistencia a cursos de retiro espiritual...

La fe que revivió en Vicente gracias a la lectura “ocasional” de algunos puntos de Camino, es hoy árbol frondoso».

* * *

Anselmo tiene 61 años y trabaja como cartero en París. Sus padres llegaron a Francia en marzo de 1955. Durante la guerra civil española, su abuelo —que era muy anticatólico—, señalando a un sacerdote, había ordenado a sus camaradas: “A ése, matadle”. Al terminar el conflicto, los testigos de aquel crimen lo denunciaron, y fue condenado a cadena perpetua, aunque sólo permaneció en la cárcel nueve años. Su abuela murió de pena. Sus hijos —criados en la calle pues eran huérfanos— conservaron un odio profundo hacia la Iglesia, culpable, a su juicio, de la muerte de su madre y de su desgraciada situación. Siendo ya adultos, se exiliaron a Francia.

A los 19 años, Anselmo era miembro del Partido comunista francés y soñaba con el “eurocomunismo”. Leía a Marx, Marchais, Sartre. «Con todo —afirma—, no lograba aplacar mi sed de justicia y de ideales». En 1975, conoció a un joven vietnamita, llamado Vinh, cuyo padre había luchado en el ejército de Vietnam del Sur, y le contó cómo era realmente el comunismo en su patria.

Más tarde, Anselmo leyó algunos libros de Aleksandr Solzhenitsyn sobre la situación en Rusia durante la dominación bolchevique, y comenzó a cambiar su visión del marxismo y a buscar un verdadero sentido para su vida. Se convirtió a los 27 años.

Dejemos que sea él quien nos cuente el resto de su historia:

«En 1986 hice unos ejercicios espirituales en una casa de caridad de Marthe Robin⁷⁵. Uno de los participantes —que no era del Opus Dei— me prestó Camino. Lo leí. Lo medité. Me gustaban mucho sus consideraciones espirituales, porque me hablaban de cosas concretas. Era lo que estaba buscando. Me di cuenta de que era el “libro de los trabajadores”.

Yo no soy un intelectual, porque dejé mis estudios a los 16 años. Aun así, me

gustó tanto que se lo pasé a una amiga. En seguida, lamenté haberlo hecho: ¡lo necesitaba para rezar! Fui a muchas librerías para poder comprarlo, pero era imposible.

Un día, acudí a la iglesia de Notre Dame du Taur (Toulouse) a confesarme, y el sacerdote me habló de Camino. Le pregunté dónde podría comprarlo y me dio las señas oportunas. Desde entonces lo he utilizado constantemente en mi oración personal.

Mi padre era agnóstico. Cuando me convertí, le pareció mal. En 1992, mi madre falleció. Durante la misa de funeral, él entró en la iglesia. No me lo esperaba. El sacerdote que había celebrado la Misa se entretuvo charlando con él. Era, sin duda, la primera vez que hablaba con un sacerdote. En 1998, cayó muy enfermo y le animé a prepararse para su encuentro con Dios y aceptó de muy buena gana volver a hablar con aquel sacerdote. Recibió todos los sacramentos y murió algunos días más tarde.

Camino me ha hecho descubrir que el cristianismo se puede vivir en la vida ordinaria. Me ha mostrado también que la unión con Dios no se lleva a cabo simplemente con la oración o en la Iglesia, sino también cuando escribo una carta o cuando estoy en el metro. Es posible tratarle y adorarle en cualquier momento o, más exactamente, en las ocasiones que cada jornada nos pone por delante».

* * *

Un profesor de la Universidad de los Andes, en Santiago de Chile, nos ofrece la narración de la conversión de un intelectual de aquel país:

«En una universidad donde trabajaba un amigo, que llamaré Samuel, había un profesor de mal carácter, que pertenecía a una secta anticristiana y llevaba una vida particularmente desordenada. Vivía solo, no tenía amigos, aunque apreciaba a Samuel.

Un día desapareció de la universidad sin dar mayores explicaciones. Al poco tiempo, se supo que estaba recluso en su casa, a consecuencias de una enfermedad mortal contraída como parte de su vida agitada. Al parecer, le quedaba poco tiempo de vida.

No aceptaba visitas, salvo la de sus dos hermanas. Estas señoras, buenas católicas, le propusieron llevarle un sacerdote, pero su reacción fue tan negativa que tuvieron que desistir.

Al recibir estas noticias, Samuel quedó muy preocupado. Sabía que era el único católico entre sus colegas por el que el enfermo sentía cierto aprecio; pero era consciente de que esa estima no bastaba para llegar a hablar con él, porque no quería recibir a nadie.

Después de pensar y rezar pidiendo luces, Samuel recordó que, durante su adolescencia, él había pasado un largo periodo enfermo y que la lectura de Camino le proporcionó un apoyo muy importante a la hora de afrontar aquel trance.

Samuel compró un ejemplar de Camino, y lo metió en un sobre acompañado de una carta suya en que explicaba a aquel profesor que ese libro le había prestado gran ayuda en un momento muy difícil de su vida, y que se lo enviaba por si le resultaba de utilidad. Pasó por la casa del enfermo y lo dejó en el buzón de correos, mientras encomendaba a san Josemaría los frutos de tan difícil empresa.

Pasados unos días, Samuel recibió una llamada telefónica del enfermo. Costaba entender lo que decía, porque tenía la voz sumamente deteriorada, pero más o menos sus palabras fueron:

“Cuando abrí el sobre y vi que contenía un libro de oraciones, pensé: Samuel se ha vuelto loco, ¿cómo se le ocurre venirme con esas cosas? Como estaba en cama, lo dejé encima de la mesa de noche, sin tomarme la molestia de darle ni siquiera una mirada.

Pasaron un par de días y en una noche de insomnio, cuando los dolores no me dejaban dormir, pensé como otras veces leer una novela para distraerme, pero no tenía fuerzas para levantarme a tomarla de la estantería.

Entonces mis ojos repararon en Camino. Lo tomé, a falta de otras cosas. Debo decirte que ese libro ha cambiado mi vida. No puedo hablar mucho, solo te pido que me consigas un sacerdote cuanto antes, porque estoy muy arrepentido de la vida que he llevado”.

Samuel se movió con rapidez y aquel mismo día un anciano fraile fue a confesarlo. Las hermanas del enfermo no podían creer lo que veían. Recibió los sacramentos y murió poco después.

Samuel me llamó de inmediato y me contó todo. Muy impresionado, lo acompañé a la Misa de funeral. Había allí muchos profesores, colegas del difunto. Me senté detrás de un par de ellos, no católicos, que pertenecen a la misma agrupación contraria a la Iglesia de la que formaba parte el difunto. Estaban extrañados de que hubiera una Misa de funeral, porque nadie conocía el último capítulo de su historia.

El funeral lo celebró el mismo religioso que lo había confesado; un hombre conocido por su carácter directo. En la homilía habló del infierno con palabras muy duras, indicando que era una posibilidad muy real para quienes llevaran una vida desordenada y no murieran en gracia de Dios.

Mis vecinos de adelante mostraban una evidente cara de preocupación. En un momento se miraron como diciéndose: —Se ve que este sacerdote no conocía al difunto ni sabía el tipo de vida que llevaba, de lo contrario no hablaría en estos términos.

En eso, cambió la dirección de la prédica. El fraile hizo una pausa y dijo: “Ustedes saben tan bien como yo que el difunto llevaba precisamente el género de vida que estoy describiendo. Pero se arrepintió y se confesó”.

En ese momento, mis vecinos dieron un notorio suspiro de alivio.

“Ahora —continuó el anciano sacerdote—, estará en el purgatorio terminando de

purificarse, y muy pronto, si rezamos por él, estará intercediendo por nosotros en el cielo”».

* * *

F. comienza su relato diciendo que jamás había oído del libro Camino. Tenía un conocimiento vago de la existencia de un tal Josemaría Escrivá de Balaguer. Fue su hermana la que, notando su tristeza, puso aquel ejemplar en sus manos, acompañando el gesto con una suave recomendación: «Léelo. No te vas a arrepentir».

«De aquello han pasado más de diez años, continúa Federico. ¡Y vaya tamaño el que ha alcanzado la «profecía» de mi querida hermana!

¿Por qué estaba triste yo en el año 2003? El punto 158 me lo iba a poner ante los ojos a manera de resumen, algunos días más tarde, cuando efectivamente inicié la trémula lectura de Camino:

“Ahora son lágrimas. —¿Duele, eh? — ¡Claro, hombre!: por eso precisamente te han dado ahí”.

Pues sí... Me habían dado ‘ahí’. O quizá deba decir, para ser más exacto, que otra vez había permitido yo que me dieran ‘ahí’. El libro, en todo caso, parecía hablarme directamente a mí desde sus primeros capítulos. ¿Qué era aquello? ¿Cómo es que aquel sacerdote podía llegar a mi dolorido corazón de forma tan categórica, casi como penetrando en mi debilidad y, al mismo tiempo, ofreciéndome bálsamos para iniciar la anhelada curación?

“Tú... que por un amorcillo de la tierra has pasado por tantas bajezas...” (n. 165).

“Me escribes: ‘Padre, tengo... dolor de muelas en el corazón’. No lo tomo a chacota, porque...” (n. 166).

“¡Ah, si hubiera roto al principio!, me has dicho...” (n. 167).

“Te acogota el dolor porque lo recibes con cobardía...” (n. 169).

Y, por supuesto, aquel inolvidable —y después tan leído y releído— punto 171:

“El Amor... ¡bien vale un amor!”.

Apenas conseguía intuir qué era todo eso de lo que el autor me hablaba, pero ya no podía dejar de leerlo. Simplemente se refería a mí, a lo que yo había sido, a mis vivencias, a mis desórdenes, a mis dolores, a mis muy íntimos deseos de cambiar...

Imposible soltar el librito. Lo terminé en pocos días. Y lo reinicié de inmediato. Esta vez iba a «degustar» cada palabra, despacio, siguiendo las instrucciones del propio autor: “Medita pausadamente estas consideraciones. Son cosas que te digo al oído, en confidencia de amigo, de hermano, de padre. (...) No te contaré nada nuevo. Voy a remover en tus recuerdos, para que se alce algún pensamiento que te hiera...”.

¡Y vaya si me había ‘herido’ el curita! ¡Y qué extrañamente deliciosas encontraba yo aquellas ‘heridas’!

Con menos lágrimas en los ojos y más estabilizada la emoción, la primera relec-

tura de Camino fue provechosa en un sentido que tal vez me resultó más sorprendente todavía: también había frases destinadas a mi razón, invitándole a emanciparse.

¿Dios? Era la “idea” que había rechazado yo, al menos, los últimos quince años de mi vida. Sencillamente no era parte de mi horizonte intelectual, ni deseaba que lo fuera. Estaba lejos de mis ambiciones empezar a creer en una divinidad, por muy sugestiva que pareciera. Era demasiado tiempo empleado en refutar las premisas de la religión.

Como pensador y ensayista, como aprendiz de filósofo que era entonces, me consideraba afortunado por haber abandonado —“superado”, solía decir a los demás— aquellas creencias medievales propias de ignorantes, chiquillos y viejas beatas.

Mis “héroes” juveniles habían sido Nietzsche y Sartre, cuyas obras había leído en su compleja totalidad. Mi sexto libro publicado, estaba inspirado en mi tocayo Nietzsche. El existencialismo sartreano era, a mi juicio, la cumbre de la honestidad intelectual puesta al servicio de la razón humana, desprovista ya de supersticiones y liberada por fin de credos embusteros. Schopenhauer y Heidegger, Kant y Marx —este último solo en su ateísmo— me parecían espíritus afines, capaces de explicármelo todo. No necesitaba más.

Pero de pronto me hallaba frente a una dimensión de la fe que mis críticas lecturas de los grandes pensadores cristianos —Agustín, Tomás de Aquino, Pascal, entre otros— no habían conseguido volverme atractiva. Y aun hoy, si de alguna forma quiero describir la experiencia que tuve ante Camino, tendría que ‘reducirla’ a una mezcla de sensaciones, pensamientos e intuiciones, todos inexplicables.

(...) ¿Por qué —pensaba, imitando a Borges—, no tengo esa fe de la gente sencilla, que en su simplicidad parece ser más feliz que yo? Y allí estaba otra vez este curita, Josemaría Escrivá de Balaguer, hablándome como nadie antes me había hablado:

“La infancia espiritual exige la sumisión del entendimiento, más difícil que la sumisión de la voluntad...” (n. 856).

“Delante de Dios, que es Eterno, tú eres un niño más chico que, delante de ti, un pequeño de dos años...” (n. 860).

“Niño, cuando lo seas de verdad, serás omnipotente” (n. 863).

“No olvides que el Señor tiene predilección por los niños y por los que se hacen como niños” (n. 872).

“¡Qué buena cosa es ser niño!” (n. 892).

El ateo, el intelectual descreído —¡si lo sabía yo! — puede llegar a preguntarse, casi al borde de la desesperación: ‘¿Por qué solo tengo esta mente fría, calculadora y finita, que me abrasa las sienes sin refrescarme la vida?’. Y cuando el viejo Borges le había pedido a Facundo Cabral⁷⁶ que le dijera algo de aquel Dios que

le cuidaba, el cantautor se había puesto a tararear: ‘No crezca, mi niño, no crezca jamás: los grandes, al mundo le hacen mucho mal. Vuele bajo, porque abajo está la verdad. Eso es algo que los hombres no aprenden jamás...’.

Yo podía sentir la misma ‘envidia’ de Borges por la fe sencilla y alegre de Cabral. Era exactamente lo que me ocurría leyendo a Josemaría y su luminoso capítulo sobre la “infancia espiritual”, un concepto que me era por completo ajeno y que, sin embargo, destruía todo el edificio intelectual sartreano, todo el delirio nietzscheano del “superhombre”, y hasta el conjunto inútil de “explicaciones” que me había forjado en décadas de arduas lecturas.

Llevo ya una década leyendo Camino todos los años, y puedo asegurar que jamás he dejado de sentirme directamente interpelado. Como la primera vez, pero por las más diversas circunstancias, san Josemaría ha ido afianzando mi corazón y mi mente en un haz. No es solo el permanente “libro de cabecera” de mis afanes diarios, sino el imprescindible don que logra reunir, en 999 puntos de absoluta pertinencia humana, dos milenios de pensamiento católico.

Y es que Camino es el gran libro espiritual de nuestro tiempo, pero es muchísimo más que eso. Es un prontuario teológico de bolsillo, pero es muchísimo más que eso. Es una “agenda mínima” para vivir en serio, pero es mucho, muchísimo más que eso...

Camino es la alegría convertida en filosofía de vida, la capacidad de asombro sublimada en acción de gracias, la sencillez infantil vuelta “oficio de virilidad”, la tríada excelsa de verdad, bien y belleza convertida en una especie de “instructivo de viajero”... Todo eso, sí, y a la vez mucho, muchísimo más.

Mi descubrimiento del catolicismo había iniciado, como intelectual, algunos años antes de leer a san Josemaría Escrivá de Balaguer. Una de las grandes preguntas que me hice entonces, todavía desde el escepticismo, era: ¿Qué tiene la Iglesia Católica que se le ataca tanto? ¿Por qué tantos y tan furibundos detractores, en todas las épocas y culturas, desde todas las trincheras posibles? Algo debía de tener esta institución para que sus enemigos fueran tan acérrimos como dispares... Y no me equivocaba, por supuesto.

La lectura de Camino, tiempo después, me puso en otra encrucijada intelectual y vital fascinante. Pero esa es otra historia.

PARA TERMINAR, UNA SUGERENCIA

Es hora de terminar nuestra andadura. Los testimonios reportados sobre Camino son muy abundantes y, la mayoría, conmovedores. Habíamos comenzado estas páginas con la afirmación de que nuestro libro era un “imposible”.

Ciertamente, nos hemos hecho una idea del bien que este texto produce en las almas; pero, para saber cómo es de verdad esa acción, cada uno ha de experimentar personalmente lo que el Señor quiera decirle a través de sus páginas.

«Non multa, sed multum», proclamaban los clásicos, y san Josemaría recoge el aforismo en el n. 333 de Camino⁷⁷. No se trata de leer por leer, sino de profundizar en los textos que transmiten sabiduría verdadera, de un modo o de otro. Y san Josemaría fue, en palabras de san Juan Pablo II, «un auténtico maestro de vida cristiana»⁷⁸.

Por eso, la recomendación última es volver, una y otra vez, a meditar Camino, a tenerlo como “compañero” de nuestros pasos terrenos, porque —como afirmó el beato Álvaro del Portillo— «en cada una de sus páginas palpita la incontable riqueza de lo realmente vivido. De ahí proviene el perenne frescor de este libro»⁷⁹.

Mons. Javier Echevarría, actual prelado del Opus Dei, que convivió muy estrechamente con san Josemaría durante veinticinco años, ha reseñado el «enamoramiento creciente con que vivía cada jornada, y que se transparentaba en su trato con el Señor. Se comprende su afirmación de que se sentía muy joven, con la juventud de Dios; porque traslucía ese amor ardiente, de la persona joven, que no repara en obstáculos para estar cerca de quien ama»⁸⁰.

Este es el fuego que se palpa en las páginas de Camino, y el que debemos encender y alimentar cada uno de nosotros, si queremos vivir felices en la tierra.

Notas

1 Los textos de san Josemaría que se incluyen en este capítulo provienen, salvo otra indicación, del opúsculo que se preparó para la ceremonia litúrgica de Canonización del beato Josemaría Escrivá de Balaguer, el 6 de octubre de 2002. Libreria Editrice Vaticana, Roma, 2002, pp. 8-16.

2 Quirógrafo de Pablo VI a san Josemaría, 1-X-1964: orig., AGP, RHF D-15239.

3 Notas de un coloquio de san Josemaría, en Caracas, 9-II-1975; texto en AGP, sec P, leg 4, 1975, p. 142, citado en San Josemaría Escrivá de Balaguer, Camino. Edición histórico-crítica preparada por Pedro Rodríguez, Rialp, 3ª ed., Madrid, 2004, p. 23.

4 Apuntes íntimos, Apd XII, Roma 14-VI-1948, nº 1862, citado en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 23.

5 María Ignacia García Escobar, Diario 9-I-1933; AGP, sec A, leg 12, carp 4, exp 2, citado en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 32.

6 Carta de Isidoro Zorzano a san Josemaría, Málaga 18-I-1933, IZL, Epistolario, 25, citado en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 32.

7 Carta de Isidoro Zorzano a san Josemaría, Málaga 3-III-1933; IZL, Epistolario, 28, citado en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit, p. 32. Se refiere al n. 4 de Camino: «La gente tiene una visión plana, pegada a la tierra, de dos dimensiones. Cuando vivas vida sobrenatural, obtendrás de Dios la tercera dimensión: la altura, y, con ella, el relieve y el peso y el volumen...»

8 Carta de san Josemaría a Ramón Franquelo, Madrid 14-I-1934; EF 340114-1, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 33.

9 Carta de san Josemaría a Rafael Roldán, Madrid 27-III-1934; EF 340327-1, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 33.

10 Carta de san Josemaría a Francisco Morán, 26-IV-1934; EF 340426-1, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 44.

11 El 10 de octubre de 1963, durante una charla familiar, en Roma, san Josemaría explicaba el significado de ese nombre: «Yo, a todos los pensamientos que están en Camino, y a otros muchos, que hay montones, cuando tenía treinta años, los llamaba “gaiticas”, mis “gaiticas”. ¿Por qué les llamaba así? Porque como no soplen, no pitan. Cada uno las puede hacer pitar según su arte», citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 80.

12 José Luis Múzquiz, Relato testimonial cronológico, citado en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 74.

13 Pedro Casciaro, Relación testimonial, 26-VI-1979, Parte II, cap 2, pg 147, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., pp. 74-75.

14 Palabras pronunciadas por san Josemaría, en una reunión informal con fieles del Opus Dei, en marzo de 1955, en Roma, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 116. Después, en su libro Surco, incluyó un último punto, el n. 1000, con la siguiente consideración: «Escribo este número para que tú y yo acabemos el libro sonriendo, y se queden tranquilos los benditos lectores que, por simplicidad o por malicia, buscaron la cábala en los 999 puntos de Camino».

15 Juan 14,13.

16 San Josemaría Escrivá de Balaguer, texto del 31-XII-1970, En diálogo con el Señor, p. 127 (AGP, Biblioteca, P09).

17 Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer, Rialp, Madrid 1996, 18ª ed., n. 36.

18 Camino, Introducción.

19 Beato Álvaro del Portillo, “Significado teológico-espiritual de Camino”, en José Morales Marín (ed.), Estudios sobre Camino: colección de estudios, Madrid, Rialp, 1988, pp. 45-56.

20 Emilio Vallebuona Merea, “Año jubilar del Opus Dei”, en El Tiempo, Piura, Perú, 4-XII-1978. El texto completo al que nos referimos, dice así: «Corría el año 1950. La Iglesia miraba y peregrinaba a Roma: era el Año Santo. Yo, joven salesiano estudiante de filosofía, también peregriné. Alguien me hace un regalo: un libro pequeño, muy buscado y que pronto se agotaba. Camino. (...) Ya desde su primera página sentí una particular atracción. Había topado casualmente con un Maestro de Espiritualidad».

21 Romolo Carbone, Carta al Santo Padre, Frascati, Roma, IX-1978.

22 Es el título de Camino en japonés.

23 Versión francesa de Camino.

24 El panayano o hiligainón es un idioma hablado en Filipinas por unos siete millones de personas, sobre todo en las provincias de Iloílo, Cápiz, Guimarás, Negros Occidental, Sultán Kudarat, Cotabato y Cotabato del Sur.

25 Homilía “La conversión de los hijos de Dios”, 2-III-1952, I Domingo de Cuaresma, en *Es Cristo que pasa*, n. 57.

26 Alberto Capellán Zuazo (1888-1965), el protagonista de esta anécdota, fue un campesino riojano que, en medio de una vida ordinaria de padre de familia y de trabajador, fue gran adorador de la Eucaristía y siempre generoso con los pobres. La causa de beatificación se inició en 1980, y en 1998 san Juan Pablo II firmó el Decreto de Virtudes Heroicas.

27 San Josemaría, Instrucción, 9-I-1935, n. 133, citada en San Josemaría, Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 1019.

28 Camino, n. 514.

29 Camino, n. 516.

30 Camino, n. 492.

31 Camino, n. 494.

32 Camino, n. 36.

33 Camino, en alemán.

34 San Josemaría emplea la expresión “alma de apóstol” en Camino muy frecuentemente: vid. nn. 161, 321, 358, 578, 737, 794, 831, 921, 930 y 968.

35 Tipo de autobuses públicos, muy populares en Kenia. Suelen tener decorada la carrocería de modo muy vistoso. Es la forma más sencilla de transporte urbano; incluso hacen servicios de una ciudad a otra del país.

36 Se llamaban “samizdats” a las copias y distribución clandestina de literatura prohibida por el régimen soviético y, por extensión, también por los gobiernos comunistas de Europa Oriental, tras la segunda guerra mundial. De esa manera, muchas veces los disidentes lograban sortear la fuerte censura política. No hace falta añadir que era literatura completamente prohibida por los regímenes satélites de la URSS.

37 Carta del beato Álvaro del Portillo: Roma, 5-IV-1946 (AGP Sec. B1 leg. 3, C-460405-1).

38 Frases citadas en Javier Medina Bayo, Álvaro del Portillo. Un hombre fiel, Ed. Rialp, Madrid 2012 (6ª ed.), p. 281.

39 Carta al prof. José Orlandis Rovira, 2 febrero 1945: orig., AGP, RHF D-150863.

40 Cit. en Javier Medina Bayo, Álvaro del Portillo. Un hombre fiel, cit., p. 453.

41 Albino Luciani, “Buscando a Dios en el trabajo ordinario”, Artículo publicado en *Il Gazzettino*, Venecia, 21-VII-78.

42 San Juan Pablo II, *Litterae Decretales Beato Iosephmariae Escrivá Sanctorum honores decernuntur*, Roma 2002.

43 Austen Ivereigh, *El gran reformador. Francisco, retrato de un Papa radical*, Ediciones B, Barcelona 2015, p. 399.

44 Peter Berglar, «Mi encuentro con Josemaría Escrivá de Balaguer», en Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei, Ed. Universidad de Navarra, Pamplona, 1985, pp. 360-361.

45 Antonio Millán Puelles, «El humanismo cristiano en Camino», en *Estudios sobre Camino*, cit., pp. 241.

46 San Josemaría Escrivá de Balaguer, Carta 15-X-1948, n. 6. Texto reproducido en Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, III, Rialp, Madrid, 2003, p. 94.

47 *Conversaciones...*, cit., n. 116. Los versos son de Antonio Machado, y se encuentran en *Poesías completas. CLXI.- Proverbios y cantares. XXIV*. Espasa-Calpe. Madrid, 1940.

48 *Camino*, n. 825.

49 Francisco, Exh. Ap. *Evangelii Gaudium*, n. 7.

50 Rafael Alvira, «El trabajo en Camino», en *Estudios sobre Camino*, cit., pp. 259-260. La división de párrafos es nuestra.

51 Cfr. Francisco, Exh. Ap. *Amoris laetitia*, nn. 287-288.

52 *Es Cristo que pasa*, n. 22.

53 *Camino*, n. 4.

54 *Camino*, n. 537.

55 Don Andrea termina su testimonio mencionando al cardenal Alfredo Ildefonso Schuster, O.S.B. (1880-1954), que fue arzobispo de Milán desde 1929. Destacó por su piedad, su austeridad, su amor a la liturgia, la profundidad de su doctrina, su valentía para defender a la Iglesia y a las almas: en 1938 condenó públicamente las leyes raciales del nazismo y del fascismo. Fue proclamado beato por san Juan Pablo II el 12 de mayo de 1996.

El beato Schuster conoció a san Josemaría y al beato Álvaro del Portillo en 1948. El cardenal quedó muy impresionado con el Fundador del Opus Dei, en el que vio —son sus palabras— «una de esas figuras que el Espíritu Santo promueve en la Iglesia y que dejan una impronta indeleble en la vida de la misma. Hombres que aparecían en la historia de la Iglesia muy raramente» (Andrés Vázquez de Prada, *El Fundador del Opus Dei*, III, cit., p. 144). Como señala don Andrea, solía regalar ejemplares de *Camino* a sus amistades y a sus colaboradores, y aconsejaba su meditación (cfr. Aldo Capucci, San Josemaría Escrivá e il beato Ildefonso Schuster (1948-1954), en *Studia et Documenta* 4 (2010), pp. 245-246.

56 *Camino*, n. 592.

57 *Camino*, n. 7.

58 *Camino*, n. 11.

59 *Es Cristo que pasa*, n. 27.

60 Camino, n. 471.

61 Es Cristo que pasa, n. 2.

62 Camino, n. 350.

63 Camino, n. 344.

64 Camino. Edición histórico-crítica, cit., p. 80.

65 Camino, n. 518.

66 Camino, n. 964.

67 José Miguel Pero-Sanz, “Acogida universal”, en Estudios sobre Camino, cit., pp. 67-78.

68 Conversaciones..., cit., n. 118.

69 Conversaciones..., cit., n. 43.

70 El punto 296 de Camino, dice así: «Es duro leer, en los Santos Evangelios, la pregunta de Pilato: “¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que se llama Cristo?” —Es más penoso oír la respuesta: “¡A Barrabás!”

Y más terrible todavía darme cuenta de que ¡muchas veces!, al apartarme del camino, he dicho también “¡a Barrabás!”, y he añadido “¿a Cristo?... ‘Crucifige eum!’ —¡Crucificalo!”».

71 Cit. en Andrés Vázquez de Prada, El Fundador del Opus Dei, II, cit., p. 411. Entre 1939 y 1945 constan nueve pláticas como la mencionada y nueve cursos de retiro a miembros de la Acción Católica: cfr. Constantino Anchel, La predicación de san Josemaría. Fuentes documentales para el periodo 1938-1946, en Studia et Documenta 7(2013), 125-198.

72 Camino, en croata.

73 Benedicto XVI, Jesús de Nazaret. Desde el Bautismo a la Transfiguración, La Esfera de los libros, Barcelona 2007, p. 243.

74 San Josemaría, Carta 14-II-1974, n. 75. Texto recogido en san Josemaría, Camino, edición crítico-histórica, cit., p. 741.

75 Marthe Robin (1902-1981) fue una mística católica francesa estigmatizada. A los 21 años sufrió una enfermedad que la obligó a permanecer inmovilizada en su lecho hasta su muerte. En 1928, entró en la Tercera orden de san Francisco. En 1936, fundó los Foyers de Charité. En 1986 comenzó su proceso de beatificación.

76 Facundo Cabral (1937-2011), fue un cantautor y escritor argentino, autodidacta, en cuyos escritos y canciones había una gran carga de crítica social, sátira, anarquismo, utopismo y hedonismo. Tuvo una vida muy azarosa, ya desde su infancia. En literatura, admiraba a Jorge Luis Borges, con quien mantuvo las conversaciones filosóficas a las que se refiere el autor del relato.

77 «Estudio. —Obediencia: “non multa, sed multum”».

78 San Juan Pablo II, Breve apostólico de Beatificación del Venerable Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote, Fundador del Opus Dei, Roma, 1992.

79 Beato Álvaro del Portillo, «Significado teológico-espiritual de Camino», en Estudios sobre Camino, cit., p. 49.

80 Mons. Javier Echevarría, Memoria del beato Josemaría Escrivá, Entrevista con Salvador Bernal, Rialp, 5ª ed., Madrid 2002, p. 51.

Compartir este libro...

© Copyright 2017 - Fundación Studium - Oficina de Información del Opus Dei

www.opusdei.org